

A black and white portrait of Laura de Rokha, a woman with dark, wavy hair, looking slightly upwards and to the right. She is wearing a light-colored, possibly white, shirt. The background is dark and out of focus.

# Después del lunes

Laura de Rokha

  
ELPERRO  
yLARANA

*autobiografía*





Después del lunes

1.ª edición, 2019

1.ª edición digital, 2019

© Laura de Rokha

© Fundación Editorial El perro y la rana

**Edición**

Eufemia Hernández

Marcos Pérez

Daymar Martes

**Corrección**

María López

**Diseño de portada y diagramación**

Armando Rodríguez

**Imagen de portada**

Laura de Rokha (Córdoba, Argentina, 1948)

**Fotografías**

Archivo personal de la autora

Hecho el Depósito de Ley

ISBN: 978-980-14-4633-0

Depósito legal: DC2019001823

# Después del lunes

Laura de Rokha

  
EL PERRO  
y LARANA



*A causa de la noche son más bellas las islas.  
Los árboles más azules porque así lo ordena el mar.*

CARLOS DE ROKHA

*He decidido ser sincero. Decir la verdad.  
No puede un hombre hacer nada importante,  
auténtico, si está inhibido por consideraciones y respeto,  
el temor de herir, el deseo de agradar.*

MANUEL BRICEÑO GUERRERO

*No vivas en la tierra  
como un inquilino  
ni en la naturaleza  
al modo de un turista.  
Vive en este mundo  
cual si fuera la casa de tu padre.*

NAZIM HIKMET



*Durante mi larga vida he ido contando mis historias, ahora las escribo.*

*Comencé a hacerlo hace muchos años, y fueron cayendo  
como amarillas hojas otoñales.*

*Las dedico a Marcos, a mis hijos, a mis nietos y bisnietos;  
a todos los amigos y amigas que encontré por los caminos.*



## Palabras para Laura

Laura hija ríe, sube con facilidad a los árboles, su cabeza de bucles negros es una maraña endemoniada de caminos, su casa es grande y llena de plantas, sus flores preferidas son las azules en la mañana, al mediodía anaranjadas, rojas y a la tarde las violetas, que mezcla con su risa loca y sus manos entrelazadas, con sus pelos rebeldes y con su mirada segura. Los otros niños aman a Laura y ella con desparpajo se deja amar haciéndolos entrar a sus bosques infinitos de infinitas ramas de infinitos espacios de luz y sombra. Sube a la bicicleta y corre, ¡corre Laura desesperada! Que la mañana aún ofrece resplandores, que la lluvia con sus gotas perfumadas todavía no te toca. ¡Corre Laura amada que los amigos van tras de ti! Para abrumarte una vez más con piropos y lisonjas. Laura hija llora y su llanto se parece a los huracanes que atraviesan el Caribe muriendo en la costa de madrugada. Laura hija llora en su cama con la nostalgia de los padres en gira recorriendo el universo de la mano. Su llanto está lleno de sorpresas, su llanto es como un canto natural de bienvenida, su llanto es un ritmo que bailan las luciérnagas en los atardeceres rojos y descarnados, su llanto es el misterio del planeta errante; simboliza la existencia y mueren con él la ansiedad y el olvido. Laura hija sabe de sobra que la vida es amor y que lo posee a borbotones.

Laura hermana obedece a las mayores pues son el génesis y la cualidad exacta del arraigo, sus manos atienden también pues las tiene

afincadas en el tiempo y su espacio es efímero, el destino ha dicho ya que los minutos están contados. Laura hermana juega y su juego se termina con jadeos incesantes y calores de sudores precipitados y extemporáneos. Laura hermana mira el techo con la obsesión de ver el fin reflejado en ese cemento blanco y duro, quieto y rígido, en esa nostalgia insatisfecha de amores viajeros de ternuras postergadas. Laura hermana es el atardecer renaciendo de cenizas olvidadas. Hay que darle una ilusión a Laura hermana, hay que hacer que de su vientre salga alguna luz, algún desenfreno, que su ser completo se disponga de una vez a aportarle al mundo descendencia y entre la larga lista de factibilidades, que surja un varón que sea diestro en el teclado, con el pentagrama; que sepa elevar la voz para gritarle a Laura hermosamente hermana que la noche puede abrigo ya, sin remordimientos.

Laura esposa juega, grita, baila. Su juego se parece al de los comediantes medievales cuando en la plaza pública emplazan a los virtuosos; su grito es el grito alegre de las mozuelas de caderas atipladas y de pechos exaltados, su grito tiene el sonido del terremoto andino metabolizado en edades pretéritas y lo escuchan solamente los noctámbulos, los viajeros ensombrecidos, los marinos envilecidos, los poetas trasnochados. Su baile la transporta a edades inexactas, su baile es auténtico pero íntimo, solo, los pasos que lo componen son una advertencia a los machos vernáculos ¡cuidado! Laura zapatea mostrándole al suelo que su pisada está llena de olores santiaguinos de calor de causeo, de miradas legítimas de bardos sonoros comprometidos, de luchadores incansables hartos de medianías y aparentes candores. El músico va de lastre en lastre, de olvido en olvido y el genio de los muñecos acecha en la esquina, mira de reojo y no encuentra antagonista. Laura esposa lo mima y aprueba sus lances. Bailan entonces la danza del futuro, donde médicos y oráculos pierden categoría y se hacen espuma que lleva el viento. Hay una Laura esposa que quiere futuro y el futuro se ha recostado como alfombra roja jugando al tatetí en la tarde sureña y afiebrada.

Laura madre estudia, su rostro de muchacha la acompaña cual tormento de adulto postergado, sus libros son como recuerdos pues todo lo sabe el inglés isabelino que repite con ardor rutinario. Los amigos la buscan y la rodean y su girar es tan agraciado que le muestra a las constelaciones ese instante de un segundo apasionado. Allá van los hijos, rodeados de ternuras definidas y besos que la vida les repite en cuanto semejante encuentran a sus pasos. Laura madre es madre de todos, no solo de unos cuantos ¡Miren sus sienes negras! Laura arde, Laura encierra en sus dos manos la finura de un temperamento extraño. Invitando a conversar, sus manos vuelan como el ave que migra en un vuelo de promesas conectadas y un infinito acariciar poblado, de olores, de sabores trasandinos, de arroz, plátano y pescado que en la mediterránea tierra asombran y seducen como el diezmo que se entrega sin saber a quién lo damos. Laura madre más que madre es amiga, puesto que sus senderos vamos juntos trajinando y acabamos la tarde mirándonos los ojos y acariciándonos las manos esperando la afirmación que de antemano se nos presenta como en juego, como en baile, como un grito conocido, querido y esperado.

Laura abuela borda, teje, y sus manos van generando personajes que la historia del mundo se ha cansado de contarnos, con cualidades heroicas, con fatídicos desencuentros, con dudas pero, con todo y eso, al fin luchando desde las tempestades del planeta o desde sus corazones temerosos. Laura abuela redondea sus facciones recordando que aquellos que dieron fuerza a sus pasiones todavía existen en sus venas, en su memoria llena de lecturas y de cuentos de abuelos imaginarios. Hay, mezclada en las noticias, una entrevista a Laura abuela, ella contesta como si estuviera conversando que los seres que la adornan son sus amigos de siempre, son parte de sus nidos, de los espacios que con el tiempo y sus aliados construyó sin pensar en resultados. El poeta que hoy la escucha, el escritor que desde hace ya tiempo la transporta en sus cuidados, le da a Laura abuela serenidad y soltura, confianza y la certidumbre de que aquella

voz altanera puede seguir resonando, pasando de siglo a siglo y con sus colores intactos.

Bisabuela Laura plateada, vio al caballero de los guiñoles en silla de ruedas y sus ojos volvieron a ver en el horizonte la mezcla de atardeceres subiendo hacia la bóveda, ese mar crispado y en constante movimiento, entonando cantos revolucionarios de marchas infinitas. Bisabuela plateada Laura vio alejarse a los hijos y plantando rostro desde su balcón verde señaló las quebradas, las selvas y así, como un disparo de agua cristalina, sentenció que las canciones, los poemas y las danzas se mantendrían enervando las tardes, los otoños, los baúles llenos de libros y esas sienas estremecidas de amor y pasión en el remolino constante del sueño que late, del sueño que grita, del anhelo que palpita en su trono de combate. Laura plateada bisabuela de océano y bruma, junto a sus múltiples personajes ha dispuesto la mesa para el encuentro, con sus codos acomoda los pétalos que obedecen cuanto pueden mientras este viento colosal desgaja los techos y dispersa los quejidos. Plateada Laura bisabuela, abuela, madre, hermana, hija se casó con la utopía de los hombres y sus bosques infinitos siguen llenando historias, libros, cuentos de hadas y voces de rapsodas, hurgando empecinados y forjando testimonio en los secretos del tiempo y en los duros perfiles de la roca.

DANIEL DI MAURO

## Loca mascarada

*La ciudad sucia, ensuciada, se extiende bajo mis pies, que la caminan. Camino caminando. Miro los letreros que no leo, o leo sin leer, leyendo sin entender. Lo que sí leo, leo y entiendo, y trato de adivinar en los rostros de la gente que camina también, y pasa a mi lado.*

*El aire es feo, caliente y con olor a gasolina gastada, quemada. Piso papeles pisados. Convengo en que debo ir y voy arriba de mis pasos que me siguen con obediencia.*

*Miro todo lo que he mirado ya tantas veces y encuentro ya casi familiar. A pesar de lo ajeno, la ciudad me resulta grata. Hay formas y colores que no nos sorprenden; sabemos que están ahí y, por tanto, ni los vemos.*

*Yo estoy distinta en mí, y a pesar de todo voy de a poquito acostumbrándome a este otro yo que soy yo. He hecho y hago esfuerzos para amoldarme a las nuevas formas y proporciones de mi yo sin él. Va pasando el tiempo y mi yo genera una nueva fuerza que va supliendo a aquella que él me daba, y ya no me da. No pienso. No le pienso. Trato de no pensarle, pero siempre se inmiscuye, aun contra mi voluntad.*

*Despierta puedo más. Sé que puedo, que debo poder. Pero dormida aparece allá, donde el tiempo quedó quieto, allá cuando éramos... Y cuando despierto y abro temerosamente los ojos tengo de nuevo que recorrer, con dificultad, el largo tramo hasta el soy.*

*Indefectiblemente hoy va a ser ayer, y cuando sea mañana, no voy a ser como era ni como soy. Cada día traerá una nueva forma. El absurdo de este absurdo que todo transforma.*

*No puedo llegar a una conclusión. Todos los momentos se sienten diferentes. No sé ni siquiera lo que estoy sintiendo ahora, menos aún sé lo que voy a sentir dentro de un momento, y ya he olvidado lo que sentía apenas hace un rato.*

*A pesar de todo, dentro de mí, muy dentro de mí, voy adquiriendo un nuevo orden. He sufrido mucho para conseguirlo y mucho me ha costado. Aunque no sé si me ha costado y si he sufrido, pero de pronto, casi sin darme cuenta, me encuentro con que estoy siendo distinta.*

*Sigo sin estar clara, no sé si cambio yo o cambia todo. O es que yo cambiada veo todo de otra forma y no como lo veía antes de cambiar.*

*Y así va, así voy, así vamos. Cada uno jugando a estar seguro de haber elegido un rol adecuado en esta grande y loca mascarada de rostros extraños.*

*También el tiempo me juega malas pasadas. Justo ahora cuando me he vuelto tan avara hasta de los segundos: los dosifico y mezquino; los aprovecho y los resguardo. No quiero que se me quede nada sin hacer.*

*A veces, me parece que el reloj detiene su mecanismo. Se suspenden las horas y doy un salto. Sin sentir todo ese tiempo que ha pasado como la corriente de un río, bajo un puente que ya nadie cruza.*

*No sé si me gustan más los días de sol, soleados; o los nublados. Si brilla el sol, su luz quema y encandila, y siento que invade demasiado; es allí cuando ansío que se esconda. Otras, miro hacia las nubes rogándoles que se corran un ratito y lo dejen aparecer.*

*Todos saben lo que yo no sé. Miro a uno y otro y encuentro mucho de común entre ellos. Yo estoy de más, crédula creyente. Inocente inocencia. Fue fácil esconder una mentira, tras una montaña de verdades. Había donde protegerse.*

*Todos los llantos no llorados se desbordaron en un momento pequeño, pequeñito y la figura de la Otra se agrandó hasta sentir que me tapaba por completo. La historia databa de tres años. Y los tres años se me habían confundido con los otros treinta, mezclándose sin piedad.*

*Algunas veces he querido ver cómo amanece, pero es tan rápido... El cielo está oscuro y tiene luna y tiene estrellas, que desaparecen de golpe en cuanto se aclara. No sé si es igualmente veloz la llegada de la noche. Algunas veces he comparado mi enfrentamiento con la verdadera realidad, con algo parecido al día que llega y echa luz sobre la oscuridad.*

*Yo no había querido ver. O sí lo había visto y sentido y no quería saber lo que veía, saber lo que sentía. Fue un día, era un día, una tarde de un maldito día. Una voz amada. Una amada voz había de empujarme a la verdad que andaba cobardemente soslayando. Y en un minuto, en un solo minuto, acumular todo y entender. Por qué esto. Por qué aquello. Por qué lo de más allá. De un solo golpe la explicación de todo. El porqué de hechos y cosas que habían quedado suspendidas, y que no podía, que me era imposible entender.*

*Un instante supremo y todo tendría una nueva forma. Una fracción de segundo para que fuéramos otros. En ese momento no pensamos, no creemos que luego podremos rehacer lo que perdió su forma.*

*Ya no entramos en nuestros moldes: debemos lijar, armar hasta conseguir que todo se acomode. Y lleva tiempo. Tanto, mucho tiempo. Es una tesonera labor, y el gran artesano, el tiempo, es el encargado de cumplir una tarea que no podríamos hacer jamás sin su ayuda.*

*Yo había tenido una práctica demasiado larga, demasiado eterna para que no se desmoronara todo, seguido de las palabras.*

*Él ya no es él, el que tú conoces y has amado gran parte de tu vida. Tarde de rostros desconocidos. Rostros amados de formas familiares, que guardan dolores desacostumbrados que no hacen juego con la forma exterior.*

*Tarde de un lunes a la tarde. Tejo sentada en la cama desconocida, desconociendo. Para que unas palabras digan todo lo temido y ocultado sabiamente en el subconsciente. Era un día de una semana que empezaría a ser distinta, siempre diferente, a partir de ese momento.*

*Lunes, lunes, lunes. Cuántos fueron los lunes que pasé en mi vida con él, cuántos fueron los lunes. Eduardo si no estaba, estaba. Se iba, y dejaba su presencia, custodiándome, acompañándome.*

*Y ese lunes fue un lunes que podía haber sido muerte, herida, dolor insoportable. Comienzo de un sufrimiento distinto, nunca antes sufrido. ¡Cómo podía ser que una tan larga vida se cortara de golpe, y que un momento cortito se prolongara hasta hacerse interminable!*

# Mi infancia en Chile

El olor y el sabor de los duraznos, así como el perfume de las rosas, me trasladan a mi infancia florida y agreste, más de setenta años atrás. Gran parte de ella la viví en el Paradero 27 de La Cisterna, un lugar un poco apartado de Santiago en aquel tiempo, que luego la ciudad invadió y pasó a formar parte de sus alrededores. Allí volví dos veces en mi vida, después de muchísimos años. Claro, para mí era un lugar absolutamente desconocido. Como siempre pasa, las quintas que en mis recuerdos eran imponentes, al verlas después de los años, no eran sino casas con los jardines descuidados y sin color. Patios de árboles frutales que en primavera lucen conmovedores brotes, en verano están floridos y en otoño e invierno, pelados.

Son tres las casas de la primera década de mi vida que guardo en mi memoria: la de la avenida Inglaterra, 1241; la de La Cisterna en Eleuterio Ramírez, 9342; y la de la familia Massís en Santa Laura, 1220.

## **Avenida Inglaterra**

La primera casa de mis recuerdos es la de avenida Inglaterra. Ahí nació Flor, creo. Aún viene a mi memoria el especial olor a talco y a goma que despedían los chupetes y el perfume de las colonias de bebés de aquel entonces. Yo no nací allí, nunca vi el lugar de mi nacimiento, pero fue por las inmediaciones. Esta vivienda tenía un

gran patio central rodeado de macetas con hortensias de varios colores. Todas las habitaciones convergían en él.

En aquel tiempo jugábamos en la vereda, costumbre muy sureña. Allí nos juntábamos los niños de varias casas. Lo que más nos gustaba era andar en monopatín, cada uno tenía el suyo. No tuve muchos juguetes; sin embargo, nunca me faltó este vehículo, con el cual volaba, haciendo piruetas y figuras.

Es sabido que con el paso de los años ciertos recuerdos, los más antiguos, se hacen muchísimo más nítidos. Es increíble. Hay una cantidad de vivencias que ahora resaltan, que parecen haber ocurrido la semana anterior.

Por las tardes, las empleadas de la casa nos entretenían contándonos historias fantasmales que después atentaban contra la placidez de mis noches. Una vez —no debo haber tenido más de seis años—, cuando estábamos en el dormitorio con dos de ellas, una me dijo:

—¿Tú se lo has visto a tu papá?

—No —le dije.

Mi padre era terriblemente cuidadoso, jamás se mostraba desnudo, y más aún en esa época en que el pudor era exagerado.

—¡Vamos, claro que se lo tienes que haber visto!

—¡No! —insistí.

—¡Dale! No mientas.

Ya cansada del acoso, le dije:

—¡Sí, se lo vi! —mintiendo.

—¿Era así? —y me señaló el acero cromado de los barrotes de la cama.

—Sí, era así.

Santo remedio. Me dejaron en paz, y a otra cosa.

Nos encantaba cuando mi padre se iba de viaje y mi mamá nos contaba cosas de su familia, todos ellos aristocráticamente finos. Allí mi abuela reinaba desde su silla de ruedas. Un día que tenían invitados, mi abuela llamó al hijo de la cocinera. Tenía un nombre muy divertido, pero a mí se me olvidó. Era un chiquillo de unos ocho o diez años.

—Mira niño, anda, canta ese canto que tú sabes, para que te escuchen los señores —dijo mi abuela.

—No —dijo él—, es muy *fedo*.

—No, no seas tonto, anda, canta y te daremos caramelos.

—Bueno —los dulces lo convencieron y empezó:

—¡Ay!, ¡qué santito tan chulo, que le querían meter con la jeringa en el culo!

Mi abuela puso el grito en el cielo:

—¡Saquen de aquí a este muchacho o me voy a desmayar!

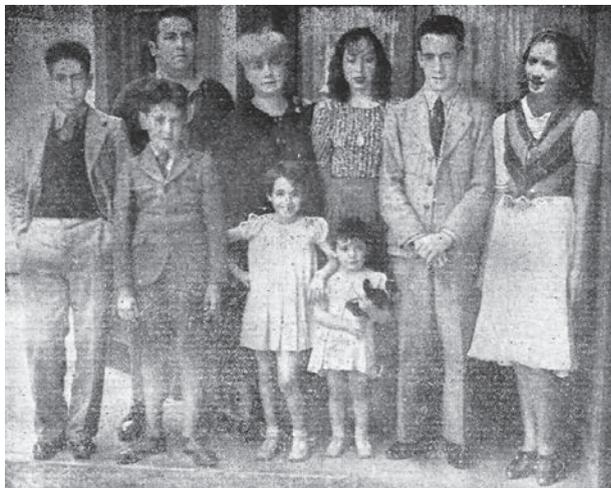
No se desmayó. No sé, supongo que el chico no cantó más, o al menos cambió el repertorio.

En la misma época, una noche en que mis abuelos tenían invitados a cenar, una hermana de mi abuelo llamada Filomena se acercó al grupo de invitados y la presentaron.

—Filomena Anabalón —dijo ella, y por lo bajo agregó entre dientes:

—...las papas tiesas —refiriéndose a que las papas que acompañarían la carne de la cena aún estaban duras.

Y así le quedó el nombre: Filomena Anabalón *Laspapastiesas*.



Junto a mi familia. De izquierda a derecha: José, Pablo, Juana Inés, Carlos, Lukó, yo (con mano en la cintura) y Flor. Año 1940

## Casa de campo en La Cisterna

En realidad, la mayoría de mis recuerdos de infancia son de La Cisterna. Vivir en ese lugar era como estar permanentemente de verano y en el campo. Nosotras aprovechábamos, sobre todo, mucho el verano y las otras dos estaciones intermedias, ya que el invierno era vedado para asomar la nariz en el patio. Claro, en Santiago casi desde mayo hasta septiembre el clima es inclemente.

Mi padre tenía algunas costumbres, seguramente de su casa de niño. Ellos, los hermanos de mi padre, habían sido diecinueve; o una cifra parecida. Había un cuartito justo al lado de nuestro dormitorio, de mi hermana Flor y mío, al que le llamábamos “la despensa”. A decir verdad, ahí no había muchas delicias, que digamos. Poco y nada, un barrilito con aceitunas verdes amarguísimas, que mi padre había hecho darles algunos tajos, ponerlas primero en lejía, luego en salmuera, con un poco de vinagre, y ahí quedaban, incomibles. Estas aceitunas habían sido recolectadas de nuestro propio patio. Lo que a mí me encantaba era ver a las empleadas, “la niña de mano” y la cocinera, cuando ensartaban las tacas, unos mariscos horribles, que yo odiaba, para dejarlos colgando de las paredes como collares, esperando el invierno. Completaban el cuadro ristras de ajos, cebollas y ajíes.

A veces, por unos segundos, yo me escapaba y era delicioso sentir el frío y ver todo mojado. Los lirios florecen en invierno, era otro el paisaje y la sensación. Me acercaba a los parrones, y escarbando entre las hojas encontraba los codiciados pámpanos, nombre que se les da a los racimitos de uvas tardías, que son muy dulces, y que a mí me encantaban.

En una oportunidad, creo que mi hermano Pepe y algún socio casual habían decidido hacerse millonarios e inventaron un desmanchador de tinta. Su componente principal era el cloro —agua de cubas en Chile. Para poner el tal líquido debían utilizar botellitas o frascos que jamás vi. Tenían, sí, las cajitas donde irían los frascos. Eran blancas y estaban apiladas en un rincón del cuarto de los muchachos. Yo, por supuesto, cada vez que podía me deslizaba a ver

y tocarlas. Pero jamás pudieron conseguir los frascos o botellitas, y ahí se quedaron las cajas. El producto se iba a llamar *Tin-toc*. Yo le hablé a Pepe de esto, creo que la última vez que lo vi, en el 93, en Chile, pero se rio sin acordarse demasiado.

Pepe siempre andaba inventando locuras. A Flor y a mí, que lo adorábamos, nos encantaba seguirlo en todo. No sé de dónde sacó unas papas raras que parecían yucas, que crudas tenían gusto a nabos, pero cocinadas eran horrendas, imposibles de comer. Él dijo que eran un mar de vitaminas y las plantó al fondo, al lado de unas cañas. Las tales papas, que según comentó eran brasileñas y se llamaban “papas de Pernambuco”, proliferaron tanto que todo el fondo del patio se llenó. A diez centímetros del suelo, había una capa del tubérculo que Pepe cosechó, lavó y regaló a todas sus amistades. A nosotras ya nos había saturado. Tenían un olor tan particular que en cuanto yo lo sentía, empezaba a hacer arcadas. No nos acordamos más. Se secarían, se pudrirían... no sé, pero allí terminó la historia papal.



De niña.  
Año 1941

El otro hermano, Pablo, quien era el menor de los varones y unos tres o cuatro años mayor que yo, a veces cedía y jugaba con nosotras. Aprovechábamos que Pepe no estaba y sacábamos las cajitas de *Tintoc* con las que hacíamos castillos. Uno frente al otro. Mi hermano era un artista haciendo las fortalezas. Con fósforos de madera distribuíamos a los habitantes de uno y otro bando. Yo cortaba uno y le decía:

—¿La *guagüita*? (el bebé, en chileno).

Él ponía la cara seria y aceptaba. Luego venía la otra *guagüita* del otro castillo y entonces, furioso, de un solo manotazo destruía los castillos, diciendo:

—¡Ya, mierda, no juego más!

Enfurecido se iba, y nosotras dos, entre suspiros y llantos, guardábamos las cajitas, lamentando nuestras niñerías.

Un día, habían venido unos amigos de mi padre y los hacían pasar mostrándoles la casa. Era un matrimonio con dos o tres niños que venían detrás de los padres. Al pasar junto al busto de piedra que le había hecho a mi padre Camilo Mori, la niña se detuvo y con los ojos espantados gritó:

—¡Aguarda, con el viejo palulo!

Pero al ver a mi papá que venía un poco más atrás, dijo con una sonrisa forzada:

—¡*Indo caballemo!*

Hace unos cuatro años, mi hermana Juanita me dijo que habían visto esta estatua de mi padre en un barrio terrible de Santiago. Lo tenían en un altar, donde lo homenajeban con flores, velas, cartas de pedidos. Esta pieza había llegado a sus manos porque Camilo Mori se la llevó para restaurarla y, no sé, él murió, y la gente la hizo suya para rendirle culto.

Pablo, a quien le decíamos el Paile, fue quien me enseñó a leer cuando aún no tenía cinco años. Por eso me era mucho más soportable estar dentro de la casa leyendo y escribiendo. Yo misma fabricaba mis pequeñas libretas, les ponía tapas con unas láminas de adorno;

eran en realidad unas maravillas. Recuerdo muy bien una tarde en que iba con mi hermano caminando por la avenida Vicuña Mackenna de La Cisterna y vi en el suelo un volante. Lo levanté y aproveché de leerlo como todo lo que caía en mis manos. Al deletrear leí: “Gran Espectaculo”, miré a mi hermano aterrorizada, y él me explicó con gran claridad que esa palabra era mucho mejor no deletrearla.

Me gustaban mucho las revistas. Recuerdo una en especial: *El Peneca*, donde se publicaba “Papá Rucha y su hijo Mote”. Lo he comentado con algunos chilenos contemporáneos, pero no la recuerdan. Era muy divertida y contaba las peripecias de Mote, custodiado por Papá Rucha, su padre; un hombre muy severo que siempre le reprendía las diabluras que hacía.

A mi madre, como a mí, le fascinaban los helados. En verano, casi todos los días a la siesta pasaba un heladero. Ella me decía que le avisara cuando sintiera el campanileo que revolucionaba mis papilas gustativas. Las piernas no me alcanzaban para correr en cuanto lo escuchaba. Lo compraba en una jarra de vidrio, y a Flor y a mí nos daba en vasos. Era un momento feliz.

Por las tardes, cuando apenas estaba oscureciendo, protegidas por las sombras, decíamos:

—Vamos a hacer caca.

Buscábamos papel periódico, que frotábamos para ablandarlo, y provistas de un palo nos ubicábamos alrededor de los arbustos de coronas del poeta, tan adoradas por mis padres. Allí escarbábamos un hueco entre las hojas, y depositábamos “la ofrenda”, que inmediatamente cubríamos con la tierra para que los perros no se la comieran y luego apestaran. Con el palo también espantábamos a los animales, porque si nos descuidábamos nos daban un lengüetazo.

En la otra esquina de la casa vivían los Coronel, una pareja con muchísimos hijos. De ellos no me acuerdo mucho y de los mayores tampoco. Tenían nombres muy raros: Lohengrin, Moctezuma, al que le decían Moto, y Distante. Nosotras éramos amigas de Galatea (Gala), Arcabuz (Cabucho) y Sacuntala (Tala).

Yo estaba muy enamorada del Cabucho, quien era un poquito más bajo que yo, y creo que uno o dos años menor. Me encantaba. Un día estábamos jugando en el patio de su casa, haciendo saltar la cuerda, él en un extremo y yo en el otro. Nos mirábamos arrobados y en medio del éxtasis, el perro de ellos, que era terriblemente insoponible y que cuando corríamos nos mordía la ropa, vino y me mordió una nalga... Yo sentí el ardor y vi al can salir corriendo. No grité, ¿cómo iba a hacerlo y malograr el influjo del amor? Por supuesto, el Cabucho no se dio cuenta y luego me fui al baño, tenía sangre en la ropa. No dije nada. Pudo haber sido muy grave, pero ahí quedó la cicatriz para siempre.

En Chile hay un árbol que se llama aromo; tiene unas florecitas amarillas que son como plumoncitos diminutos. Pues nosotras las cortábamos y las poníamos sobre nuestras pestañas; por supuesto, no podíamos pestañear, porque se caían inmediatamente. Quedaban muy bonitas y nosotras nos sentíamos como verdaderas bataclanas, de luminosos ojos amarillos.

En ese tiempo, la casa era el lugar de encuentro de muchos artistas. Allí llegaban poetas, pintores, músicos, además de otros seres estrafalarios. Se recibía y atendía a todos con cariño y respeto. Se realizaban grandes fiestas, generalmente para los cumpleaños de los dueños de casa, mis padres, y en el aniversario del matrimonio de ellos, el 25 de octubre. Estas celebraciones duraban todo un fin de semana. Nosotras, Flor, mi hermana menor, y yo, no teníamos acceso a ellas sino un ratito, por ser las más chicas. Nos llevaban a la cama llorando a mares. Solo me quedaba espiar por entre los barrotes de la escalera, desde donde me iba bajando poquito a poquito... Apenas me veían, nuevamente al dormitorio. A veces iba una poetisa que a mí me volvía loca. Cantaba con la guitarra:

*Cuando tú te hayas ido  
me envolverán las sombras.  
Cuando tú te hayas ido  
con mi dolor a solas...*

Hermosa canción de aquella época. La escuchaba extasiada, pero siempre era interrumpida en mi éxtasis por el antipático y déspota grito:  
—¡Niñitas, a la cama!

“¡Qué injusticia!”, pensaba yo. Luego, con mis hijos, traté de no repetir ese patrón tan odioso.

Un recuerdo quedó fuertemente grabado en mi memoria, un acontecimiento que debe haberme impresionado. No estoy de acuerdo con la pena de muerte en absoluto, me parece una crueldad más, inútil. En aquel tiempo estaba vigente en Chile. Creo que actualmente ha sido abolida. Este acontecimiento conmovió al país. Había carteles y volantes por todas partes, pidiendo clemencia para el Che Galdámez, que así se llamaba el sentenciado a muerte. Una vez levanté del suelo uno de esos papeles donde este individuo, un poco antes de morir, dedicaba un poema a su madre, para despedirse; decía así:

*No te ahogues en sollozos  
aunque tengas que llorar  
que la pena que yo sufro  
me remuerde al recordar.*

*Fue terrible el derrotero  
que en mi mundo me guió  
y en este triste banquillo  
mi pobre vida acabó.*

*De ti me despido madre  
y de mi hijita querida  
y de mi hermano que es ciego  
¡Qué va a ser del infeliz!*

Esto fue lo que mi memoria guardó. Misterios del destino.

El gran patio que rodeaba la casona era lo que más me gustaba. Enorme cantidad de árboles frutales, duraznos, ciruelas, nísperos, damascos, cerezas, peras, manzanas, membrillos, hasta nueces y dos parrones inmensos con varias clases de uvas. Había muchas flores de todos los colores, en invierno y en verano. A mi padre le encantaba tener aves de corral: gallinas, gallos, pollos, pavos, gansos y patos. Estos últimos tenían un estanque, y él los dejaba a su libre albedrío; odiaba los gallineros. Era encantador perseguir a las gallinas cuando cacareaban y encontrar un nido con muchos huevos. Y en verano, escuchar el ruidito del agua corriendo entre las hojas secas, señal de que habían soltado el agua de regadío. Correr a sacarse los zapatos y chapotear felices. ¡Qué poco necesitábamos para divertirnos en aquel tiempo!

Un día, muy emocionada, le dije a mi padre que quería que nos escuchara una canción nueva. Yo inventaba todas esas cosas y Flor me seguía a pie juntillas. Nos acomodamos y empezamos a cantar. Yo no puedo entender de dónde sacábamos esas canciones. En ese tiempo no había televisoras, ni se soñaba con ellas. La radio permanecía con llave...

*Negra, mueve la cintura.  
Negra, échate pa' acá.  
Déjame sentir mi negrita santa,  
to'a tu sabrosura.  
Mira, que no puedo más...*

A esta altura mi padre dio un grito de furia:

—¿Qué es esto? —bramó.

Yo no entendía por qué razón no le había gustado. Además, mientras cantábamos nos contoneábamos con picardía. No se habló más. Me fui triste, desolada; nadie nos explicó nada y eso quedó ahí.

Debe haber sido en la época en que nuestros padres estaban de viaje, yo tendría diez años y llevaron al niño más pequeño de María Lefevre, una poetisa amiga de la familia. Se llamaba Jaime y estaba convaleciente; se quedó un tiempo con nosotros. Él tenía dos años menos que yo. Con él hablábamos de temas prohibidos, nos contábamos, describiendo nuestras diferentes anatomías. Además, con él hacíamos teatro. Yo escribía las obras y entre los tres las representábamos. Otras veces eran poemas. Había uno que decía:

*Un día de otoño él se fue.*

*Y pasaron los días, los meses y los años*

*y él no volvió.*

*Un día me asomé a la ventana,*

*y como no vi nada*

*me entré, pesqué un cuchillo*

*y me maté.*

Mi querido Mahfud, mi cuñado poeta, se desternillaba de risa y me decía:

—Y si te mataste, ¿cómo escribiste el poema?

Una vez escribí una obra sobre un matrimonio: el padre, quien se iba a la guerra, era Jaime; su hija, mi hermana Flor; y yo, la esposa. Cuando él se va, su hija le pide que le traiga un regalo. Cuando él vuelve, la hija le pregunta por su regalo y Jaime, quien tenía bastante dificultad para pronunciar algunas palabras, le dice muy emocionado:

—Larto venía tan *juerte* (el caballo), se me cayeron las pelotas.

Mahfud, quien era nuestro asiduo espectador, caía desmayado de la risa.

Cuando nuestros padres se fueron de viaje por América Latina, nosotras fuimos regularmente al colegio durante esos dos años. Mi maestra Lidia, a quien aún recuerdo con mucho cariño porque era una mujer muy dulce, una vez preparó una obra de teatro con tres niños: Cabucho, de quien ya hablé; mi hermana Flor y yo. La pieza era un canto a la paz. Apenas comenzaba, aparecía Cabucho con gran énfasis, y decía:

*Tambores, fusiles, disparos, trompetas.  
Yo extermino campos, yo destruyo vidas.  
Y sé que esto es malo.  
¿Y quién me lo priva?*

Flor, que estaba sentada y era una estudiante que leía un libro, le contestaba:

*Te tengo miedo, me asustas,  
pues yo quiero a mi mamá,  
mi papito, mis hermanos,  
y tú me los matarás.  
¡Vete, vete, porque yo quiero estudiar!  
Ni tu nombre me interesa,  
¡Déjame en tranquilidad!*

En este momento aparecía yo, ataviada con un camisón blanco de la boda de mi hermana Lukó, al cual le habían hecho un enorme ruedo; llevaba una flor blanca en la mano. Con voz muy cantarina decía:

*La tórtola que gime, la paloma que arrulla,  
imploran dulcemente el amor y la paz.  
Y la humilde violeta que en las hojas se oculta,  
pues teme a las borrascas que azotan sin piedad.*

*Mas si el lirio se yergue majestuoso, imponente,  
es porque su blancura simboliza la paz.  
Tengamos como el lirio la blancura perenne,  
del alma sin rencores que esparce la bondad.*

Flor se levantaba de su asiento y me decía:

*Niñita, a ti te quiero,  
Tú das felicidad.  
¿Cuál es tu nombre?*

A lo que yo contestaba, casi en un grito:

*¡Paz!*

Todos los niños que se habían ido acercando al escenario gritaban:

*¡Salve paz!*

Y, para terminar, todos cantábamos a voz en cuello:

*¡Salve paz, transmisora del progreso!  
Te aclamamos cual reina universal.  
Breve y fácil palabra en estructura,  
Y amplía en fondo y riquezas de ideal.*

*Los pequeños y grandes te veneran,  
pues sin ti nada se hace en corrección.  
Es forzosa la paz en cada vida  
porque en ella también está el amor.*

Se bajaba el telón que habían improvisado las maestras, y saboreábamos los aplausos y las felicitaciones.

No puedo dejar de recordar, como lo he hecho en otros escritos, a doña Hanna Johnson, la dueña de la casa de La Cisterna, alemana o sueca, da lo mismo. Su pelo era blanco y sus ojos celestes y pálidos. Ella siempre tenía una sonrisa bondadosa. Merodeábamos a su alrededor y ella nos llamaba y nos daba torta. A veces juntábamos flores y frutas de su propio jardín, cuando en el nuestro no había más, y le tocábamos el timbre. Ella aparecía y con una sonrisa nos daba el ansiado postre, que devorábamos encantadas. Su casa era de un ambiente muy fresco y siempre olía a delicia, a torta y a misterio. Nos recibía en la puerta. Yo me estiraba para ver hacia adentro, pero su hogar era infranqueable, y siempre permanecía en semipenumbra.

Debo haber tenido no más de ocho años cuando mi hermana Juanita, una de las mayores, me llevó a una presentación de niños cantantes en la radio. Apenas me probaron y me aceptaron, fui a decirle a la señora Hanna que me escuchara el día en que cantaría. Me dijo que seguro estaría pendiente. Canté con el alma, pensaba en la torta que me comería, me sentía además maravillosa cantando:

*Amor, amor, amor, amor,  
cuando te acerques a mí,  
adiós, adiós, adiós, adiós,  
cuando te alejes de aquí.*

*Mas no, jamás, mejor soñar,  
decirle al corazón  
tu amarga mentira,  
tu dulce mentira,  
amor, amor, amor...*

Al terminar, tanto el pianista como el organizador me miraron sonriendo. Yo estaba absolutamente emocionada, sintiéndome, a los ocho años, como María Callas. Apenas volví a la casa, corrí a los brazos de mi vecina y tal como pensaba, me dio un trozo de torta

muchísimo más grande de los que me daba habitualmente. Por esos años pensé que siempre tendría torta en mi casa y lo he cumplido a plenitud.



Yo sentada y Flor de pie. Año 1944

Indudablemente, mis hermanos fueron fatales en su niñez. Se juntaban con otros chicos de edades parecidas y hacían las de Caín. Algunas veces nos llevaban a Flor y a mí al cine. Nos encantaba. Pepe nos compraba unos *cambuchos*, o bolsas de papel, con trozos de pasteles y tortas, llamados recortes, y que a mí me volvían loca. En una ocasión, les dio por vender *calugas* en el cine. Estas eran tres cuadritos de caramelos de leche, que venían dos juntos y el tercero, en el centro. Estaban envueltos en papelitos encerados –los estoy viendo–, y en letritas rojas se leía: “Calugas baby”. Pues ellos las

sacaban, las chupeteaban un poco, y nuevamente a su envoltorio. Les duró poco la ganga, y dejaron el “negocio”.

También recuerdo el fin de un viejo gallo en el que hasta nos montábamos. Era enorme. Lo llamábamos Pepe. El día en que lo iban a sacrificar yo me encerré en mi cuarto a llorar. De tanto en tanto abría la puerta y gritaba:

—¡Asesinos! ¡Criminales!

Pusieron a cocinar el tal gallo, que no se ablandó jamás. Parecía de fierro. Trataron de guisarlo por tres días, y finalmente se lo dieron a los perros. Yo sentí un gran alivio: no habría podido comerme a mi amigo de juegos.

En Chile, al juego de la rayuela, como la extraordinaria novela de Cortázar, se le llama *luche*. Ese era mi juego predilecto. Con una aguja e hilo que le sacaba a mi madre, pasaba los granos de maíz y los ataba como si fuera una pulsera. Con tiza y en el suelo, se dibujaba el *luche*. El rectángulo constaba de cinco cuadritos a cada lado, y al final una media luna que abarcaba los dos cuadros, que se llamaba la *olla porotera*. El jugador debe ir lanzando la pulsera de maíz, o tejo, en cada uno de los cuadros y, finalmente, en la olla porotera para obtener el triunfo. Por supuesto, yo era la supercampeona; tanto en el juego como haciendo los adminículos necesarios para jugar.

### **Partir es vivir cosas nuevas**

Mis padres viajaron. No se sabía exactamente por cuánto tiempo podrían estar ausentes. Yo lloré mucho cuando se fueron, pero mi hermana Lukó nos cuidó con su generoso amor, y al poco tiempo nos habíamos acostumbrado. Aunque Flor no perdonó jamás que la hubiesen dejado por tanto tiempo. Ella tenía seis años y yo diez. Creo que en esos años fuimos sin faltar al colegio. Llegaban cartas y regalitos que mis padres nos enviaban.

Recuerdo que Lukó nos dijo que debíamos liquidar la casa y partir, porque nos reuniríamos con nuestros padres en Buenos Aires. Debí arreglar con ellos seguramente por correo. Yo me aterró.

Amaba esa casa mágica y llena de ensoñaciones. Debo confesar, sin embargo, que la idea de vivir cosas nuevas también me dio ansiedades diferentes.

Y dejamos La Cisterna. Triste, triste de abandonar mi casa campestre. No recuerdo bien la liquidación de todo. Seguramente nos sacaron hacia Santa Laura, la casa de los Massís, familia de mi cuñado Mahfud, para que no entorpeciéramos las tareas de los cambios. Allí vivían su madre, sus hermanas y su hermano. Luego de un tiempo fallecieron don Farhán y la señora Rosa, los padres del poeta. Nosotros los visitábamos algunos días. Ahí también tenía yo unos amigos y un novio, claro está, que se llamaba Luis Ciudad Cores. Me gustaba muchísimo y no fue el primero, por supuesto; ese fue Rolo, cuando yo tenía cuatro años, que estaba dubitativo entre una muchachita rubia y yo. Hasta que le planteé: “O ella o yo”, y se decidió por mí.

Una de las cosas que también me causó mucho dolor fue cuando me dijeron que regalarían a Lorena, una perrita que hacía poco tiempo estaba con nosotros. Me desesperó, era una cachorrita muy amorosa y nosotras la adorábamos.

El tiempo que nos quedamos en Santiago, en la casa de mi cuñado, mientras se gestionaban nuestros documentos, fue un período muy agradable. Luego partimos hacia Argentina con Carlos, el enorme poeta y loco hermano mayor de todos. Partimos los tres, Carlos, Flor y yo.

¡Qué maravillosa aventura! ¡En tren a otro país!

## Nuevos horizontes

Buenos Aires me deslumbró con su majestuosidad. ¡La calle Florida y el Hotel Florida! Bajábamos al comedor a almorzar y a cenar. El desayuno generalmente se tomaba en el dormitorio. Recorriamos la gran ciudad, descubriendo lugares maravillosos. Mis padres nos habían comprado en Gath & Chávez sendas maletas que llenamos con ropa de verano. Todo esto era un sueño increíble. Un poco más de una semana en la gran ciudad argentina. A los diez días partíamos a Montevideo.

Cruzamos a Uruguay de noche, y nos hospedamos en un hotel que mi padre había reservado. Otra ciudad de ensueño. Me sentía muy feliz de estar en ese país, que me encantaba. Ya empezaban los días templados. Mi padre alquiló una hermosa casita en Pocitos, a unas cuadras de la playa. No habría pasado un mes cuando me enfermé gravemente de una pericarditis reumática que me tuvo al borde de la muerte. Tuvimos que mudarnos a otra vivienda que estuviera alejada del mar.

De esta gran casa de Montevideo, en Sayago, no recuerdo la dirección exacta, como sí la de otros lugares. Era muy hermosa y su distribución se parecía a la de La Cisterna: la gran estructura en medio, rodeada de patios, jardines en el frente y detrás los espacios de árboles frutales. Allí conocí las mandarinas que, cosa rara, no las había comido en Chile (las llamaban *tangerinas*); y las guayabas, que

tampoco las había comido antes. Eran muy diferentes a otras frutas; blanquitas, pequeñas y muy dulces y perfumadas.

En cuanto me sentí mejor, en la clínica García Capurro, me llevaron a otro lugar de recuperación; de este no recuerdo ni el nombre ni el lugar, pero sí un balcón al lado de mi cama y un amigo de mi hermano Pablo, Martín Miller, que me daba largos y succulentos conciertos de violín. Me fascinaba, me hacía sentir inmensamente importante. De allí, a la gran casa de Sayago. Vi nuevamente el maravilloso cuadro de mis padres trabajando bajo los árboles.

Mi papá había contratado un matrimonio con sus hijos, y todos trabajaban en la casa. Invariablemente, a las tres y media de la tarde venía el compadre de la señora, enorme negra ella, a buscar restos de verduras que ella le preparaba para llevar a las aves. Pues una de esas tardes, mi madre hablaba con la mujer y pasaron los perros corriendo y tiraron el tarro al suelo, y allí quedó al descubierto que debajo de las cáscaras de las papas y zanahorias, venía otra tapa y lo demás eran paquetes de azúcar, café... Hasta ahí llegaron.

De todas maneras, no fue mucho el tiempo vivido en esa casa. Mi hermana Lukó y Mahfud Massís tenían solamente a su hijo, el tan amado Pablo Antonio; y Juanita, con Julio Tagle, a las dos chicas, Sonia y Patricia. Mi padre los había hecho venir a Montevideo, probablemente para que se despidieran de mí, dada la gravedad de mi enfermedad.

Todos juntos en esa casa creábamos un gran desorden, que mi madre ordenaba con gran esfuerzo. Se armaban grandes peleas, y yo era quien llevaba y traía los chismes.

Ya cuando estaba mejor, mi madre nos llamó a Flor y a mí, y nos dijo que tenía que hacer algo y debíamos acompañarla. Fuimos con ella al dormitorio y sacó de un cajón un tesoro que, por supuesto, yo ya conocía, y a cada cierto tiempo y cuando todos habían salido, lo sacaba y me deleitaba entre interrogantes, y embelesada lo contemplaba. Consistía en una mascarilla blanca envuelta en una tela igualmente blanca, de seda. Se la habían hecho a Carmen, una hermanita

que nació mucho antes que yo y murió de apenas seis meses. En el sagrado envoltorio había también una virgen, muy bella, aunque un poco aporreada por los años y las andanzas. Bien, estos dos objetos los tomó mi madre y nos dijo, con una mirada desconocida:

—¡Vengan!

Partimos las tres, ella ya tenía destinado el lugar. Llevaba lo necesario, y sin mediar palabra se puso a hacer un hoyo en el suelo. Depositó el sagrado envoltorio que contenía los dos misteriosos objetos que la habían acompañado siempre. Nosotras mirábamos aterradas. Ella cubrió con tierra el hueco y luego, con los ojos un poco llorosos y desencajados, nos dijo:

—¡Vamos!

Nadie habló de esto, ni nosotras lo comentamos jamás.

En esos días, mi hermano Carlos se vio sumergido en uno de esos abismos de donde era tan difícil sacarlo, y también tuvieron que internarlo. Esto concluyó en que mi padre fue gastando todo el dinero que traía de su gira diplomática. De esta manera, nuestro paso por la tierra de Artigas fue rápido y no muy feliz.

Mis dos hermanas mayores, quienes habían ido a Uruguay con sus esposos e hijos, no alcanzaron a estar un año con nosotros, debido a que ninguno de mis cuñados pudo ubicarse y conseguir trabajo. Antes de que ellos se volvieran a Chile, estuvimos todos juntos, a modo de despedida, en una estancia llamada Cuyanita, que le habían prestado a mi padre en Castelar, Gran Buenos Aires. Allí pasamos unos días maravillosos. Había caballos, hacían asados y compartíamos todos juntos, antes de que se disolviera el grupo familiar.

Cuando quedamos mis padres, Flor y yo, con mis tres hermanos varones, estos se fueron a Rosario. Dejamos Buenos Aires, camino de Córdoba, que era el destino que mi padre había elegido por ser un clima muy propicio para mi estado de salud.

Ciudad por ciudad y pueblo por pueblo, comenzamos la gira. Mi madre recitaba sus poesías y mi padre dictaba conferencias: “El Arte, el Hombre y la Sociedad” y “Retrato de Chile y los Chilenos”. Creo

que mi padre se sentía muy cómodo en Argentina. Sus disertaciones eran bien organizadas y el trabajo lo realizaba con mucho gusto.

### **Córdoba “embruja”**

Terminada la gira arribamos a Córdoba, y al día siguiente nos fuimos a las sierras, a Río Ceballos, al Gran Hotel Río Ceballos, una edificación turística muy linda, donde no alcanzamos a estar un año. Luego mi padre alquiló un chalecito llamado El Embrujo. Allí nos sentimos todos muy bien.

Evoco fácilmente el porche de la casita y la imagen de mis padres sentados en grandes sillones, uno frente al otro, y todo el cerro de papeles desparramados en una mesita en medio de los dos. Allí pasaban largas horas, y yo podía asociarlo con la otra imagen que tenía de ellos trabajando bajo los árboles en los jardines de La Cisterna, en Chile.

En nuestra permanencia en Río Ceballos tuve un pretendiente, Juan Carlos Ceballos, claro, novio a la distancia, de miradas lejanas y furtivas; y cuando estábamos juntos, siempre era a medio metro. No sé en qué momento ni cómo, poco tiempo antes de irnos, él me entregó una carta que yo inmediatamente contesté. La carta decía así:

#### **A LA DIOSA VENUS:**

Lacerado mi corazón se halla  
de su alma fue lanzado ese dardo que penetró en él  
y tradujo enfáticamente estas palabras: ¡La amo!  
Si bien por primera vez experimenta mi ser esas notas,  
temo ya encontrarla, temo ya perderla,  
pero si algún día comprende mi cariño  
conocerá a ese hombre que permanece firme  
como peñasco vetusto  
que no se parte al abatimiento de las olas;  
pero ah, ese sexo admira a los hombres  
a través del cristal transparente de la lupa;

y entonces creo no ser el merecedor  
de los sinnúmeros de dotes que usted posee.  
Hasta tanto, reciba el abrazo de un admirador

JUAN CARLOS CEBALLOS

Mi respuesta no tardó en llegarle.

Amigo mío:

Recibí su carta, la cual me pareció fingida, trate usted de hablar un poco más con el corazón y no deje que lo venza la vanidad, al menos para conmigo.

Quiero ser en su vida una luz fugaz, que brilló solamente un día; y luego se disipó sin poder remediarlo. Me duele tener que decirle; pero yo solamente estaré en esta unos meses, no sé cuántos; pero sí muy pocos, y no quiero hacerme ilusiones ni que usted tampoco se las haga.

LAURA

Así comenzó y terminó nuestro amor epistolar. Nunca más volví a verlo, ni supe de él.

En el chalet El Embrujo pasamos una época feliz y tranquila. Mis tres hermanos venían de vez en cuando a estar unos días con nosotros. Ellos preferían vivir en una ciudad, especialmente por el trabajo, y se habían quedado en Rosario, donde alquilaban un apartamento. Yo jamás lo vi. Mi madre, que fue una vez, salió despavorida del despedote que tenían los tres, y uno que otro desventurado al que ellos daban cobijo.



Yo estoy de pie en compañía de Flor

Pepe pintaba, Pablo escribía y trabajaba, él siempre conseguía algo más formal y seguro. Carlos escribía y también pintaba. Para tal fin tenía una indumentaria especial: un pantalón a media pierna y una especie de pulóver que no lavó jamás, y donde también limpiaba sus pinceles. Este adminículo ya se paraba solo de tanta mugre.

Un día que Carlos se fue de viaje, los otros dos hicieron “limpieza” y con dos palos sacaron la prenda al patio, la rociaron con querosén y le prendieron fuego. Cuando Carlos volvió, buscó su indumentaria de pintor y solo estaba el pantalón. La buscó y lanzando improperios les preguntó quién la había tomado. Ellos se reían, pero no decían nada. Entonces, mirando a Pepe, lo apuntó con el dedo gritándole imperativo:

—¡Tú te la pusiste!

Gran risa, gran. Luego, él mismo se reía de todas estas locuras.

## Ricardo: músico

En este hermoso lugar de las sierras cordobesas de Río Ceballos, apenas debimos haber pasado dos años. Allí conocí a Ricardo Miravet. Mi hermano Pablo lo llevó a casa. Recuerdo que fue una tarde. Lo espí por la mirilla de la puerta, me pareció extraordinariamente hermoso. Ya apenas verlo, mi locura se puso en funcionamiento. No sé si me enamoré o fue que él era el ser especial para que yo soñara y fabulara.

Ricardo era como yo, un niño, él apenas tres años mayor; yo quince y él dieciocho.

Muy rubio, de cabello ondulado, suave y brillante. Y sus ojos celestes y pálidos lo iluminaban todo. Delgado, caminaba con los hombros echados hacia adelante, quizás por el estudio de la música. Todo el tiempo estaba prácticamente sentado al piano o al órgano. Odiaba tocar para los casamientos y le pagaban muy mal, pero aun así lo hacía. Luego, se quedaba estudiando durante largas horas. Era lo que se sabe y define como un joven muy buenmozo. Un príncipe, dirían las jovencitas de antes. Claro, tenía una cautivadora sonrisa y aunque era muy jovencito, usaba una barbita rubia que le quedaba muy bien. Él se quedó hablando con mi hermano, quien se quejó al día siguiente con mi madre, diciéndole que nosotras éramos unas niñitas muy metidas, que no los habíamos dejado tranquilos. Mi madre, sonriendo con picardía, le dijo:

—Sin embargo, a mí me pareció que él le echaba sus buenos mirotones a Laurita.—Mi hermano se quedó mudo.

Al poco tiempo nos fuimos a la ciudad de Córdoba y el chalet El Embrujo de Río Ceballos, que nos había cobijado con tanta felicidad, quedó en el recuerdo.

Mis padres se fueron de viaje por el interior de Argentina. Flor y yo nos quedamos en casa de mi hermano Pablo, quien, siendo muy joven, vivía con una hermosa mujer mayor, la cual tenía un gran parecido con Greta Garbo, que era el aire que ella cultivaba: melena

corta rubia y misterio en la mirada. Se llamaba Laura y vivía en la ciudad de Córdoba, Sucre 61.

Cuando mi hermano Pablo se suicidó, dejó dos cartas sin enviar. Ambas decían “Querida Laurita”. Una era para mí; la otra, me di cuenta de que era para la otra Laura, y me fui a llevársela. Habían transcurrido veinte años o más. Ella me lo agradeció tanto y lloró; lloramos tanto juntas, que luego estuve dos días con un terrible dolor de cabeza. Nunca lo olvidaré.

Fue muy corto el tiempo que estuvimos en casa de Laura. Por esa época, con Cachi, que así le decían a Ricardo, salíamos mucho al cine y a los conciertos de órgano y de música en general. Él me enseñó a amar la música barroca, que me gustaba y me gusta mucho. Era el año 48 y yo había cumplido quince en marzo, aún en el chalcito embrujado.



Junto a un grupo de amigas y Flor a un costado. Año 1946

A veces, Ricardo y yo salíamos con mi hermano Pablo, y siempre con mi hermana Flor como chaperona. Nos sentíamos muy enamorados, fue una temporada de noviazgo muy agradable y enriquecedora. Todo se armó casi sin darnos cuenta. El tiempo pasó muy rápido, no habían transcurrido ni dos años desde nuestro regreso de Uruguay.

Pasó abril, mayo y junio, y el 7 de julio, cumpleaños de mi madre, nos casamos en casa de Laura. Yo no sé si quería hacerlo o jugaba a ser protagonista de una película. Su primer beso no me gustó, la humedad de otra boca me produjo rechazo, pero luego de un tiempo, los besos sí me gustaron.

### **Luz en la oscuridad**

Nos fuimos a vivir a la casa de la avenida Olmos. Un apartamento oscuro, frío y muy tétrico. Las ventanas no se abrían o lo hacíamos muy pocas veces. Una de esas veces cuando me asomé, vi a Evita Perón. Pasaba con su comitiva. Como yo estaba en el primer piso, la tuve muy cerca. Era muy hermosa, parecía un ser irreal. Cuando le grité, me pareció que me miraba, es la pura y santa verdad.

En esta casa oscura vivíamos con Adolfinia, madre de Ricardo, y viuda, a quien visitaba su novio Juan Carlos Roca. Todas las tardes se encerraban en su cuarto y no participaban del resto de la casa. En ese lugar nadie cocinaba. Se pedían tres viandas horrendas con las que almorzábamos y quedaba algo para la noche. Recuerdo la sopa, aguada, con una película de grasa en la superficie y unos fideos y garbanzos nadando en el caldo.

Apabullada por la historia de mi enamoramiento y posterior casamiento, vi con horror y desolación cómo mis padres y mi hermanita menor preparaban su regreso a Chile y yo me quedaba, perdida y sofrenando los deseos de decirles que me llevaran. Poquito tiempo antes de casarme, ellos habían alquilado una pequeña casita en las sierras de Carlos Paz. Allí íbamos con Ricardo siempre que podíamos.

En la avenida Olmos fue cuando supe que estaba embarazada. Mis padres estuvieron muy contentos, pero ya tenían el compromiso de volver a Chile. Habían liquidado la casita de Carlos Paz y su partida era inminente. Antes de irse, y cada vez que los visitábamos, mi padre me esperaba con mucha fruta, pan amasado por los lugareños y leche recién ordeñada.

No tengo demasiados recuerdos de Ricardo, el rubio organista; solo recuerdos fugaces y casi todos muy lindos. Pasó por mi vida un poco apurado y no pude observarlo detenidamente para conocerlo. De haber tenido tiempo me habría dado cuenta de lo absolutamente egoísta que es, y cuyo único amor es el que profesa a sí mismo y a la música.



En el Parque Sarmiento, Córdoba, Argentina

El Cachi no era particularmente celoso, pero una noche en que había varias personas invitadas, tocaron un tango y yo me puse a bailar con Tito, su hermano. Cuando él llegó lo vi mirarnos con los ojos rojos y salir corriendo. Fui tras él y lo encontré llorando con la cabeza tapada por la almohada.

Después de que se volvieron mis padres a Chile, Ricardo estaba poco tiempo conmigo, él vivía en el mundo de la música, su más grande y único interés. Tocaba el órgano en las iglesias los sábados y domingos para algunos casamientos, y los demás días estudiaba.

Yo recorría las iglesias para escucharlo. Me dejaba llevar por un resabio de misticismo que ni yo misma comprendía. Esos lugares me hacían sentir un raro sentimiento como de estar profanando algo sagrado. Muy poco conocedora de ritos religiosos, dado el ateísmo acérrimo de mi padre, estar en una iglesia escuchando el órgano despertaba en mí quién sabe qué mecanismos ocultos hasta entonces desconocidos.

Por otro lado, había mucho de película en eso de entrar a la iglesia, donde la semipenumbra del ambiente frío y cerrado, el olor residual a incienso y los rostros graves y emocionados de los devotos, me ponían en un estado especial, en el que, ataviada con ropas de colores oscuros, un pañuelo en la cabeza, y permaneciendo en respetuoso silencio, me hacía sentir observada por miles de ojos, mientras la música del órgano horadaba la quietud sepulcral de la que participaba, sin duda, inconscientemente.

Por las tardes entraba a las iglesias donde suponía que él podía estar, y me sentaba en total éxtasis a escucharlo. Yo no entendía cómo sabía él que yo estaba; en cuanto se daba cuenta, interrumpía a Bach o a Zipoli y tocaba una bellísima canción de cuna y una sonatina que había compuesto para mí. Yo, inundada de místico romanticismo y sintiéndome la heroína de una maravillosa historia de amor, dejaba correr las lágrimas por mi rostro y esperaba que el órgano dejara de sonar, pues él venía a buscarme. Nos tomábamos de la mano y regresábamos juntos. No recuerdo que habláramos

mucho, nos amábamos como lo hacen los jóvenes, sin preocuparnos por el tiempo que duraría ese amor.



Recién casada con Ricardo Miravet

Ya cuando mis padres y mi hermanita Flor se volvieron a Chile, yo supe apenas en mis quince años que se me vendría encima una vida donde debería ser la única responsable y dueña absoluta de todas mis decisiones.

Seguí el hilo de mi vida de pocos matices, esto fue hasta el momento en que surgió una nueva sensación y un camino pleno de sol: la llegada de mi hija. Cuando se presentó el momento de dar a luz, Ricardo me llevó a la clínica que ya se había acordado. Pasé una noche de mucho sufrimiento, sola.

Al día siguiente, luego del mediodía, me llevaron a la sala de partos. La cosa se había puesto difícil porque la niña venía de nalgas. Las parteras llamaron al médico, el doctor Marramá, quien al llegar hizo unas maniobras, y al fin Ana Magdalena nació. Fue el 10 de junio de 1949, once meses después de haberme casado. No podía creer que me pusieran sobre el vientre algo que había salido de mí. Al poco rato, apareció el padre de la criatura, muy contento, con un ramo de rosas rojas en las manos.

Desde ese momento, mi vida tuvo un real sentido. Esa niña era viva y palpable, y ya no tenía necesidad de fabular. Tenía todo lo fabulado e imaginado ante mis ojos. La contemplaba infinitas horas. Me acostaba con ella en las tardes frías de invierno en Córdoba, en los meses de junio y julio, sin calefacción. Lo tenía prohibido, decían que la podía aplastar, cosa imposible: respiraba con su aliento.

Yo había pasado otra noche anterior en vela y en llanto, cuando sentí a mi hija moverse dentro de mí. Cada cosa era una sorpresa que me asustaba, aunque luego me hacía feliz.

Luego de dos meses, supe que tener un hijo es el acto supremo. Mi corazón sacado de mí, mi corazón, mis entrañas, mi alma. En ese momento que es único, en ese instante comprendí que esa criatura que estaba en mí había de ser lo que más podría amar en la vida; y más tarde, también, me sucedió con el otro hijo que traje al mundo.



Durante los primeros meses de embarazo de Ana

Escarbando en mi mente llego a la conclusión y me parece que en aquel tiempo no tenía reales y profundos pensamientos ni grandes preocupaciones, pasiones ni conflictos. Me dejaba llevar por cada minuto como si la vida entera durara un solo instante y estuviéramos cada uno como una unidad aislada, que no contara sino por sí mismo. No había creado dependencias de mis padres, hermanos ni país; ni siquiera del hombre que amaba o creía amar en ese momento; solo mi hijita era mi todo. Claro, ella había pasado a formar parte de mí y llenaba mis momentos, mis silencios.

En esa casa había un piano, un tanto desvencijado, con el que Ricardo estudiaba casi todo el día, pues le había hecho una pedallera para practicar como si fuera un órgano. Allí nadie molestaba a nadie, y nadie se metía con nadie. Cada uno ocupado con sus cosas, no tenía tiempo para más. Yo cuidaba a Mechita, la hija de Chita y Tito, en las mañanas, para que ella fuera a la universidad donde estudiaba Medicina; y ella cuidaba a mi hija Anita por las tardes, para que yo pudiera estudiar danza. Ricardo estaba conforme y le gustaba que yo lo hiciera. A mí me encantaba. El profesor de danza, Toledo, era su amigo.

A veces, yo oía a Ricardo y a su hermano reírse, haciendo mofa de mis padres; sobre todo porque mi padre le cocinaba a mi madre, lo que consideraban una locura. En esos momentos lloraba de rabia. Hoy pienso que toda esa supuesta locura va siempre, o casi siempre, acompañada del talento y la creación.

Hay una anécdota en que sus risas quedaron truncadas. Una tarde de viento suave caminamos unas cuadras con Ricardo, su hermano Tito y las niñas, llevando un papagayo muy lindo que ellos habían comprado. Fue un fiasco. Cien veces trataron de elevarlo y cien veces fracasaron. Yo dije tímidamente que sabía hacer unos *chonchones* en papel de diario. Cayeron al suelo de la risa. Entonces yo busqué el papel, el pabilo y armé mi *chonchón* con una cola de papel y trapos. Me paré al lado de ellos y empecé a maniobrarlo. Cuando el *chonchón* tomó distancia y se elevó por los aires, ellos quedaron perplejos, mudos, no podían creerlo. Pero así fue.

Así y todo, esos años pasaron rápido y fueron tan cortos que no dejaron en mí demasiadas huellas de goces o sufrimientos. Fueron años vividos sin peso.

Cuando mis padres se fueron, la niña aún no había nacido. Creo que algo me había acostumbrado a la idea de que ellos se irían sin mí. Claro que cuando nació Anita, mi cielo se llenó de luz. Ricardo entregaba su alma y su vida a la música, allí quedaba muy poco espacio para nosotras. Sí, estuvo muy contento con su llegada, pero no

tenía tiempo para dedicarme y compartir con la niña. Aun así, yo lo seguía acompañando a las iglesias donde tocaba el órgano en las misas, en los casamientos y, por supuesto, en los conciertos. Hasta había empezado a deletrear poco a poco las claves musicales del piano que él me enseñaba.

Yo no conocí realmente a ese hombre, nunca supe qué era lo que más le gustaba, fuera de la música y las mujeres. Esto se acentuó cuando empezó a viajar y su alejamiento fue total. Trato de pensar a sesenta y tantos años de esto, y no sé cómo me sentía. No le reprochaba nada, ignorante de que podía haber otra vida y otro tipo de relación mucho más hermosa y enriquecedora.

Cuando nació Mechita, yo la fui a ver a la clínica, y miraba a la recién nacida un poco aterrada, pensando que en muy poco tiempo yo también tendría a mi bebé al lado.

—¿Tienes una cicatriz muy grande? —le dije de pronto. Y ella me contestó:

—No, no me hicieron cesárea.

La miré sin entender. Y ella se dio cuenta de que yo no sabía cómo nacían los niños. Me explicó y todo me pareció absolutamente imposible de que fuera verdad. Yo era una niña de una inocencia rayana en la estupidez. Me parecía imposible que ni mis padres, gente culta y evolucionada, ni mis hermanos mayores, me hubiesen puesto al tanto, pues, aunque yo leía muchísimo, de esas cosas no se hablaba.

—¿Cómo van a salir por ahí, Dios mío? —Y llorando, no dormí en toda la noche.

Pasó el tiempo y, como suele ocurrir, Ricardo se fue alejando poco a poco, tan despaciosamente que casi no me di cuenta. Nuestro amor se fue apagando silenciosamente y mientras se apagaba esa luz, otra comenzaba a prenderse, despacito.

En la casa de la avenida Olmos estuvimos poco tiempo, apenas un año. A la madre de Ricardo, mi querida Adolfinia, le habían diagnosticado una tuberculosis y nos aconsejaron no tener a nuestra hija ni a la de mi cuñado bajo un mismo techo.

Cuando nos fuimos de ahí, las dos parejas nos mudamos a una casa cerca del hipódromo. Nosotros nunca vivimos solos, y como yo estaba acompañada con su hermano y su cuñada, Ricardo podía irse tranquilo. Yo me desenvolvía perfectamente, a pesar de ser apenas una adolescente, con una hija muy pequeña y un matrimonio que amenazaba con desaparecer. No sé mucho lo que pensaba en ese tiempo, no sé tampoco si pensaba.

### **Eduardo: titiritero**

La niña no caminaba aún cuando Eduardo Di Mauro se acercó a mí, y fue precisamente con él que le enseñamos a caminar, poniéndonos uno en cada extremo con los brazos extendidos, en cuclillas, llamándola amorosamente. Este acto hermoso en su simpleza, lo recuerdo como parte de las cosas que hicieron que mi amistad por Eduardo se transformara en amor.

Durante casi un año había sido amiga de su hermano mellizo, Héctor, gran titiritero como Eduardo. Un mediodía había de conocerlo en medio de una avenida, un día cualquiera. Ese día cualquiera nos estrechamos las manos y no nos dimos cuenta ninguno de los dos de que pasado un tiempo habríamos de amarnos. Mentira que hubo corriente avisadora o chispazo milagroso; mentira que flechazo de cupido o química acelerada. Mentira todo. Solo estrechamos nuestras manos.

En realidad, sí hubo algo, hubo la claridad de sus ojos, que no me llamaron la atención por lo bellos, porque no lo eran, pero sí los sentí llenos de bondad, y esa luz verde amarillenta me inundó. No me gustó su cara engordada con los abundantes platos de cereales con los que era alimentado mientras cumplía con el servicio militar.

Me había casado a los quince años y cuando encontré a Eduardo tenía diecisiete. Un año antes yo había visto al teatro El Cometa en una función de títeres en casa de un amigo común de apellido Zarza. Yo estaba como de seis meses de embarazo. Dos flaquitos idénticos andaban enseñándole los parlamentos de la obra a Eve, la hija mayor

de Zarza, quien esa noche hizo la voz de mujer en la función de títeres para adultos que ellos ofrecían. Era el *Fausto*, de Javier Villafañe. Yo me volví como loca, era la primera vez que veía títeres en mi vida. No podía ni siquiera imaginar cómo se movían, no tenía la más remota idea. Quedé impactada y emocionada. Seguimos viéndonos con Héctor y nos hicimos muy amigos.

Luego del encuentro con Eduardo fuimos amigos todo un año, tan amigos, tan amigos, que no supimos cuándo dejamos de ser amigos y la amistad, de tan perfecta, fue amor. Ese primer año nos acompañamos y disfrutamos uno del otro hasta hacernos totalmente imprescindibles.

A pesar de que él era para mí la protección real y el compañerismo que no había tenido totalmente con mi rubio músico de las iglesias, me costó un poco acostumbrarme a una nueva relación. Eduardo era dos o tres años mayor que Ricardo; también como él, muy joven, pero muy maduro para su edad y muy responsable. Acomodamos nuestras vidas, dándoles un tiempo, un lugar y una intensidad adecuada a cada cosa. Quizás sea por eso que nos fue tan bien.

Mientras Ricardo se alejaba, Eduardo se acercaba. Me aferré a él, me sentí, por primera vez, realmente acompañada y protegida. Esa era verdaderamente la relación de pareja que yo, sin saber que existía, estaba añorando.

Empezamos a salir juntos. Íbamos mucho al cine, a los dos nos encantaba. También, con la niña, al lago San Roque del parque Sarmiento, donde él hacía gala de su destreza con los remos. Eduardo había entrado en mi alma para ser único, para ser él. Nuestro amor iba creciendo día a día.

Yo había abandonado bastante la lectura, la retomé con Eduardo. Comprábamos libros, aun estando siempre con poco dinero. Así nació el amor entre nosotros.

Una noche, cuando Ricardo estaba en Buenos Aires, salimos Eduardo y yo; al volver, nos dimos nuestro primer beso. Apenas ocurrido, me sentí terriblemente culpable y en cuanto vino Ricardo, se

lo dije. Al principio, no pareció demasiado afectado, pero luego reaccionó. Como suele suceder, vino el drama. Y él no quería separarse. Quiso que arregláramos el descalabro, pero no. Yo estaba clara, quizás por primera vez en mi corta vida.

Se fue a casa de su madre con el rostro compungido y, por supuesto, sintiéndose el mártir y el engañado; aunque ya en Buenos Aires estaba saliendo con Katia, la hija de Katkof, un ruso blanco (con trarrevolucionario) amigo de él. A partir de ese momento, empezó a ir todos los días a la casa. Tenía el pretexto de que era para practicar con el piano provisto de pedalera que estaba allí. Esto desataba la furia y los celos de Eduardo.

En esos días, recibí la mesada de mi padre y entonces invité a mi amado titiritero a las sierras de Córdoba, en Valle Hermoso. ¡Qué hermoso era! Un lugar soñado. Nos fuimos los dos con la niña, que no caminaba aún. Pasamos unos días maravillosos. Una noche apareció Héctor, con dos amigos, enviados por Isolina, la madre, para saber qué había pasado con su hijo y esa mujer acaparadora de diecisiete años. Estábamos en un cuartito en el primer piso y ellos lo llamaban desde abajo, riéndose y silbando. Cansada, me asomé a la punta de la escalera, con un camisón blanco y el cabello todo en desorden. Les grité que se fueran y ellos se asustaron y desaparecieron.

Nosotros no habíamos decidido bien qué sería de nuestra vida, ni qué íbamos a hacer en el futuro. Nos amábamos, y eso debía ser suficiente. Había pasado cerca de un año de nuestra relación amorosa y los dos acordamos que yo debía viajar a Chile hasta que las cosas se acomodaran. Yo me fui con la niña. Además, quería mostrarles mi hija a mis padres. Él juró que me escribiría y que en un año me iría a buscar. Porque le había surgido la posibilidad de realizar un viaje al África.

## Chile de alegría y dolor

Ese año de 1951 tuve que viajar a Chile. Había sabido que mi madre estaba mal, pero no que era cáncer. Liquidé mis cosas. Le di a la señora que nos iba a ayudar todo lo que yo había aportado para poner en la casa, enseres que mi madre me había dado, y partí sin tener muy claro mi futuro.

Al llegar a Santiago nadie me esperaba, porque yo no había avisado de mi viaje. Tomé un taxi desde el aeropuerto y llegué sorpresivamente. Mis padres vivían en la casa de Dalmacia 1196, que se me confunde un poco con la de Paula Jaraquemada, donde residimos un buen tiempo. Ellos se quedaron helados cuando me vieron. Y más se helaron cuando les dije que me había separado de Ricardo, y que tenía otro hombre a quien amaba. Les mostré unas fotos y mi madre dijo que Eduardo tenía cara de inteligente. Quedaron prendados de Anita, que tenía casi dos años y era una belleza. Ahora reflexiono, después de sesenta años, y es bastante difícil estar en mí en ese momento. Quizás era un poco irresponsable, pero la juventud casi siempre es así, apresurada y sin detenerse a pensar.



Junto a Ana en Santiago de Chile. Año 1952

Luego de un rato de conversar, me fui a la farmacia con Flor. Ella tenía apenas catorce años. Cuando salimos, me dijo que nuestra madre tenía cáncer. Me quedé aterrada, no lo había pensado jamás. Bien sabía lo que era esa enfermedad. Fue un remezón terrible, mi alma se partió en dos.

No había pasado sino un mes, o mes y medio de estar yo en Chile, acomodándome como pude a la tragedia que vivíamos con la enfermedad de mi madre, cuando una mañana el cartero me trajo una carta terrible de Eduardo, en la que me contaba una historia imposible de creer, la cual nunca se aclaró totalmente. Lo cierto es que su amigo Gual y su hermano Héctor le dijeron que yo no le convenía. Eduardo se rio al principio, pero luego se puso serio cuando añadieron que el

tío de otro amigo de él, Helio, quien vivía en la misma casa donde Toledo enseñaba danzas, me había manoseado. Eduardo casi se murió. No me escribió por unos días, se enfermó. Deambulaba por las calles de Córdoba como loco, hasta que decidió que no le importaba nada, pero en ese mismo momento fueron el amigo y su hermano a decirle que los perdonara, pero que el tal Helio se había equivocado, me había confundido con otra chica.

Había pasado un mes cuando Eduardo anunció su llegada. Llegó en tren. Fuimos a esperarlo con mi hermana Lukó y Mahfud. Gran alegría al verlo. Yo le dije:

—Vamos por la valija.

—No hay valija —me respondió. —Se había ido con lo puesto.

Le cayó bien a todo el mundo. Con mi madre simpatizó enseguida.

## Winétt: dulce lirio lila suave

Mi madre era de una personalidad optimista. Yo siento que éramos muy parecidas: entusiastas de vivir y de apreciar las pequeñas y sencillas cosas de la vida que para otros pasan inadvertidas. Siempre al lado de mi padre, a menos que él estuviera de viaje y entonces era totalmente nuestra.

Pocas veces salíamos. Estábamos algo retirados del centro de Santiago y en ese tiempo era muy difícil poder desplazarse de un lugar a otro. Entre las cosas que más le gustaban a mi madre estaba el cine. Creo que de ella heredé el amor desenfrenado por el séptimo arte. Claro, en aquel tiempo era tan difícil acercarse a un cine. Siempre pienso lo feliz que hubiera sido de tener la posibilidad de ver películas en casa.

A ella le encantaba quedarse con Anita; le pasaba su caja de botones, que la niña seleccionaba por los colores.

Mi madre, dulce lirio color lila suave. Todos la amábamos con inmensa ternura. Su ausencia nos dejó en una orfandad larga y pesada. La disfruté solo un poquito, luego de enterarme, apenas al llegar, de que lo que padecía era muy grave y que tenía poco tiempo de vida. Me costaba creerlo, mamá en la cama, arregladita y sonriente como siempre. Ese era un momento muy terrible.



Mi madre

Nadie tenía nada, no sé cómo sobrevivíamos. Sin embargo, fue hermoso estar nuevamente juntos. A pesar de todo, éramos felices. Mi madre estaba muy mal, y mi padre agonizaba con ella. Yo me sentía muy contenta del reencuentro, aunque vivíamos momentos terribles. En la casa se respiraba el horror, la muerte amenazaba, la muerte se instalaba en los rincones, recordando su presencia, imponiéndose siempre.

Todos sentíamos terror y nos quedábamos callados. Nadie hablaba de lo que todos sabíamos, de lo que todos pensábamos y temíamos. Hasta que una helada mañana, el 7 de agosto, justo un mes después de su cumpleaños, mi madre murió. Ni sé cómo apareció, temprano, mi cuñado Mahfud, un ser tan querido. Abrazó a mi hermana, y asomando su rostro por un costado me miró y asintió con la cabeza, cerrando los ojos:

—Tu madre está en sus últimos momentos...

Ya había muerto. ¡Qué triste, qué absolutamente triste y desprovisto de toda luz, ese momento!

Los siete hermanos siempre recordaremos todo lo vivido y compartido con ella. No podíamos olvidar cuando nos sentábamos todos en su cama mientras mi padre estaba de viaje por su trabajo. Ella se quedaba horas, feliz y riendo con nosotros. Era un manantial de historias, refranes, trabalenguas, poesías y mil cosas, de las cuales yo atesoro algunas en mi memoria, y desaparecerán conmigo.

Pasábamos mucho tiempo escuchándola, encantados y riéndonos a morir, hasta que de repente, daba un grito:

—¡Ya! —y saltaba de la cama.

Ahí se ponía a arreglar los roperos. Sacaba todo, se desprendía de muchas cosas y dejaba solo lo que más le gustaba. Ella decía que, si uno no hace así, nunca tiene nada nuevo. Siempre la recuerdo con su aureola suave, de infinita paz y dulzura; sentada en un sillón de mimbre y a sus pies, dos cestas: una llena de medias rotas y otra con las medias arregladas; y una pequeña, con hilos de todos colores, agujas y el infaltable huevo de madera, que introducía en las medias

para zurcirlas. Recuerdo que cuando las medias ya no tenían arreglo, les cortaba el pie donde estaba lo malo, las cosía; y quedaban unas regias medias pequeñas que yo adoraba. Ella nunca aprendió a tejer, como sus cuatro hijas. Tejimos solamente Lukó y yo.

Mi madre tenía bellísima voz, creo que cuando era muy niña había cantado en la iglesia. Su canción favorita era “Estrellita”, de Ponce, y otras piezas religiosas que al lado de mi padre jamás volvió a cantar. Había una canción que se llamaba “El viajero”; siempre creí que era chilena, pero no hace mucho la escuché por radio, cantada por Morella Muñoz, y supe entonces que era venezolana, escrita por el médico y poeta margariteño Enrique Albornoz Lárez, con música de Carlos Ramón González. También fue cantada en 1930 por el trovador caraqueño Andrés Cisneros. ¿Cómo pudo mi madre aprenderla?

Yo no la recordaba, sino algunas palabras y la melodía:

*Al golpe del remo se aleja en la onda ligera la barca,  
y al triste recuerdo que aún en la ausencia solloza mi alma,  
mi amor angustiado por tantos pesares en vano te llama,  
pues se haya muy triste y sola muy sola se encuentra la playa,  
se encuentra la playa.*

*Yo soy el viajero que alegre del puerto salió una mañana,  
llevando tan solo por hábil piloto mi dulce esperanza.  
Yo fui a buscar perlas y hoy náufrago vengo  
sin remo y sin ancla...*

Mi madre había estudiado piano, y en las gélidas mañanas porteñas de Valparaíso su abuela escocesa la vigilaba con una cruel constancia. Siendo solo una niña, debía repetir con los dedos ateridos, una y mil veces, los arpegios que tanto odiaba.

Muchos años después, encontrándonos en Argentina en la casa de una gente amiga, nos vimos frente a un piano hermoso, y yo le dije:

—Mami, toca algo. —Ella me miró con los ojos aterrorizados y me dijo:

—No sé nada, absolutamente nada. —Ahí quedó uno más de los grandes misterios que componían su singular personalidad.

Yo recuerdo las manos de mi madre cuando me lavaba la cara. Me es fácil traer a la memoria su textura y el sabor del jabón cuando sacaba la lengua para sentir y chupar. Me gustaba.

Mi madre era hija de un general muy bello e inteligente, Indalecio Anabalón, un jugador empedernido que perdió toda su fortuna apostando. Mi abuela, Luisa Sanderson, pasó las de Caín con él. Seguramente, enloquecida por tanto sufrimiento, un día no pudo levantarse de la cama, y ahí se quedó paralítica el resto de su vida. Estuvo como treinta años postrada y como a la mitad del tiempo, un día caminó, y todos creyeron que el mal había pasado y estaba curada; pero no, volvió a la cama y allí se quedó hasta el día de su muerte.



Con mi padre. Año 1964

## Mi padre, una tormenta de ojos verdes

Mi padre fue un hombre absolutamente especial. Un gigante en todo lo que hizo. Yo lo consideraba un ser invencible, nada podía pasarme, nada terrible, estando él en este mundo. Aunque no permaneciera a mi lado, yo presentía y sentía su protección.

Cada persona está compuesta de muchas cosas que hacen su personalidad, y entonces puede haber matices afines con los demás. Él no. Sería difícil y hasta imposible encontrar otro parecido. Sin embargo, todos sus hijos tenemos algo de él, incluso sus nietos y bisnietos. Hay rasgos y actitudes que son inconfundibles y uno los reconoce como parte de la herencia. Yo les llamo los genes empedernidos.

Mi madre y todos sus hijos, los que compartimos la vida con él, sentimos siempre el peso enorme de su gran personalidad. Sus gritos eran aterradores cuando estaba por partir en uno de sus viajes. Cuando ya se había ido, todos respirábamos profundamente aliviados, empezando por mi madre.

En Semana Santa, mi padre amanecía iracundo; protestaba a cada rato y rubricaba diciendo a voz en cuello:

—Lo único bueno que tienen estas fiestas de curas de mierda, es que uno come buena carne y escucha buena música.

Desde muy pequeña supe de la protección de mi padre, me tranquilizaban sus gritos, aunque me asustaran, y también sus ronquidos...

música celestial. Ya adulta, me cobijaba en su recuerdo. Si algo me afligía, lo nombraba, lo invocaba... Al otro día estaba llamándome:

—¿Qué te pasa, mi hijita, ¿cómo estás? —Mi alma, un poco extrañada, volvía a su lugar.

En realidad, siendo adulta, mis recuerdos son en su mayoría de cuando era niña.

Con mi hija viví un tiempo con él, cuando luchaba como un león para salvar a mi madre de la terrible enfermedad que finalmente lo venció, matando a mi madre. Él quedó destruido. No podía convenirse de que estaba solo y de que solo seguiría.

Estando yo en Argentina, viajábamos en verano, con los niños cuando eran mayores, y él nos recibía con tanto amor. ¡Qué ternura tan exquisita la de sus ojos verdes!

Mi padre sostenía, y tenía razón, que cuando uno va a realizar un trámite, del origen que sea, jamás se debe confiar en las personas de poco peso en las oficinas. “Apenas lo atiendan, usted debe decir: ‘Deme con el jefe de su jefe’”. De esta manera, un tanto atrevida, se liberaba de la consabida burocracia.



Mi padre en su juventud

Una hermosa pareja era la de mis padres. Viviendo en La Cisterna, desde muy temprano en la mañana se los podía ver bajo la glorieta de moras, trabajando sin descanso, rodeados de papeles, libros y cuadernos; corrigiendo y ensamblando los libros de los dos y la revista *Multitud*, que sacaban ellos para decir todas las verdades que en otros medios no se podía, amén de dar oportunidades a los intelectuales del momento.

Creo que en sus primeros tiempos de amores mi padre le hizo unos versos a mi madre que no sé en qué libro aparecieron, y que a mí me parecen de una ternura infinita. Dicen así:

*Te quedan grandes los ojos  
y los pies te quedan chicos.  
Te pareces a los gatos  
menudos y regaloncitos.*

Él amaba a mi madre y mi madre lo amaba a él. El amor de él era exagerado, celoso y vigilante; posesivo y tormentoso. En cambio, el de ella era suave y dulce... ¡Qué personalidades tan distintas y, sin embargo, qué iguales!

Durante toda su vida mi padre viajó siempre. Llevaba y vendía sus libros por la delgada silueta de mi país. Al principio, eran cuadros que mi madre pintaba. Luego dejó de hacerlo ella, entonces vendía los de sus hijos pintores, Lukó y José de Rokha. También dictaba conferencias. Estaba ausente de quince días a un mes. Eso sí, cuando regresaba no se separaba de mi madre ni por un minuto. Iban y venían por la casa.

En verano, trabajaban siempre en el patio y en invierno lo hacían en el dormitorio. Cuando ella murió todos pensamos que no podría sobrevivirla. Sin embargo, vivió aún diecisiete años sin ella. El alma se me estrujaba cuando lo veía solo, medio encorvado y con el cabello completamente blanco.

Después de la muerte de mi madre, él no volvió a la casa donde ella había estado tan enferma. Cuando alquilamos la de la calle Paula Jaraquemada en Los Guindos, él se vino con nosotros. Arrastraba una honda tristeza, pese a lo cual estaba, como siempre, pendiente de todo. Un día llamó a Eduardo y le dijo:

—Mire, compañero, si usted quiere vivir con mi hija, va a tener que traer la partida del divorcio de Miravet y la de casamiento con usted.

Fue un duro golpe tener que separarnos nuevamente. Eduardo se volvió a Argentina y como a los seis meses regresó con lo exigido.

Aquella residencia en Paula Jaraquemada era una réplica de la casa de mi infancia, en La Cisterna. Y aunque estaba muy deteriorada y con algunos vidrios rotos, era muy linda, vieja y linda. Con muchos árboles frutales, flores y aves; mi padre y sus aves de corral, sin corral. En invierno era helada, con el corredor de vidrios faltantes por donde entraba un gélido airecito santiaguino, luego de las fuertes lluvias. En el dormitorio, que era enorme, nos encerrábamos en las tardes a tomar mate de leche con pan tostado, mantequilla y miel, acompañados de un brasero de carbón. Flor, la menor, siempre estaba con nosotros. Esto fue como cerca de dos años. Éramos felices. Apenas Eduardo llegó, mi hermana Lukó se fue al sur de Chile, al aserradero de Puerto Aysén, con su marido y sus dos hijos. Yo había tomado las riendas de la casa. Vivíamos Eduardo y yo, con la niña; Flor y mi padre. Mis hermanos iban los fines de semana y a veces se quedaban con toda la chiquillada; solían juntarse más de diez niños.

Después de la muerte de mi madre, toda la época en Chile había sido difícil. Eran tiempos duros, nuestra unión comenzaba y nosotros tratábamos de defendernos y protegernos al abrigo de nuestro amor. Apenas organizados como pareja, empezamos a armar nuestro teatro de títeres. Eduardo hizo el retablo con ayuda de mi hermano Pablo y yo me dediqué a los muñecos, a confeccionar los trajes, porque en ese tiempo yo no modelaba las cabecitas. Mi padre quedó

encantado cuando vio la primera función; habíamos armado el teatrino en el corredor de la casa. Le gustó mucho, y creo que a partir de ahí tuvo más respeto por este arte que desconocía. Le gustó tanto que lo comparó con Chaplin.

Mi hermano Pablo fue quien bautizó el teatro La Pareja, y no solo pensando en nosotros, sino en que, en general, para viajar y actuar cómodamente con un retablo, hacen falta dos: una pareja.



Con Eduardo Di Mauro. Teatro La Pareja

Yo hacía solo las voces de mujer. No pasé jamás de eso, y nunca sabré si esto ocurría por la ariana concepción de Eduardo, con su “yo puedo todo” (cosa que por otra parte yo, también ariana, comparto), o porque en realidad yo no tenía las condiciones necesarias para asumir ese rol de actuación e interpretación, o al menos no lo había demostrado. Aun así, preparamos todo y pasamos más de un año felices, haciéndolo.

Habíamos logrado un cierto orden y una convivencia agradable, pese a que Eduardo hacía las veces de secretario de mi padre, quien

era tan posesivo y absorbente; pero cuando él salía de viaje y luego de hacer todo lo que le correspondía, nos dedicábamos a lo nuestro.

Cuando Eduardo tuvo que volverse a Argentina por problemas de documentos por su residencia, seguramente pensó que su trabajo sería más factible en su país. Al poco tiempo me fui yo, embarazada de Daniel. Lukó volvió del sur y se quedó con su familia, mi padre y Flor.

Con el corazón destrozado, me separé nuevamente de mi padre. Recuerdo que el día en que me iba de viaje llegó él. Me traía un relojito hermoso. Yo llevaba una valija, o cesta de mimbre, que me encantaba. A él no le gustó, y me hizo sacar todo y ponerlo en su maleta color beige con sus iniciales, con la que había viajado con mi madre por toda América. Con sus ojos verdes lagrimeando, me despedí.

El abrupto regreso de Eduardo a Argentina vino a terminar con la vida que tan armónicamente se perfilaba en Chile.

El recuerdo de mi vida es grato. Se han acumulado vivencias, historias, anécdotas. Pero lo fuerte, lo importante, el basamento emocional de nuestra unión estaba resguardado por lazos indestructibles. Era imposible pensar por un solo minuto que nos podría pasar algo que rompiera esa armonía intocable.

Eduardo en Argentina y yo en Chile, nos escribíamos todos los días sin falta. En esos años, las comunicaciones eran muy complicadas y caras. Las cartas solían tardar hasta un mes o más, generalmente llegaban juntas cuatro o cinco.

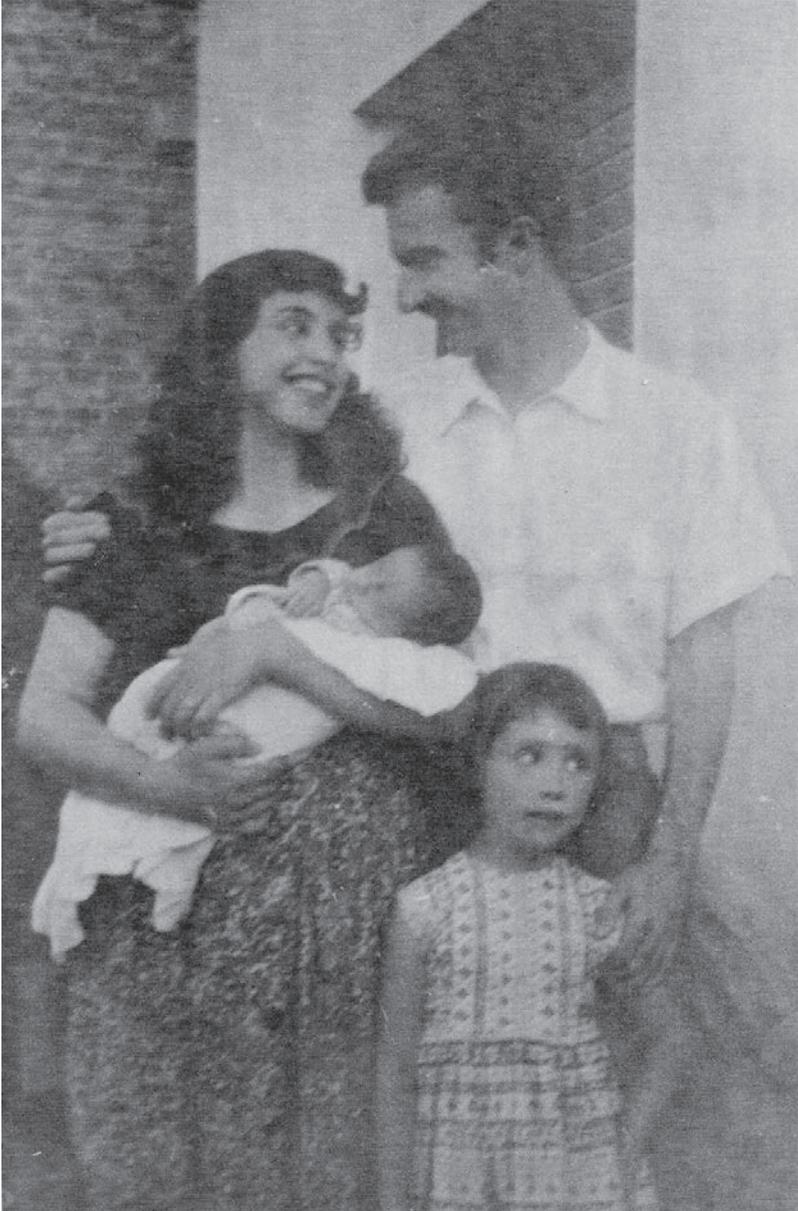
Yo esperaba la encantadora y ya desaparecida figura del cartero. Sonriendo, me daba las cartas que yo corría a leer. Cuando no estaba en casa, mi cuñado, quien era muy bromista, me las escondía y me las iba dando una a una entre carcajadas. Recuerdo que un día llegó a clavarlas con un chinche en el techo, yo grité desesperada y claro, fue él mismo quien me las dio.

## Daniel, Chaplin y *El Pibe*

En el año 53, cuando volvimos a Argentina, a poco de llegar nació Daniel; el 12 de noviembre. Y en diciembre, con el niño de apenas un poco más de quince días, nos fuimos a las sierras de Córdoba, en La Falda, un hermoso lugar de veraneo donde había trabajo seguro, aunque no nos gustaba mucho. Daniel de pura casualidad no fue chileno. Ya venía gestado, listo para aparecer en el mundo en el momento indicado.

Yo sentí las primeras contracciones que anunciaban su llegada viendo al genio de los genios, Chaplin, y su *El Chico (El Pibe)*, y me aguanté sin decir nada, porque quería disfrutarla hasta el final. Del cine nos fuimos a la clínica, donde al otro día nació el muchacho.

Como el parto anterior, más de veinticuatro horas de sufrimiento y angustias altamente recompensadas. Era hermoso saber que ese nuevo ser sería, de ahí en más, otro integrante de la bella familia que estábamos construyendo. Llegó y lo esperábamos, fue un niño muy amado, hasta por su hermanita que le llevaba cuatro años y que no se sintió ni desplazada ni celosa, y que colaboró grandemente en el cuidado del nene, como ella le decía.



Junto a Eduardo, Ana y Daniel

Cuando nació, vivíamos todos en la casa grande de don Francisco e Isolina, padres de los mellizos: Héctor, su esposa (Raquel) y su hijo (Quique); nosotros dos y Anita, y mis suegros, que se llevaban muy mal y siempre estaban separados. Se odiaban tiernamente. Daniel siguió los pasos de su padre, primordialmente en los títeres, aunque compartido con otras artes. A mí me encantan sus dibujos, sobre todo donde ilustra a los títeres y titiriteros. Ha escrito varios libros de obras para títeres, teatro, y ahora incursiona en los guiones cinematográficos. Es un ser lleno de magia, aunque bastante dominado por la locura *de rokhiana*.

Recuerdo que el poeta Mahfud Massís le hizo una presentación para un libro de relatos que jamás vio la luz. Transcribo un fragmento:

“Daniel Di Mauro es angélico. En su carácter. En el ademán. En la mirada que no transige sino con la más original pureza. Es el amigo que uno quisiera encontrar en el desierto, o cuando se ha perdido el camino, o en el momento de morir. Siempre habrá un vaso de agua en su mano y en sus ojos el comienzo de un sendero hacia una humanidad todavía por nacer”.

Creo que Mahfud, mi cuñado, lo pinta a la perfección, y Daniel, como Ana, está presente en casi toda esta narrativa.

## Familia y oficio

Nuestra vida, todos juntos, en avenida Patria, que al principio resultó un poco difícil, logramos organizarla y que resultara agradable para todos. Primero cocinábamos un día cada una, Raquel y yo; pero después empezaron las críticas a mi forma de cocinar a la chilena, y decidimos de común acuerdo preparar cada una lo suyo. A Isolina, aunque estaba separada de su marido, le cocinaba también.

En el garaje de la casa grande habíamos instalado tres braseros de carbón en los que cada una cocinaba para su familia; era muy divertido y agradable. En la noche, cuando el viejo Di Mauro metía su carro, corríamos las cocinillas hacia la pared. Esto fue por poco tiempo, porque cuando tuvimos nuestros apartamentos cada una se mudó y acomodó sus cosas.

A Isolina le gustaba mucho todo lo que yo hacía. Se levantaba muy temprano en la mañana y criticaba a Raquel, que se quedaba más tarde por la noche. Yo, en cambio, apenas oía que ella se había levantado, saltaba de la cama, y a veces antes. No le daba tiempo a que estuviese descontenta conmigo.

En Argentina, Eduardo y Héctor planificaron y organizaron giras por el interior. Los primeros años en ese país tampoco fueron fáciles y no por la convivencia, nos entendíamos bien. Pero la parte económica era dura y su oficio casi inexplorado. Mas, poco a poco se fueron estableciendo, hasta obtener una forma de vida digna y

ordenada, que fue muy grata, y que había de prolongarse por más de veinticinco años. No nos preguntábamos, no nos reclamábamos ni nos exigíamos demasiado. La aceptación, fruto de la confianza que ambos nos teníamos a conciencia, nos hacía ser más, mucho más felices a los dos.

Desde marzo hasta diciembre, época de clases en el sur, Eduardo viajaba por todo el país haciendo funciones de títeres, solo o con algún secretario o acompañante, que luego se independizaría para formar su propio grupo. Siempre se interrumpía el viaje y él volvía por una semana o si no, yo me iba a donde él estuviera. Pasábamos esos días muy lindos, pero el tiempo, muy a nuestro pesar, se iba, y los días se sucedían persiguiéndonos; para que llorosa y compungida yo tuviera que regresar o él partir nuevamente.

Siempre me compraba o me hacía alguna ropa nueva para sorprenderlo; él no se fijaba. Estaba feliz del reencuentro, y no le importaba. La verdad es que, a ese hombre, en aquel tiempo, le gustaba todo lo que a mí se refiriera. Al fin, me decía que los colores que mejor me quedaban eran el blanco y el negro.

El teatro de títeres y las giras organizadas fueron tomando auge, y los Di Mauro crearon una verdadera demanda. Así, la actividad en el interior del país se fue organizando más y mejor, a medida que nuestras necesidades aumentaron. De esta manera, los mellizos se dividieron el país y cada uno lo recorrió con el mismo oficio: teatro de títeres para niños y adultos, talleres para docentes y charlas con diferentes temas en lo que a títeres se refiere. Ambos con un teatrino con el nombre de La Pareja. Los mellizos viajaban y nosotras nos quedábamos con los niños. Ya en diciembre se acababan las giras y entonces alquilábamos una casa de veraneo y ahí nos quedábamos tres meses. Nos gustaba mucho ir a las sierras de Córdoba, con sus ríos maravillosos y las piedras grandes y lisitas para tomar sol y lavar la ropa.

Se trabajaba en los hoteles pertenecientes a los distintos sindicatos, que en Argentina están muy bien organizados; esto se hizo

en la época de Perón. Hasta los *canillitas* (vendedores de periódicos callejeros) tenían su muy buen hotel. Estaban los ferroviarios, los hoteleros, los constructores, entre otros.

No era un trabajo muy lindo. Armábamos el teatrino y luego de cenar la gente se acercaba. No se cobraba entrada, pero se hacía una rifa, alguna artesanía del lugar, y hasta un número de lotería. Supongo que no era un público agradable, no estaban muy interesados, no habían ido hacia los títeres, por el contrario, los títeres habían ido hacia ellos. Sin embargo, a veces salía gente interesante y conversaban con nosotros, encantados con nuestra labor. Pero eso era solo a veces. Así y todo, continuábamos.

Generalmente, cuando nosotras no íbamos, iban los “secretarios”: jóvenes con inclinaciones hacia el teatro y los títeres que, al tiempo, formaban sus propios grupos y trabajaban en forma parecida. A las mujeres nos tocaba trabajo duro. Aparte de los niños y la responsabilidad de la casa (yo tenía dos niños y Raquel tres, que aún eran pequeños), hacíamos comida para todos, turnándonos un día cada una.

Hubo un año en que debimos quedarnos también en el invierno, en el hotel de La Falda, un hermoso lugar serrano, porque estaban terminando nuestros apartamentos. Yo estaba tan ansiosa por irme a mi casa que quise mudarme sin piso, sin agua y sin luz... tuvieron que refrenarme. Ese año los mellizos nos llamaron por teléfono para decirnos que alquiláramos un apartamento grande, para eso disponíamos de mil pesos. Yo le dije a Raquel:

—¿Por qué no alquilamos dos de quinientos? —Ella estuvo de acuerdo y yo alquilé la mitad de una casa, con su entrada independiente, a un italiano que se enamoró de mí y que cobraba por el anexo cuatrocientos ochenta pesos. Y Raquel alquiló un apartamentito de quinientos. El italiano quería que yo sacara las verduras de su huerta y me dio las llaves. Yo no quise hacerlo. Entonces, él me enseñó a plantar todo tipo de vegetales y zapallitos italianos (calabacines). Salieron tantos y tantos, que tuve que mandar a los niños a regalar

a los vecinos. Todo el mundo que me visitaba se llevaba su bolsa de zapallitos. Me gustaba ese lugar, cerca de las líneas del tren. Creo que pasó poco más de un año y nos fuimos a nuestra propia casa.

Nuestro hogar, cuando regresamos a Córdoba, fue uno de los dos apartamentos que se habían fabricado en el terreno de la casa grande de Di Mauro. A nosotros nos tocó el apartamento del primer piso, a Héctor y a Raquel la planta baja.

Creo pensar que el o uno de los momentos más felices de mi vida fue sentirme en mi propio espacio. Ya había disfrutado el enorme placer de tener mi casa, aunque alquilada, pero esto era diferente, porque de ahí nadie podría nunca sacarnos. Fue hermoso arreglar ese lugar donde viviríamos por tanto tiempo. Allí pasé muchos años de mi vida, la infancia de mis hijos y mi formación como ser más acabado. Fueron veintidós años que pasaron volando como pasan los momentos felices.



Yo en Argentina

En la casa grande de la esquina se quedaron Di Mauro padre e Isolina. Doña Isolina era una mujer increíble y maravillosa dentro de su misma contrariedad. Delgada, de delgados ojos transparentes; yo la quise muchísimo. Ella vivió conmigo por años; aunque era complicada, nos entendíamos. Era muy culta y de izquierda recalcitrante. Ostentaba en la sala de su apartamento, con ventanas hacia la calle, un retrato de Fidel Castro, del Che Guevara y otro de Salvador Allende, en los momentos más espantosos del pregolpe militar. Por su parte, el padre de los mellizos era un hombre con el sentido práctico muy desarrollado. Tremendamente hábil, todo lo que hacía lo hacía bien. Era un sastre que dibujaba los trajes en los individuos y embellecía sus cuerpos. Pero fuera de eso, era casi imposible convivir con él. El matrimonio se llevaba muy mal. Yo siempre los vi discutiendo.

Desde que sus hijos empezaron a practicar el arte de los títeres, Isolina confeccionaba los trajes de los muñecos, tarea que luego pasó a Raquel, la esposa de Héctor y a mí, tácitamente, sin mediar previo aviso. Lo hice con ganas o sin ellas. Al principio lo evadía, buscando pretextos, pero una vez que me ponía de lleno el entusiasmo me dominaba. Eduardo era muy exigente con el trabajo y siempre encontraba defectos que a mí me sacaban de quicio. Al final, y luego de muchas cosidas y descosidas, quedaba conforme. Lo hice por años y años. Una tarea que injustamente pasaba inadvertida, que nadie reconocía, o así me parecía a mí. Cuando todo esto realmente empezó a gustarme, y tuve más tiempo para dedicarle... ya no hizo falta que lo hiciera.

Las giras comenzaban en marzo apenas empezaban las clases, que suele ser en la segunda quincena. Salía el programador, que generalmente era uno de los hermanos, o en el último tiempo, su padre. Este colocaba trabajo para dos meses o más, ciclos de funciones en distintas provincias y cursillos para maestros y alumnos.

Los dos teatros La Pareja se tomaban todo el país: uno para un lado y otro para el otro. En diez años, una enorme cantidad de grupos

empezó a desplazarse por todo el territorio. Ya cuando dejamos de trabajar en los hoteles de la sierra, reservábamos el verano para nosotros, para veranear con nuestros hijos con algo de dinero. Muchas veces fuimos a Chile y otras a la Patagonia y hasta a Montevideo, también con los niños, porque estaban de vacaciones.

Yo siempre sentía la amenaza de que Eduardo debía viajar; a veces no quería ni saber cuándo debía irse, haciéndome a la idea de que estaría más tiempo con nosotros. Mi gran respiro eran las vacaciones de verano. Como se trabajaba sobre todo en las escuelas, las giras terminaban junto con las clases, esto es desde diciembre hasta marzo, con la interrupción de las cortas vacaciones de invierno, que suelen ser en julio o agosto.

No sé en realidad si me acostumbré a los viajes o entré en una rutina, pero me fui adecuando a los niños y a mi vida sola con ellos la mayor parte del tiempo. Debía sentirme fuerte y segura para protegerlos. Había hecho una forma de vida que me gustaba, aunque jamás quise una vida con mi compañero siempre de viaje.

El invierno en Córdoba es largo y sus noches eternas; acostaba a los niños muy temprano. Los bañaba y, luego de darles la cena, los dejaba un rato jugando y dibujando en la cama. Cuando se dormían, yo leía un poco, le escribía al ausente y dejaba paso a una honda tristeza.

El tan vapuleado y desprestigiado televisor vino a llenar mis soledades: conseguimos comprarle a unos amigos prestidigitadores que se iban a Brasil un enorme y horrendo Gloster. Me ayudó mucho más que un psicoanalista. Me entretenía y acortaba las frías y largas horas de invierno.

Cuando vivíamos en Córdoba, Flor ya se había acomodado en su propia casa, junto con su esposo Carlos y sus dos chicos, Pablo Alejandro y Mónica, y además el padre de Carlos, Alejandro, quien había quedado viudo.

Un día decidimos, mi hermana y yo, tomar clases de gimnasia que se daban en el parque Sarmiento gratis o pagando muy poco.

Una de esas veces, cuando yo estaba sentada en el sube y baja, vino una muchacha y se sentó en el otro extremo. Empezamos a balancearnos y de pronto, sin decir nada, se paró y se fue. Por supuesto, yo me fui al suelo y me di en la columna, lo que me trajo graves problemas. Estuve a punto de operarme y no lo hice, y no creo que lo haga jamás. Desde entonces, padezco crisis terribles. Aunque mi problema se ha aliviado enormemente gracias a los CDI (Centros de Diagnóstico Integral) que surgieron con Chávez y los cubanos, y la rehabilitación que allí se ofrece.

### **Doña María, Juana y la higuera**

Como estaba tan adolorida por el problema de la columna, busqué ayuda en una señora que solía ir siempre a mi casa. Ella vivía bajo el puente y se mantenía juntando papeles de la basura para venderlos. Doña María siempre me hacía recordar a las hormigas cuando cargan con las hojas, ya que las bolsas de papeles eran inmensas, pero no pesaban. Le propuse que fuera a mi casa y aceptó encantada. Me ayudó por un tiempo y después mandó a Juana, su hija, una muchacha de la edad de Ana, muy fina, que estudiaba. Era imposible pensar que de ese medio tan terrible y tan precario hubiera salido esa chica. Cuando su situación estuvo mejor se fueron a vivir al Bajo de los Perros, a unas tres cuadras de mi casa, bajando una loma. Era muy difícil que la gente aceptara a estas personas porque todos olían terriblemente a humo. Al cambiar de hábitat, el olor se fue.

El hermano de Juana, Andrés, tenía la edad de Daniel y era amigo de él. Yo los llevaba a los dos cuando tenían como nueve o diez años a Unquillo, un lugar de la sierra, cercano a Córdoba, donde les enseñé a bailar danzas argentinas con mi grupo, al cual le daba clases una vez por semana. Zapateaban estupendamente.

Un día, se me ocurrió hacer unos delantales. Doña María estuvo de acuerdo en venderlos. Le dije:

—Vamos *miti y miti*.

Cuando estuvieron listos, quedaron hermosos. Les puse unas tiras bordadas de colores, pero al querer estirarlas la tela se rasgó. Arreglé uno y le dije a doña María que no podríamos hacer el negocio. Me dijo:

—No, no se preocupe. Yo los venderé bien lejos de aquí.

Tomó los delantales muy bien presentados en bolsas y partió. En la tarde volvió sin ninguno y puso el dinero sobre la mesa. Yo repartí la mitad para cada una. Ella me dijo, con una sonrisa abierta:

—Esta plata la voy a convertir toda en milanesas para los míos y para mí.

Ella no vivió mucho tiempo más. Yo siempre estuve cerca de Juana, su hija, quien al tiempo se casó con Pancho y tuvieron dos niñas: Nancy y Gladys. Ella me pidió que fuera madrina de Nancy. Yo nunca había amadrinado a nadie, pero le dije:

—Si no se me acerca el cura, ni me hace rezar ni nada, voy. —Y fui. Todo bien.

Al venirme a Venezuela y viendo que me quedaba, pedí que le dieran a Juana mi máquina de coser. Estuvo feliz.

Uno de los frutos que más me gustan son los higos, no muy comunes aquí. Ver un árbol lleno de fruta es siempre una ofrenda milagrosa que nos da la naturaleza. Un árbol de naranjas, manzanas o duraznos; aquí son los mangos, cambures (bananas). Los higos se esconden un poquito entre las hojas. En Córdoba se dan mucho, muy dulces y deliciosos. Hay lugares como Quilino, la patria de Isolina, donde no saben qué hacer con tantos higos. Estos y las brevas se dan alternativamente en el mismo árbol.

Una vez, Eduardo y yo, en un lugar de Córdoba, creo que se llamaba Las Rosas, cerca de Villa María, habíamos dado una función y unas personas del lugar nos invitaron a almorzar. En la sobremesa yo salí a mirar los frutales. Y entre vuelta y vuelta, me di con una higuera cargada de higos madurísimos, arrugaditos. Me trepé al árbol y empecé a comer, comer y comer. Cuando me vinieron a buscar no podía bajarme de tantos higos engullidos. Aún la señora me regaló una bolsa llena para que me la llevara.

Así, comentando con doña María, le dije que nada me gustaría tanto en la vida como tener una higuera y sentarme bajo su sombra a tomar mate. A los pocos días apareció doña María con una planta. La pusimos en el patio de Isolina, en la parte de abajo que era de baldosas, pero que alrededor tenía un cantero de tierra. Ahí la planté y se hizo un árbol. No me senté nunca a tomar mate a su sombra. Dio algunos higos, pero cuando yo no estaba. Entonces Isolina me los guardó por el miedo de que se los comieran los pájaros. Luego la vida me trajo lejos, no sé qué habrá sido de mi arbolito. Me queda el poema de Juana de Ibarbourou:

*Porque es áspera y fea  
porque todas sus hojas son grises  
yo le tengo piedad a la higuera...*

Yo le tengo amor. No sé si soñé, o alguien me dijo, que habían tenido que sacar a mi higuera porque levantaba las baldosas. Yo jamás la vi ofreciendo sus frutos deliciosos y sagrados.

Pasados casi veinte años, volví a Córdoba y por supuesto fui a ver a Juana. Les llevé regalitos para todas. Juana me abrazaba y gritaba:

—'Tá igual, 'tá igual.

Yo quería ver a Nancy, mi ahijada, pero ella me dijo:

—Señora Laurita, la Nancy se volvió completamente loca, su marido le daba mala vida. Agarró su hija y se fue con su nuevo amor. Nadie sabe dónde está.

—No, Juana. Nancy está completamente cuerda, y además hace honor a su madrina —le dije.

## Patagonia: “Se vende jabón”

Un año, nos tocó una larga gira por la Patagonia. Fuimos los chicos, Ana y Daniel; y Eduardo y yo. Durante casi los cuatro meses de vacaciones del colegio de los niños, en avión, bus y tren; hasta en trenes de carga nos desplazamos.

Si el argentino de las grandes ciudades es cordial, que lo es; el del interior, y especialmente el sureño, lo es muchísimo más. La gente que habita la Patagonia está menos contaminada, aunque no deja de sentirse como ave de paso; quiere irse y no se va, está ávida de recibir gente y escuchar de todo lo que dejaron atrás para salir de ese aislamiento que no siempre fue buscado. Cuando uno está con ellos, no saben qué hacer para que estés más tiempo acompañándolos.

El paso de Argentina a Chile por Coyhaique no tiene comparación en el mundo. Jamás podré olvidarlo. Uno va por la carretera y a la izquierda se ve un río oscuro y caudaloso que baja de la montaña. Río de aguas de deshielo de la cordillera. Bordeando el río, y en los cerros del otro lado, un manto de mil flores multicolores. El sol, el fuerte sol, tiene una luminosidad especial. La nieve cubre las cimas de las montañas, como un espejo casi fantasmal.



Con Ana y Daniel

Andábamos con un bus que era de la gobernación de Río Negro y lo “robamos” con chofer y todo para pasar a Chile. No tuvimos tiempo de hacer papeles ni nada de eso. Yo tuve que suplicarle al carabinero; entre sonrisas y lágrimas, le dije que quería ver a mi hermana, que tenía tantos años sin verla. Y Eduardo le prometió, por su honor, que al día siguiente pasaríamos de vuelta. Juramos y pasamos.

Nosotros sabíamos que mi hermana Lukó y su marido estaban en Puerto Ayzén, pleno sur helado de Chile, que es una belleza. Teníamos solo algunas señas y dando vueltas a la manzana siempre caíamos en una cabaña que decía: “Se vende jabón”.

—Aquí no puede ser —decíamos. —Otra vuelta, y otra, a la cabaña. Y no podía ser.

Pero era ahí. Vendían jabón. Mi maravilloso poeta-cuñado Mahfud se había puesto en la loca tarea de fabricar y vender jabón de lavar. Nos reímos a gritos cuando vimos los jabones puestos alternadamente, una barra sobre otra, semiderretidos, a la más perfecta manera de los relojes dalinianos. Pero más que lo que vimos, fue único e inolvidable escucharlo contar las peripecias por las que había pasado para poder fabricar sus jabones.

Mi adorada hermana Lukó se puso feliz al vernos. Los cuatro chicos (los dos de ellos y los dos nuestros) saltaban felices alrededor de nosotros. Bañé a los niños al calor de la estufa, comimos, nos reímos tanto; querían que nos quedáramos más tiempo, pero era imposible.

Lukó tenía una empleada que se llamaba Noelia, como la canción de Nino Bravo. Mi hermana la mandó a comprar huevos. Cuando la muchacha volvió, venía con los ojos desorbitados y contó que se le había caído el paquete al suelo, entre las piedras, y no se había roto ninguno. Entonces dije:

—Está bien. Se decreta desde hoy el día de San Huevas.

La partida fue triste, habíamos pasado unos momentos posiblemente repetibles, pero no sabíamos cuándo. Me fui pensando en mi cuñado y su genial idea de la elaboración de jabón que, al parecer, había carecido de un ingrediente muy importante para que se solidificara. Nos llevamos unas cuantas barras del blando jabón que, haciendo honor a la verdad, era estupendo y limpiaba toda suciedad.

La imagen del bello poeta revolviendo la inmensa olla donde se elaboraba el jabón no la podríamos olvidar jamás; más aún cuando con su gracia incomparable nos había relatado cómo estando en pleno trabajo y pareciéndole la mezcla un poco seca, se le había ocurrido la peregrina idea de echarle un poco de agua fría para aclararla... Un gigantesco hongo dorado voló por los aires, dándole el justo tiempo a su cuerpo de dar un salto y ponerse a resguardo. Afortunadamente, el hongo volvió a la cazuela.

Esta fue la única vez que juntos estuvimos en el hermoso sur de Chile. Nos despedimos entre lágrimas, pensando que solo había sido un feliz y fugaz sueño ese encuentro. El carabinero estuvo muy contento de que hubiéramos cumplido con nuestro compromiso y pasáramos de vuelta, sanos y salvos.

## El manto de las margaritas

En esa misma gira, después del paso a Chile, una noche, luego de todo un día de viaje agotador, cuando hacíamos el último tramo somnolientos, muy cansados, dormitando; nos dimos cuenta, no sé cómo, quizás por la cara de terror de Gatti, nuestro chofer, de que las marchas no le obedecían. Echaba hacia uno y otro lado el volante y apretaba los frenos... nada. Entregado, abrió los brazos y se dejó llevar por el vehículo del que había perdido todo control.

—¡Acá sí que cagamos...! —dijo resignado, lanzando una bocanada de aire. A gran velocidad siguió el bus en bajada por una cuesta sinuosa y empinada.

Todos los objetos del portaequipaje se habían venido al suelo, pasando por sobre nuestras cabezas. Los niños, afortunadamente, dormían. Eduardo, con miedo y ternura, me tomó las manos. Todo esto ocurría velozmente. Ambos pensamos que era el final. No gritamos, no hubo tiempo ni siquiera para gritar.

Era blanco, todo era blanco. Ya había anochecido y el paisaje se había cubierto de un inmenso manto de nieve, nieve que no era mojada ni helada, nieve que ondeaba y se movía. Entonces, como por arte de magia, el vehículo se detuvo al final del camino. Y ladeado como había quedado, intentamos movernos con dificultad, luego de que nos dimos cuenta de que estábamos vivos. Abrimos la puerta, bajamos y los tres gritamos al mismo tiempo:

—¡Margaritas, son margaritas...!

Los niños ya se habían despertado y lloraban asustados, pero al vernos reír, rieron también. De un salto, me puse a bailar con ellos entre el prado de blancas margaritas. La luna era enorme e iluminaba todo el paisaje que nos recibía con su blanco manto esperanzador.

Nos acercamos hacia donde nos llevaba el sendero y la luz de una ventana al final. Ya se había hecho tarde y pasaba la medianoche. Golpeamos con timidez al principio y luego fuertemente. Escuchamos una voz y al momento apareció un hombre de mediana edad y de una altura impresionante. Algo le dijimos. Inmediatamente nos hizo pasar, haciendo gala de una cordialidad que nos tranquilizó. Con solicitud y bondad nos ofreció su cama, caliente aún de su cuerpo, para que acostáramos a los niños que, agotados, se durmieron enseguida cubiertos con los tibios cueros de animales.

Nos fuimos a la cocina al abrigo del fuego de leña que el hombre había avivado. Puso dos inmensas sartenes en las llamas. En una partía huevos y en la otra sumaba trozos de carne. Como ya casi amanecía, le pregunté tímidamente:

—¿Son... para la peonada?

—No —dijo él—. ¡Qué peonada, son para ustedes!

Y acto seguido colmó tres platos, para Eduardo, para Gatti y para mí. El pan que había colocado sobre la plancha de la cocina despedía un olor delicioso. Él se puso a tomar mate, y nosotros comimos encantados.

Era chileno. Al saber que era hija del poeta Pablo de Rokha, empezó a recitar poesías de mi padre. Yo miraba extasiada, sin entender cómo era posible que un cocinero de una estancia de Río Negro, la Patagonia argentina, conociera a mi padre y supiera de memoria sus poemas. Pero estas cosas suelen suceder en nuestra América, tan inmensa y sorprendente.

Él estaba verdaderamente emocionado. Me regaló un enorme cuchillo con cache de hueso labrado que él mismo había hecho.

Apenas amaneció, arregló el vehículo junto con otros peones y seguimos nuestro camino, despedidos por todos esos rostros amigos.

Estas giras largas de dos o tres meses las hacíamos siempre en verano para poder ir con los niños cuando estaban de vacaciones.

## Montevideo y Bucarest

Uruguay apareció nuevamente en mi horizonte. Se planteó un trabajo allá para formar el grupo de títeres del teatro El Galpón. Y nos fuimos. Se daba la oportunidad de volver, con la esperanza de que me fuera mejor que la primera vez. Habían pasado quince años.

Los primeros días de enero de 1959, no estoy totalmente segura, tomamos la balsa en Buenos Aires para cruzar a Montevideo. Unos años antes, los dos mellizos habían hecho una gira por todo Uruguay. En ese tiempo, el país florecía y tenía el peso fuerte. Ellos se pusieron anémicos comiendo poco; se pasaron bastante tiempo a café con leche y medias lunas para juntar el dinero y pagar la que sería nuestra casa y de mis cuñados, dos apartamentos muy lindos.

La estadía en Uruguay fue muy bella. Al principio, el amigo que nos iba a alojar estaba todo despelotado. Se había separado de la mujer, que Eduardo había conocido, y vivía con otra muy complicada. Dimos unos cuantos tumbos de un lado al otro y al fin nos quedamos en el teatro El Galpón. Ellos sacaron toda la ropa que tenían en la habitación del vestuario y ahí nos acomodamos muy bien los cuatro.

Yo me había hecho muy amiga de los actores que componían el grupo, a quienes Eduardo capacitaba para el teatro de títeres, y casi todos se venían al cuarto a tomar café o mate y a charlar conmigo, porque los uruguayos toman mate a toda hora, día y noche. En aquel

tiempo, no intervenía en la tarea de los talleres; estaba con los niños y compartía con el grupo a ratos.

El clima de Montevideo es bastante frío. Claro, al principio íbamos casi todos los días a la playa, pero terminando febrero se puso fresco y ya la playa no me gustaba tanto. Tuvimos que comprar alguna ropa a los niños, y a mí me prestaron y regalaron las chicas. A mediados de marzo, cuando el montaje estuvo listo, nos volvimos. No recuerdo bien las obras, creo que *El retablillo de don Cristóbal*, de Lorca, y una para niños. Nos quisimos mucho, y al irnos nos despidieron llorando a mares.

Al año siguiente, Eduardo y Héctor fueron invitados a un festival de títeres que se realizó en Bucarest, Rumania. Sufrí mucho, muchísimo. Era la primera separación larga de nuestra vida. Fueron un poco más de cuatro meses que se hicieron eternos. Yo lloraba a ratos, y él me decía:

—Dime que no vaya, y no me voy.—Quizás lo decía porque sabía que jamás le iba a pedir eso, sabiendo lo importante que era para él y su trabajo.

En diciembre, mi ansiedad no tenía límites. En aquella época, las comunicaciones eran malas y muy caras. Sin noticias concretas, lo esperaba a toda hora, no tenía fecha de regreso exacta, pero yo quería que llegara para Navidad. Mi amado hermano Pablo iba todos los días en su moto Vespa a su trabajo y cuando pasaba por mi casa me preguntaba:

—¿Y cuándo llega?

—No tengo idea —le decía.

Una de esas veces, para contestarle el consabido no sé y mirando por la ventana los dos, le dije:

—¡Ahora mismo, puede pasar un taxi, pararse ahí y bajar él...!

Mientras hablaba, iba describiendo, sin darme cuenta de lo que en realidad estaba pasando.

—¡Ahí está! —grité.

Los dos bajamos, y nos abrazamos los tres.

Fue un encuentro maravilloso. Ambos nos contamos nuestros momentos de desvelos, angustias y celos en esos cuatro meses. Como luego de cada separación, salimos con los dos niños y descubrimos lo tantas veces vivido como si fuera la primera vez. Yo no sé si es porque ahora lo veo a la distancia, pero me parece que nuestra vida fue muy fluida y armoniosa. Cada momento tenía el encanto de vivirlo compartido.

# Dictadura

Ya en la década de los sesenta nos habían hecho la vida imposible. La Policía Federal nos custodiaba y los mellizos habían sido detenidos, ambos en distintas provincias y por varios días. Algunas veces por un corto período, por “averiguación de antecedentes”, como habían dado en llamarle. Lo que los tenía locos era el viaje a Rusia y a distintos países del Este, donde habían sido invitados y donde el arte de los títeres tiene gran relevancia.

En Bucarest, se presentaron en el Festival Internacional de Muñecos; allí ganaron el Tercer Premio de Interpretación. A su regreso, no dejaron de perseguirlos. Hubo un tiempo de tranquilidad, pero ya al volver de la Unión Soviética la situación se puso muy difícil.

Una noche, irrumpieron en nuestras casas. Para ese entonces, Héctor y su familia vivían en el apartamento de abajo. Vinieron a buscarlos, pero Eduardo estaba para ese momento en Salta, al norte de Argentina. Héctor sí estaba y les dijo que se iría con ellos, pero que no despertaran a los niños. No creo que le hubieran dado la posibilidad de elegir, pero hicieron caso. Yo dormía, eran las tres de la mañana. Me tocaron el timbre. Me levanté muy asustada y les abrí la puerta. Eran tres o cuatro policías federales vestidos de civil. Miraron todo. Revisaron los libros y sin decir una palabra se fueron con mi cuñado.

Yo, ingenua, tonta o no sé, me fui a Salta, creyendo que así salvaría a Eduardo. La primera noche, luego de haber acomodado los muñecos que ellos habían traído de los distintos países y con los que habíamos armado una exposición, se produjo la detención.

Habíamos armado todo y nos quedamos en la sala, donde Eduardo daría una charla sobre algunas experiencias del viaje y del oficio del titiritero. Al final de la conferencia, vi sin miedo cómo tres hombres se acercaron a él. Podrían haber sido personas interesadas por el trabajo. Habían esperado que todo terminara. No me cabe duda de que los policías tienen algo, que huelen o exudan, pero se parecen; y yo los asocié con los que habían hecho la visita a medianoche en nuestra casa. En ese momento yo estaba con mi consabido ataque de rinitis alérgica desde el día anterior. Creo que del susto se me pasó o calmó. Eduardo vino hacia mí, me dio su reloj y apretándome el brazo, me dijo:

—Yo vuelvo enseguida, quédate tranquila.

El temblor de su voz, la presión de su mano fría, me dijeron lo que estaba pasando, y ahí me quedé. No sé cómo llegué a la casa de un amigo del gremio ferroviario donde nos albergábamos, que en ese momento estaba en huelga; casi todos sus compañeros habían sido detenidos. Le conté a su mujer lo que había sucedido, y al otro día la señora me dijo dulcemente que me debía ir, porque ahí no nos hacíamos ningún favor una a la otra, más bien nos perjudicábamos. Lo comprendí y me fui a un hotelito de terror para hombres que había frente a la estación de ferrocarriles. Volví a la sala, descolgué y puse todos los muñecos en una valija que también llevé al hotelucho. La habitación era diminuta, pero pese a todo me sentí mejor. No me brindaron demasiada solidaridad, creo que todos nuestros conocidos y amigos estaban demasiado asustados.

No recuerdo cómo fue que me enteré en dónde se encontraba Eduardo. Y ya instalada, lo fui a visitar. Por supuesto, le dije que estaba de lo más bien, en un hotel “con vista al mar” que tenía mucho espacio, aunque en realidad, entre la maleta nuestra, la de la

exposición y las tres del teatro, apenas me dejaban un lugarcito para moverme. La tal piezucha tenía una ventana que daba al pasillo; yo aterrada apagaba la luz, porque si alguien hubiera metido la mano por ella, me habría tocado.

En el hotel estuve varios días. En una de las visitas que le hice a Eduardo, me encontré con un amigo actor, judío, farmacéutico, Salo Kulisevski, se llamaba. Me preguntó dónde estaba y al decirle que en el hotel Internacional me miró aterrado, pero no comentó nada. Seguimos ahí. Eduardo nos contó que les daba charlas políticas a los demás presos, casi todos ferroviarios. Ya se me había quejado el comisario y me había dicho:

—Señora, dígale a su marido que se deje de joder con esas charlas o lo van a mandar a encausados, y ahí sí que usted no lo podrá ver.

Yo le pedí a Eduardo que por favor no hablara más:

—Te quedas mudo —le dije.

Luego de esto se planteó un problema, porque todos veían a los demás como posibles delatores, y *el Profesor*, como le decían a Eduardo, no habló más ni aceptó el té que le ofrecían. Al fin, descubrieron que era uno de los guardias que se escondía, espiaba, escuchaba y contaba. Entonces se cuidaron y todo volvió a la normalidad.

Terminada la visita, Salo me dijo que él me llevaría al hotel. Entró hasta la habitación, abrió la maleta y empezó a poner todo adentro.

—Tengo pagados tres días —le dije tímidamente.

—Me importa un carajo —dijo, y puso todo el equipaje en el carro.

¡Qué amigo tan entrañable! Estos son los seres que he encontrado en mi camino y que me han hecho amar al ser humano. Allí se acabaron mis miedos. Él y su mujer, el nombre de ella lo olvidé, fueron mis hermanos, me acompañaron y cuidaron.

Seguí yendo diariamente a la cárcel a llevarle comida y periódico a Eduardo. Como a los once días, estando en plena charla los dos, lo llamaron y me dijo que le avisara a Salo urgentemente, porque no tenía idea de adónde lo iban a llevar. Pero ahí no más me llamó,

porque lo habían dejado en libertad. Aún nos quedamos en lo de Salo dos días y luego regresamos a Córdoba.

Estando juntos de gira, en Mendoza, Eduardo le pidió a Pablo, mi hermano, que viajaba con él, que lo acompañara a la Policía Federal para arreglar su visa porque debía viajar a Chile. A mi hermano le hicieron el trámite y Eduardo quedó preso. Estuvo detenido tres o cuatro días y lo largaron, pero siguieron molestándolo como solían hacer: yendo al hotel y revolviéndole las cosas.

Él no me dijo absolutamente nada, yo estaba ajena a todo lo que había pasado; sin embargo, debo haber intuido lo que ocurría, porque agarré un bus y me fui a Mendoza, sin previo aviso. Llegué al hotel y me fui a su cuarto a esperarlo. Pasé todo el día leyendo y durmiendo, no tenía dónde avisarle. Él había vuelto al hotel, y cuando le dijeron que lo estaban esperando creyó que era la policía; y sin oír más hizo *mutis por el foro* y se perdió. Anduvo dando vueltas todo el día. Ya a la noche se hartó y se fue a su cuarto despacio y aterrado. ¡Gran alegría con un nuevo encuentro!

## Cabalango: sueño de piedras y sol

En Córdoba, con mi vida más organizada y tranquila, aprendí danzas folclóricas argentinas con Aldo Bessone. Este hombre tenía su grupo y había fundado una escuela muy seria. Eran cinco años, diez danzas por año; las mujeres con los zarandeos y los hombres con los zapateos. A los cuatro años uno era maestra y a los cinco, profesora. Yo lo hice con toda la alegría y me gradué.

Después di clases y tuve muchos alumnos en Unquillo, un pueblito cerca de Córdoba. Yo estaba muy entusiasmada, me gustaba y lo hacía muy bien. A Ana no le atraía demasiado, aunque aprendió algunas danzas. Daniel me acompañaba en el baile. Creo que las recuerdo bastante, aunque no las practico. Son hermosas y yo disfrutaba tanto bailar...

Después de todas estas escaramuzas, tuvimos un poco de paz para poder trabajar más tranquilos. Creo que a fines del 57 murió la tía Elvira, hermana de Isolina, una mujer dulce y extraordinaria, tan buena y generosa. Ella nos ayudó muchísimo en los primeros tiempos de nuestra unión. Mujer de temple, su fortaleza, sin embargo, no pudo con un cáncer porfiado que se ensañó con ella y en unos meses la destruyó. Todos la adorábamos. Era la única hermana de Isolina, muy unidas las dos. Pienso que la mamá de Eduardo no se acostumbró jamás a haberla perdido.

Unos años antes, había fallecido la *nonna* María, abuela de Eduardo, una viejita italiana, malísima ella. Cuando se sentía enferma, hablaba en su dialecto friulano de Udine, su lugar de origen. Esto nadie lo entendía, claro. Eduardo quería muchísimo a su *nonna*. Ella murió al poco tiempo de volver nosotros de Chile, recién casados.

Seguimos yendo de vacaciones todos los veranos, algunas veces a Chile y la mayor parte a Cabalango, un lugar paradisíaco de Córdoba, un sueño de piedras y arroyos limpios y sol, mucho sol. Mis hijos, los dos, han pedido que lleven sus cenizas, cuando hayan desaparecido, a ese lugar y las entierren o las echen al río... Yo, sin embargo, he pedido que las pongan en la tierrita más cercana que encuentren: mientras he vivido, me he sabido acomodar y me he sentido feliz en todo lugar donde he compartido. Ya mis cenizas también sabrán acomodarse.

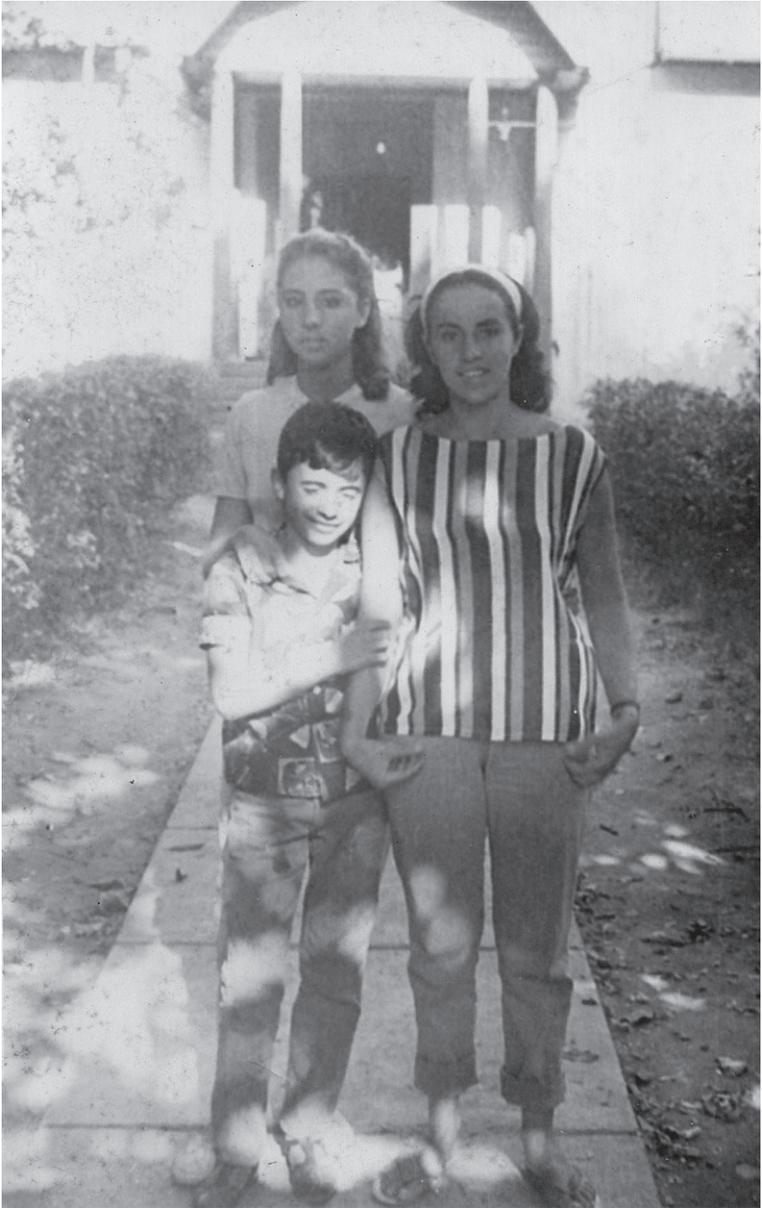
Los veraneos en las sierras eran maravillosos. Íbamos con el Citroën y tratábamos de dormir, sacando los asientos, pero era una tortura. Claro, a la mañana se nos olvidaba la mala noche, despertando al lado del río. Es como aquello que contaba mi madre del hombre que pasaba los días con un frío atroz y por las noches tiritando decía:

—Brrr, brrr, ¡qué frío! Mañana tejo mi *frazadiña*...

Al otro día se recostaba en una reposera al sol, diciendo:

—¡Estírate, pierna! ¡Qué frazá' ni qué mierda!

A veces, el padre de Eduardo nos prestaba una carpa que él mismo había fabricado, tan hábil el hombre. Pero no tenía piso, y si llovía se hacía un charco terrible. Entonces, empecé una campaña para comprarnos la nuestra. Eduardo, en un principio, no quería. Pero me ayudó el hecho de que unos amigos, los Lucece, se quisieran comprar una también, y las adquirimos juntos en Buenos Aires. Hicimos las colchonetas que cubrían todo el piso, compramos bolsas de dormir, mesitas, sillas, cocinilla con bombona de gas, farol y todo lo referente a *camping*.



Junto a mis hijos, Ana y Daniel

Cuando tuvimos todo, no dejamos un solo verano sin salir. A Chile, por ejemplo, a distintas partes de las sierras de Córdoba; y un año nos fuimos a Mar del Plata, adonde no habíamos ido nunca, y en la primera noche se nos vino una plaga de mosquitos tan terrible que hicieron su agosto con nosotros. Yo me senté a llorar y quería volverme. Los siguientes días pusimos espirales que los ahuyentaron y la pasamos divino.

El año en que nos tocó ir a Chile, yo dije de llevar la carpa. Eduardo no quería, pero tanto insistí que cedió, pensando que en el baúl del carro no iba a molestar. En ese viaje la usamos una o dos noches, cuando fuimos al Tabo, una playa muy linda de la costa. Allí, por más que el sol caliente, siempre hay un vientecito frío. Armamos la carpa y dormimos.

La cabaña de Julio Tagle era muy pequeña, y de esta manera no ocupamos lugar. Hasta de día y a pleno sol en las costas chilenas, uno se mete en la carpa y no tiene calor, y de noche se duerme muy bien, siempre es fresco. Guardamos la carpa y aun así, Eduardo no dejó de quejarse de haberla llevado, pensando que esa era la única oportunidad de usarla. Luego de pasar casi dos meses maravillosos con los mimos de toda la familia, volvimos a Córdoba en dos carros: en uno íbamos nosotros cuatro y en el otro mi sobrina Sonia y su compañero Gonzalo.

Cuando llegamos a la cordillera y pasada la aduana, la policía caminera nos detuvo porque un poco más adelante se había presentado un terrible derrumbe. Tampoco podíamos volver porque atrás había otro. Había que pasar la noche ahí, despejarían la vía apenas amaneciera. Lo miré triunfante. Sacamos la carpa y la armamos en un descampado. Allí dormimos los seis. Había sido muy acertado llevarla, y lo admitió sonriendo.

## A la sombra

Creo que a partir de este largo viaje empezamos a ir todos los veranos a Chile. Al principio lo hacíamos en bus hasta Mendoza, y de ahí en unos taxis que cruzan la cordillera hasta Santiago. Luego fuimos en un carro que nos prestó Di Mauro padre. Después en el Citroën nuestro y por último, en el Chevrolet que fue en el que nos vinimos Eduardo y yo en ese hermoso y último largo viaje de Argentina a Venezuela.

Cuando llegábamos, mi padre nos esperaba ansioso. Ya estaba en su casa de La Reina, su última casa. Era muy linda y acogedora, toda en madera. Allí es muy fresco, está muy cerca de la cordillera. Pasábamos uno o dos meses en mi Chile de la infancia.

Eran veraneos hermosos. Tal vez idealizo en la distancia, pensando que toda esa época vivida era tan fácil disfrutarla. Quizás toda la parte sentimental y emotiva estaba totalmente segura, y eso nos hacía muy fuertes.

Mi hermano José, Pepe, el pintor, siempre alquilaba una casa en la costa y nosotros íbamos, y todos juntos disfrutábamos del frío mar del Pacífico con largas charlas, comidas y risas. Una vez llevamos a Isolina, mi suegra. Creo que lo pasó bien y se hizo muy amiga de mi padre. Ya los primeros días de marzo partíamos de vuelta a Argentina. Y eso, en los años en que los niños no arrastraban materias pendientes; de ser así, debíamos volver mucho antes.

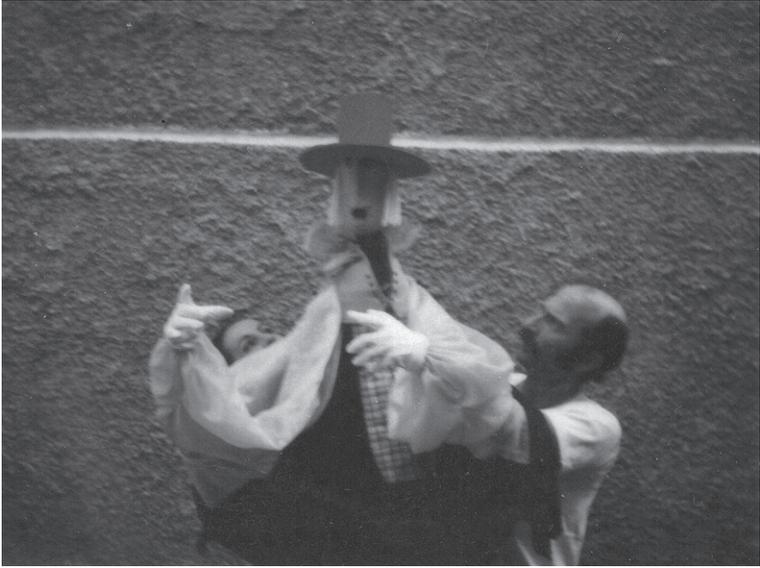
Un año lo pasamos entero en Tucumán. Eduardo hizo el montaje de varias obras con el teatro El Duende. Pusimos a los niños en un colegio de la localidad y yo organicé mi vida lejos de mi casa, pero pasamos un año muy tranquilo.

Yo no participaba del trabajo en aquel momento, no sé por qué. Aquel año lo compartimos con una pareja muy amiga, Jorge y Marga. Siempre estábamos juntos, jugábamos a la generala, comíamos y nos reíamos mucho. Ellos se alejaron de nosotros por el terror de la persecución y la presión política que ejercía el gobierno argentino de entonces contra todo el que fuera izquierdista. Allí dejamos de ser amigos.

Hoy me dedico por entero a la literatura y a los títeres. Estos últimos los realizo, hago exposiciones, dicto talleres y algunos montajes. ¿Por qué no lo hice antes? ¿Qué hacía Eduardo o qué hacía yo, o no hacía, para poder tener cabida en el trabajo? ¿Por qué en ese momento mostraba incapacidad, y ahora no?

He pensado que, en su condición de director, soterradamente me anulaba, o yo misma generaba esa anulación. No sé, no sé de nuevo y no lo sabré jamás.

Realizaba el vestuario de sus muñecos como a regañadientes, pero luego me entusiasmaba y lo hacía con gusto. De todas formas, jamás tuve un crédito. No quedó un solo programa, o lo que fuera, donde figurara como participante o hacedora de algo.



Con Eduardo

De cualquier manera, yo hice otras cosas. Estudié inglés y danzas folclóricas hasta graduarme. A mí siempre me gustó bailar. Desde que era muy niña bailaba con mis hermanos y sus amigos. El poco tiempo que viví en Chile, ya adulta, integré el *ballet* clásico de Vadim Zulima, un ruso muy trabajador. Tuve que dejarlo, el *ballet* requiere de una disciplina demasiado estricta y yo no podía seguirla. Además, justamente en ese momento, iban a hacer un viaje a Venezuela. Esto era en 1952. Quedé embarazada y tuve una pérdida. Inmediatamente después, en el '53, Daniel anunció su presencia.

## Ana en París

Mis hijos son mi motor, y sin nombrarlos están en cada palabra de este relato. Anita iluminaría mi camino, teniendo yo apenas dieciséis años; sería mi *alter ego*, ubicada a mi lado. Pasados cuatro años, Daniel caminaría del otro. Los dos son buenos seres y talentosos. Ambos incursionaron en el dibujo y la pintura, para que una terminara en la vitrofusión y el otro en el teatro de títeres y la escritura.

Ana tenía para ese entonces cinco años y Daniel uno. La niña tenía cantidad de vestidos que yo le hacía, almidonaba y planchaba, y era famosa en el barrio por eso. Una vez le confeccioné uno amarillo pálido al que le bordé toda una poesía, la de los patitos, que decía:

*Los cinco patitos se fueron a nadar.*

*El más chiquitito se quiso quedar.*

*La madre enojada le quiso pegar,*

*Y el pobre patito se puso a llorar...*

Muy orgullosa, cantaba la canción del patito señalando las figuras de su vestido.

Cuando Anita se encontró con su amor de la infancia, Ricardo Block, en el colegio Normal Superior Agustín Garzón Agulla, de Córdoba, ya habían tenido varios encuentros y desencuentros, pero en este último se casaron. Vivieron un tiempo cerca de nuestra casa,

en barrio Junior y luego se fueron a vivir a Francia, en París. La extrañé horrores. Todos los días escribía una carta para ella, y las mandaba dos o tres veces por semana. Fue tal la escribidera que me empezó a doler el codo terriblemente. Apenas podía mover el brazo y sostener cualquier cosa. Fui al médico y me dijo:

—¿Qué hace usted, señora, con este brazo?

—Escribo cartas. Mi hija está en Europa y le escribo todos los días.

—Pues tendrá que escribirle menos, porque tiene epicondilitis [codo de tenista].

Me infiltraron la articulación. Me sentí mejor y seguí escribiendo quizás un poco menos.

Ricardo y Anita pasaron muchas penurias en París, se habían ido recién casados con muchos deseos de ser felices. Allá chocaron con la poca disponibilidad para la ternura del padre biológico de Ana, Ricardo Miravet, y su consorte. Debían lidiar con la madre de ella, buena mujer; pero que estaba “más perdida que el teniente Bello” (tenía Alzheimer), como diría un chileno; amén de los diez gatos y dos perros habitantes de la hermosa mansión pintada de enredaderas.



Ana y Daniel disfrazados

Mi hija, acostumbrada a mis mimos, y mi yerno no pudieron más. Por medio de una amiga consiguieron un apartamentito justo enfrente de la Place de La Bastille, para lo cual su padre sí tuvo que aportar unos cuantos francos. Ahí se mudaron sin nada. Estaban en la más terrible inopia. Ricardo bajaba cada media hora y juntaba unas monedas de las casetas telefónicas para pasta y aceite que era con lo que se sostenían. El señor de marras, escondido en su música, fomentaba su enojo. Ana se acordó de una antigua novia de Miravet, Nora, un ángel sin alas. Ella la llamó y Nora le dijo:

—Vente enseguida, en un taxi o en el metro.

—No tengo ni *ticket* ni un céntimo.

—Búscalo.

Ana se arregló y partió. Salió a la calle sin saber a quién pedirle. Al fin, vio a un japonés lleno de maletas y bolsos que se encaminaba al metro. Trató de explicarle que necesitaba un billete para viajar de lo que, por supuesto, el hombre no entendió ni una sílaba. Ana vio que en el bolsillo de la camisa se traslucía el codiciado *ticket*... Con la punta de los dedos se lo sacó y salió corriendo. El japonés gritó quién sabe qué garabato en su idioma, pero ya era tarde.

Nora le tenía una maleta llena de cosas. Todo útil y maravilloso. Además, le dio quinientos francos, y le dijo:

—Desde ahora, en todo les irá bien. Mañana, a buscar trabajo los dos.

Así lo hicieron, y en pocos días Ricardo empezó a trabajar en la Unesco y Ana en una perfumería. Nunca tuve tantos perfumes. Pequeñísimas botellitas que les daban de muestras.

Pasó como un año o dos y nació Maximilien. Era 1972. Mi primer nieto. Quisimos ir a conocerlo y fuimos a un Festival de Títeres en Charleville-Mézières. Había sido invitado el teatro El Duende, de Tucumán, con su director, Eduardo Di Mauro; y yo fui también. No actuaba ni nada, pero fui.

Me encantó asistir a esa ciudad maravillosa, donde en ese momento todo era títeres; llena de muñecos en las vitrinas. El festival fue estupendo, duró como quince días. Algunas familias de

la ciudad daban albergue a los integrantes de los teatros de títeres asistentes. Nosotros nos hospedamos en la casa de un matrimonio, cuya hija estudiaba español. A veces, nos dejaba una esquelita en el cuarto, que decía: “No vaciléis en pedir lo que queráis. Os lo daremos con inmenso placer”.

Era una casa grande y antigua, como de película de terror. A mí me daba miedo cuando a medianoche debía ir al baño, que quedaba en el piso de abajo, y en el rellano de la escalera había un cochecito de bebé con una enorme muñeca de porcelana, de esas de antes, que me aterraba. Allí nos encontramos con titiriteros de todo el mundo, a muchos los conocíamos. Fue un momento muy grato de compartir.

Al volver a París, Eduardo se fue a Estocolmo, a hacer un trabajo, y yo me quedé con mi hija Ana y mi nieto Maxi, quien tenía dos meses. Ricardo salía a trabajar y nosotros tres nos íbamos a tomar “sol” a la Place des Vosges, una hermosa plaza de París. Una lucecita apenas encendida era el sol, pero los viejitos, sentados en los bancos, se sacaban los zapatos y se sentían muy bien. El pediatra había dicho que debíamos sacar al niño todos los días, excepto si nevaba, y nunca nevó.



Con Ana en Notre Dame, París

Las cosas entre la pareja no andaban muy bien. Se sentía en el ambiente. El niño tenía por costumbre empezar a llorar cuando ya habíamos regresado de nuestro paseo vespertino. Era justo a la hora del regreso del padre. Eduardo estaba en Suecia y la situación era muy difícil. El dinero brillaba por su ausencia.

Un día decidí hacer collaritos de mostacillas. Fuimos con Ana a la Place De Ville, una tienda enorme que tiene de todo. Yo me robé una pincita que aún conservo, alambre y mostacillas de todos colores, amén de algunas latitas de sardinas y quesitos, ante los ojos atónitos de Ana, que se moría de terror. No me descubrieron.

El apartamento no tenía baño para ducharse. Debíamos ir a un lugar que quedaba a dos cuadras y por un franco y medio nos quedábamos el tiempo deseado bajo unas duchas abundantísimas.

Bueno, apenas llegada, me puse a trabajar. Hice muchos collares de todos colores. Quería que Ricardo se los llevara a la oficina y tratara de venderlos. Se lo propuse y dijo un no rotundo. Pero poco a poco fue cediendo, más aún cuando le dije que si se vendían se diera un estupendo almuerzo en mi nombre. Se fue y durante todo el día lo esperé. Apareció con su hermoso rostro impasible:

—Nada, te lo había dicho, pero no hiciste caso.

Me devolvió la cajita de terciopelo negro que Ana me había dado para poner las alhajas. La abrí desilusionada y grité al ver que no había ni un solo collar, sino billetes y una pequeña lista con encargos: uno rojo, uno verde, uno azul, etcétera.

Cuando Eduardo volvió con unos zuecos rojos que me había comprado en Estocolmo, nos despedimos apesadumbrados y nos fuimos a Roma donde vivía Pelusa, una amiga de Ana. Estuvimos maravillados solo tres días en ese paraíso que recorrimos sin descanso. Luego nos fuimos a Barcelona.

# Barcelona

Habíamos conocido en el Festival de Títeres a los integrantes de Els Joglars, el Putxinel·lis Claca, de Joan Baixas y su mujer; gente magnífica, tan afectuosa y cariñosa. Con ellos nos fuimos a San Esteban de Palautordera, un pueblecito muy lindo y cercano a la capital; allí ellos tenían su taller, donde hacían unos títeres gigantes.

Al día siguiente, en la mañana, salimos llenos de entusiasmo, riéndonos y cantando. Llegamos al mediodía a la hermosa casa campesina. Yo puse unos choclos (jojotos) en la sopa. Los había sacado de la chacra, donde estaban destinados para los caballos. No podían creer que los comiéramos. Pasamos un día precioso.

Ya al anochecer, pedí mi maleta donde traía los dichosos zuecos rojos. La buscaron y nada. Había desaparecido. Dormí poco y lloré mucho. Estaba destruida.

Amaneció, nos levantamos y salimos para Barcelona. Joan, tan hermoso y generoso, me juraba que me compraría todo lo que había perdido. Yo estaba absolutamente triste. El lugar de donde habíamos salido y donde estaba la casa de los Baixas era una calle ciega. Allí convergían los negocios de los edificios cuyos apartamentos estaban en los pisos superiores. Yo me quedé en la camioneta, esperando y viendo cómo ellos entraban en cada una de las tiendas y salían desilusionados. Al fin, salieron de una peluquería con los brazos en alto y riendo. ¡Qué alegría! No se podía creer de tan perfecto. El peluquero

contó que la dichosa maleta había permanecido todo el santo día en el lugar donde la habían dejado. Simplemente, se habían olvidado de subirla a la camioneta. Ya casi en la noche, el barbero la había guardado. Todo estaba en su sitio. Nunca volví a saber de esta gente tan bella y tan querida, sobre todo de Joan, no lo olvidaré jamás. Si aún estás en este mundo, debes saber que no te olvido.

## Brasil

En el tiempo que estuvimos en París, una noche conocí casualmente a un brasileño que había vivido en Chile y era amigo de Julio Tagle, mi querido cuñado-hermano. Su nombre: Carlos Saa.

Estando en una cena, él me escuchó decir que me habría gustado mucho conocer Brasil, pero que no teníamos a nadie allí ni dinero. Se dio vuelta a mirarme y me dijo:

—¡Ya tienes! Esta noche hablo con mi hermano Álvaro y mañana te traigo las llaves de mi apartamento que está desocupado frente a la playa en Río de Janeiro. Mi hermano los irá a buscar y estará feliz de agasjarlos y pasearlos.

Yo no podía dar crédito a lo que oía. Y sí, fue así. Todo se hizo como él lo dijo.

Nuestro querido amigo Carlos y su hermano Álvaro, no los olvidaré. Pero como a tantos otros, les perdí absolutamente la pista. Lástima grande. Estuvimos casi una semana en Río, y Álvaro lloraba cada vez que hablábamos de irnos. Ya no era muy joven, pero conservaba una ingenuidad de niño; con su *portuñol* me decía:

—Bueno, dime: ¿Quién es más lindo: Carlos o yo?

Yo le contestaba:

—Por supuesto que tú, Álvaro.

Si me lo hubiese preguntado Carlos, le habría dicho que él. No cabe duda.

Con Álvaro fuimos al cerro a ver el Cristo, toda una hermosura, aunque estaba muy nublado arriba y no se veía claramente. Todos los días nos hacía preparar exquisiteces, tanto al mediodía como en la noche. No creo haber comido tanto en mi vida, y se ofendía si no comíamos todo. Nuestro paso por Brasil fue hermoso gracias a los hermanos Saa. Y a la cordialidad de toda esa gente y la belleza del país.

## *La taberna*

Siempre fui una lectora empedernida. Creo que desde que aprendí a leer a los cuatro años, sin que esto sea una exageración. Me encanta Émile Zola, y en una oportunidad, leyendo *La taberna*, y como suelo hacer a veces mientras leo, empecé a imaginar la novela en el cine y a pensar cuál sería el actor o actriz adecuada. Llegué a la conclusión de que María Schell sería la elección perfecta. Pasaron años, años, años. Y una tarde de crudo mes de julio y lloviendo a cántaros, me puse a hojear el periódico —otra de mis aficiones de toda la vida— y de pronto me doy con la noticia de que en la Alianza Francesa de Córdoba pasaban la película *Gervaise*, basada en la citada novela de Zola, con la actriz María Schell. Di un salto y un grito, me puse unas botas, un tapado, un chal en la cabeza y tomé mi cartera. Iso-lina gritó despavorida:

—¿Adónde vas?

Y Eduardo, que yacía en la cama con una terrible gripe, me miró con ojos de buey degollado. Les dije hasta luego sin escuchar réplicas de ninguna índole. Vi mi película, encantada, porque es muy buena y todo quedó ahí. Pasaron años, años, años y cuando ultimábamos los detalles de la separación con Eduardo, yo le pregunté si había algo hecho por mí durante los treinta y dos años que había compartido con él que fuera censurable o pecaminoso.

Él se quedó en silencio por un rato, y después me dijo:

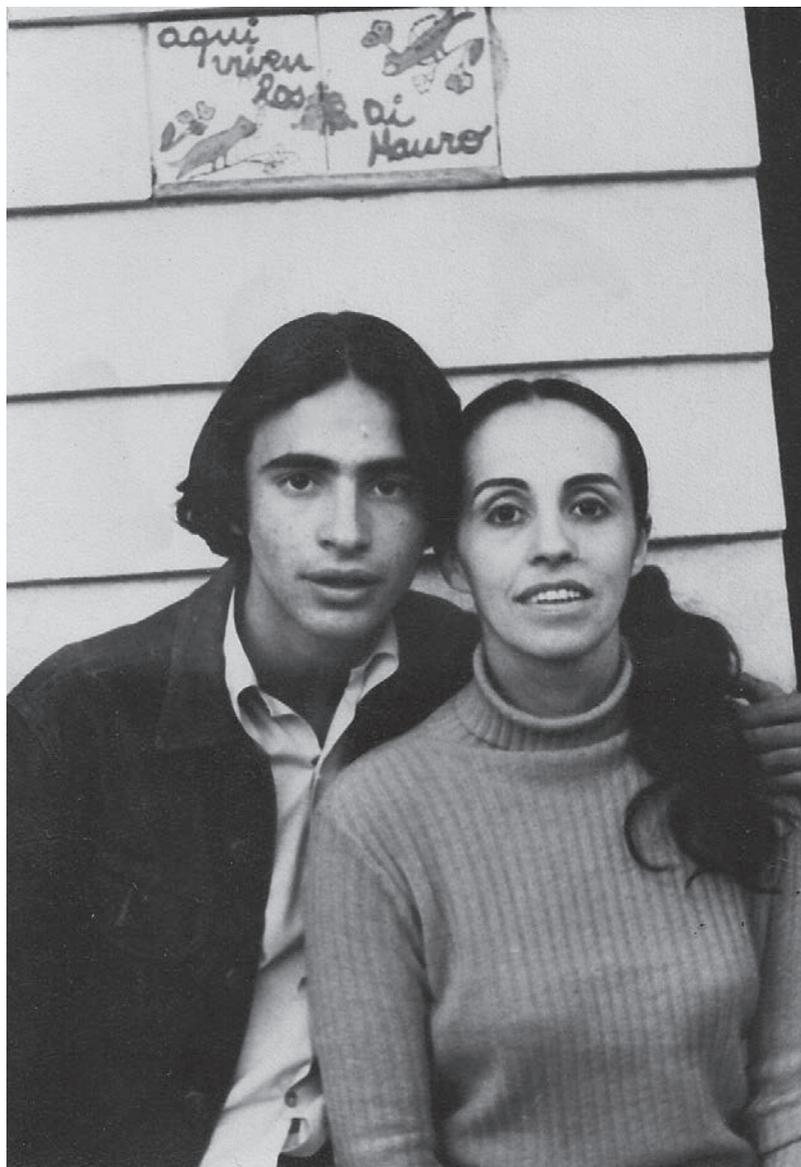
—Una vez te fuiste al cine cuando yo estaba enfermo en la cama con gripe y sin poder moverme.

Creo que esto me reconfortó muchísimo.

## La bañera

Luego del viaje a Europa, al Festival de Charleville-Mézières en el 72, seguimos nuestra vida retomando ambas nuestras respectivas actividades. Y así llegó 1976, que cada día se había tornado irrespirable. El golpe de Estado que aún no se había producido en Argentina, ya estaba latente y encima de nuestras cabezas.

Habíamos vuelto a Córdoba, a nuestro refugio. Daniel integraba con unos amigos un grupo de *rock*. Ensayaban todos los días, y a pesar de que hacían un ruido ensordecedor, su abuela Isolina no se quejaba, porque era su adoración. Él había cuidado todo y la casita nos esperaba hasta encerada. Habían preparado *panchos* (léase perros calientes, *hotdogs*) de bienvenida, y como nosotros llevábamos sendos frascos de *moutarde* de Dijon, les pusieron mucha pensando que era como la mostaza común, y quedaron incomibles de picantes.



Con mi hijo, Daniel

Durante nuestra ausencia ensayaban. Por suerte, nosotros no escuchamos nada de eso, y cuando llegamos todo estaba en orden. Empezamos a retomar nuestra vida, rodeados de todo lo nuestro, tan acogedor. Apenas empezado el 73 llegó Anita con su dulce carga, Maximilien.

Luego de un viaje agotador con una tardanza como de treinta horas, me tendió el tesoro: el bebé más bello que jamás vi. Albo y con un par de luceros azules redondos llenos de luz:

—Toma mami, te lo encargo. Pienso estudiar y trabajar. Me separé de Ricardo.

Lo hice mío. Volví a mi maternal condición con ese niño que se adueñó de mi alma. Eduardo y yo hicimos de padres de nuevo. Lo mandábamos a una guardería cerquita de la casa que se llamaba Carita Dulce, la recuerdo. Era mi primer nieto, ya lo dije, y ahora tengo siete y nueve bisnietos. Yo seguí con mis actividades acomodando los horarios.

Antes de ponerse a trabajar fijo, Ana se iba al área peatonal de Córdoba y ponía un retazo de terciopelo en el suelo. Con el cabello suelto casi hasta la cintura, un gran sombrero color borra de vino, una falda ancha y botas, era una real belleza. Sobre la tela ponía los collares que yo hacía, para venderlos. Vendía todo, por supuesto.

Ana ingresó a la Universidad de Artes Plásticas en la tarde, y todo el día trabajaba en la Ika Renault. Colaboró con muchas de las mejoras que hicimos en la casa, todo para ser abandonado al poco tiempo. Pusimos el gas natural. Ana compró los calefactores. Una tarde llegó gritando que había visto una bañera en un jardín, llena de tierra y pasto. Eduardo había soñado con tener una toda su vida para darse baños de inmersión en invierno, por lo que salió en el Citroën y se trajo el artefacto. Sacaron los asientos del carro y así se pudo transportar. La hicimos poner en el baño, y como no cabía sacaron la punta por la pared. Fue increíble.

Una vez que Ana comenzó a trabajar y estudiar, yo me adapté al niño y lo disfruté a mis anchas, lo disfrutamos, ya que Eduardo también estaba encantado con la tarea de ser abuelos activos. Por esa época él no trabajaba tanto, es decir, viajando. Creo que un año entero estuvo a cargo del teatro Rivera Indarte, en el Departamento de Artes Escénicas.

Antes del año de vivir Ana y Maxi con nosotros, llegó Ricardo. Ellos intentaron, como siempre se intenta, un arreglo que casi nunca da resultados. Se querían, pero ambos tenían un carácter fuerte y dominante.

Cuando mi yerno volvió a Argentina, puso una especie de café concierto en Carlos Paz, junto con Carlos Jaimés, el esposo de Flor. Nosotros también actuamos allí. Era un bar nocturno con espectáculos que se llamaba La Nube. Como era verano, íbamos con Maxi. El niño tenía apenas dos años, pero se sabía al dedillo las obras. Se entablaba un diálogo de él con uno de los muñecos, absolutamente improvisado. La gente creía, por supuesto, que era todo arreglado.

A Maxi también lo llevábamos en nuestros veraneos a Cabalango o a Icho-Cruz. Una vez que íbamos en la vía e iniciando el camino de tierra, con el Citroën cargado con carpa, colchonetas y todo lo necesario; al hacer el desvío para Cabalango, el carro se quedó y no hubo manera de moverlo. Con la fuerza de mis cuarenta primaveras agarré al niño y alguna bolsa, y partí caminando hacia nuestro destino. Eduardo se quedó esperando la ayuda. Caminé y caminé, un poquito asustada de no poder, sintiéndome Genoveva de Brabante.

Hube de pasar lomitas y arroyuelos. A ratitos hacía caminar al niño, pero casi todo el tiempo anduve con la dulce carga. Ya cayendo la tarde, llegué. Allí estaban mi hermana Flor y el querido Carlitos, con los niños y los perros. Carlos salió volando a auxiliar a su cuñado. Descargaron todo y lo llevaron al sitio; y a la mañana, tempranito, trasladaron el carro al taller.

Ese año tuvimos un veraneo agradable. Eso sí, fue muy caliente. Mi cuñado y mi hermana tenían un puesto de refrescos. Justo ese

año se acabó el hielo por la demanda ocasionada por el calor. Fue tan difícil conseguirlo que tuvieron que cerrar La Alpargata, que así se llamaba el *piringundín*, que no era otra cosa que unas tablas acomodadas.

Mientras vivíamos con la alegría de estar juntos, la situación política se hacía cada día más irrespirable. En una sola noche explotaron sesenta bombas. Veíamos “el espectáculo” por la ventana de nuestra casa.

Perón había muerto en el invierno, en pleno mes de julio. Yo no sé bien dónde estaba Ana, pero cuando murió el presidente yo estaba sola en la casa. Todos los amigos nos decían:

—¡Váyanse, váyanse! La cosa está demasiado jodida.

Cada día la situación y el aire que se respiraba en Córdoba era más asfixiante. Yo amaba esa ciudad, me gustaba mucho vivir allí. Los chicos habían ido al Normal Superior Dr. Agustín Garzón Agulla, el mismo colegio experimental donde se habían graduado los mellizos Di Mauro. Ninguno de mis hijos fue buen alumno. Y pudieron serlo. Ya pasó mucho tiempo de eso, y ellos sí tuvieron hijos estudiosos.

En la casa estaban haciendo la instalación del gas y entraba mucho frío por las ventanas, que debían permanecer algunas un poco abiertas. Por televisión, vi en la plaza de Mayo a Daniel y a Eduardo caminando. Grité sola, pero no tuve a quién contarle. Allí estaban velando a Perón, el adorado presidente difunto. Yo lloraba pensando en ese pueblo que había esperado con devoción a ese hombre que en aquel momento era solo una estatua. Cuando regresaron de Buenos Aires me contaron que sí, en ese momento habían pasado por allí.

Eduardo apenas pudo disfrutar su bañera, ya que el 21 de marzo del año siguiente salimos rumbo a Venezuela. Daniel nos había enviado el dinero para comprar el Chevrolet con el que viajaríamos. Vendimos el Citroën.

Yo tenía mi corazón “partió”: dejaba al niño que creía mío. Poco antes del viaje, Maxi se cayó por la escalera. Corrimos Ana y yo a levantarlo y dijimos algo como:

—Es mío.

—No, es mío.

Yo me di cuenta de la locura en que habíamos caído y solté al niño, y me fui llorando a mi cuarto. Ahí llegó Ana, llorando también, y me dijo:

—Sí, mami, es tuyo.

Nos abrazamos emocionadas.

Anita ya había encontrado al que sería su compañero hasta ahora. Ya vivía con nosotros hacía un tiempo: Rodolfo, mi querido yerno. Eso me daba tranquilidad.

Ese viaje sería y fue lo último hermoso que habríamos de compartir Eduardo y yo. Entramos a Chile el 22 de marzo. El 23 era mi cumpleaños. Mi hermana Juanita sugirió irnos a celebrarlo a Viña del Mar, a casa de nuestra tan querida prima Marilú Anabalón. Para allá partimos. Mi prima, con su incomparable generosidad y simpatía, organizó una fiesta de cumpleaños estupenda. Yo no dormí muy bien, porque nos dieron el cuarto de la tía Inés, su mamá, quien tenía muchos santos y crucifijos a los que no estoy acostumbrada. Quizás tenía miedo de que se les ocurriera pedirme cuentas.

El 24 Eduardo bajó a comprar los periódicos: “¡Golpe militar en Argentina!”. Había caído la inoperante y absurda Isabel Perón, y el país era un caos. Cerraron las fronteras. Habíamos salido “jabonados”.

Se hizo una función en Santiago para la Escuela Argentina y luego de estar con todos los familiares, una mañana, muy temprano, proseguimos la aventura americana: Argentina, Chile, Perú, Ecuador, Colombia y Venezuela.

# Perú

El viaje fue maravilloso. Cómo iba a imaginar que su término sería también el fin de mi relación de pareja, que había salido airosa de los avatares que la vida nos daba a cada rato.

Eduardo y yo nos llevábamos muy bien. Duró dos meses, y todo lo que vivimos en esos dos meses estuvo absolutamente acorde con nuestra vida anterior. Íbamos camino de nuevos amaneceres. ¡Qué lejos estaba de pensar que ese sería nuestro último viaje feliz!

Nos fuimos por el norte de Chile. Iquique y Arica, la tierra de mi cuñado Mahfud. Vimos mucha gente amiga de amigos. Todo el mundo solidario y atento. Pronto pasamos a Perú: Arequipa, Lima. Era un momento muy difícil. Lima estaba plagada de argentinos y chilenos “rajados”. Los argentinos, siempre tan organizados y con gran sentido de la amistad, tenían a un tipo de quien, lamentablemente, no recuerdo su nombre. Este hombre esperaba que aparecieran sus compatriotas y los iba ubicando en casas, y les conseguía trabajo según su oficio. Era conmovedor verlo en esa tarea.

Se hicieron unas charlas que dio Eduardo en la Universidad de San Marcos y que ya había pautado con el profesor Ugarte Chamorro, y dimos algunas funciones que nos salvaron.

A pesar del argentino que ayudaba, no la pasamos de lo mejor en la bella y dorada Lima. Ya en el camino, y antes de llegar, como no teníamos nada de dinero, traíamos cosas para dejar en cada lugar. La

madre de una amiga de Ana nos dio un sobre para su hija Liliana, quien vivía allí, que contenía algunos dólares. Eduardo me convenció de que los tomáramos en préstamo, y que en cuanto cobráramos el trabajo en la universidad los repondríamos. Hicimos todo un ritual en el camino y abrimos el sobre... ¡Dos dólares! Le dimos a Liliana su carta y otras cosas que su madre le mandaba. Nos reímos, y casi al partir ella nos hizo recordar los dólares que nos habíamos olvidado de devolverle.

En Lima conocí a un argentino de ojos claros que se llamaba José Luis; era amigo desde niño de Ester, quien era amiga a su vez de Zapata, un camarada de Eduardo. Pues bien, Ester estuvo desde que llegamos con la cantinela de que nos invitaría a cenar a su casa. Iba postergando el acontecimiento y cuando ya debíamos partir, dijo:

—Esta noche.

Ya me había dicho José Luis que esa noche había fiesta en la Universidad de San Marcos y estábamos invitados. Como ya habíamos quedado con ella, quien nos había advertido que en vez de cenar en su casa nos invitarían a un restaurante, pasamos con ella a buscar a su compañero, un peruano con cara de pocos amigos. Primero fuimos al barrio chino donde íbamos casi todos los días, y caminamos y caminamos. De pronto él se detuvo y dijo de tomar algo. Él se tomó su café con leche con tremendo sándwich, y nosotros tres solamente un té. Acto seguido, luego de contemplarlo engulléndose el sándwich y pensando en la cena, dijo que se le hacía tarde y se fue con Ester dejándonos *en Pampa y la vía*, como se dice en Argentina.

Quedamos espantados y hambrientos. No dijimos nada en casa de los Aramayo, Vicky y Gastón, quienes tienen el teatro de títeres La Cabañita, en cuya casa nos alojábamos; nos dio vergüenza. Nos dormimos con sendos vasos de agua y un trozo de pan duro que pude rescatar de la cocina a hurtadillas. Puse todo sobre una silla y le dije a Eduardo al oído: “La cena está servida”.

Al otro día, José Luis me dijo aterrado que él estaba acostumbrado a esas prácticas sdomasochistas que tenía por costumbre

realizar el individuo de marras. A él se las había hecho varias veces. Y que la fiesta en la universidad había sido principesca. Bueno, no quedaba sino olvidar todo, y chau.

En Lima vi a Pablito Alejandro, el hijo mayor de Flor, quien tendría apenas veinte años, y a un amigo con el que andaban viajando por América mostrando un audiovisual sobre la Universidad de Córdoba, que mi cuñado Carlos les había preparado para sacarlos del peligro que significaba quedarse en el país. Además del audiovisual, andaban vendiendo collares. Les regalé una pincita que tenía de más, alambre, mostacillas y algunos collares hechos.

Nos despedimos con mucho dolor y seguimos viaje pasando por la costa peruana, con mucho olor a harina de pescado y la miseria expuesta desvergonzadamente, aterradora. Los niños parados al lado de las casas de cartón, de las que genialmente cantó Alí Primera.

En la ruta hacia Ecuador, estando aún en Perú, en una de esas paradas había una olvidada bomba de gasolina, que en Argentina se le dice *nafta*. Nos acercamos y vimos a un muchacho gordo, grandote y con visibles muestras de una condición de retardo mental. Se acercó ladeando la cabeza, medio la metió por la ventanilla y Eduardo, absurdamente, le preguntó:

—*Nafta*, ¿hay?

Y el muchacho contestó:

—¿*Naftay*?

Sacó la cabeza, y mientras Eduardo hablaba y arreglaba las cosas con otro hombre que se había acercado, vi al gordo que se alejaba balanceándose, medio bailando, hacia uno y otro lado, mientras cantaba:

—*Naftay-naftay, naftay-naftay...* —subiendo y bajando la voz.

Indudablemente, ese viaje fue muy hermoso, siempre con alegría y tranquilidad, viviendo minuto a minuto cosas nuevas que nos enriquecían. América desconocida, América Latina inconmensurable; durmiendo siempre en tierra, en la noche, y seguir. Solamente nos quedábamos más días en las capitales. Todo el viaje fue de una belleza impresionante. Fue lo último —lo repito— lindo que vivimos los dos.

# Ecuador

En Quito nos esperaban amigos y todo fue mucho mejor. Compartimos el apartamento con Cacho, tan buen tipo. Luego vino su compañera, Nora, y todo se complicó. Era una mujercita imposible. Pese a ella, pasamos lindos días de amistad, charlas, comidas y risas. Habíamos estado casi un mes y partimos hacia Colombia, pero yo no tenía visa.

Al llegar a la frontera nos paró un funcionario que nos dijo que yo no podía seguir. Desilusionada dije que bueno, que volviéramos a Quito y le avisáramos a Daniel para que mandara un telegrama pidiéndome y listo.

—No —acotó él—. No pueden volver, porque ya salieron.

Me dio un ataque y presa de la ira, llorando a gritos, le dije:

—Mire, señor, aquí hay tres posibilidades para arreglar esto: o me quedo a vivir aquí con usted o me saca en un helicóptero directo a Caracas, y lo último, que creo que es lo mejor: ¡Tráigame un cuchillo y me mato aquí mismo y ya!



Durante mi visita a Ecuador

El hombre se aterrorizó y nos dejó ir, hasta que Daniel mandó la dichosa carta. Al volver no lo vimos, creo que se murió del susto.

Hace unos años, el hijo de Marcos, mi hijo Marcos Ernesto, habiendo llegado a la mala madre patria, España, pues iba a Berlín donde reside, lo retuvieron durante todo un día en Barajas, hasta que se acordó de esta anécdota y les dijo lo que yo le había contado: que si no lo dejaban seguir, se mataría. A las pocas horas lo pusieron en un avión directo a Berlín.

# Colombia

Así, seguimos viaje hacia Colombia donde tenemos toda una numerosa familia amiga, como si fuera la nuestra: Gamba, Bonilla, Rincón. Hicimos nuestro viaje a ese país en total armonía y muy felices, como había sido todo lo viajado hasta ese momento, desde que habíamos salido de nuestra querida y vapuleada ciudad de Córdoba.

Eduardo cumplió años el 18 de abril, aún en Ecuador, y para celebrarlo comimos un ceviche de camarones. No sé lo que tenía el tal plato, pero nos cayó como una bomba a los dos. Estuvimos toda la noche en el baño, y a la mañana siguiente seguimos viaje muy debilitados. Creo que esto nos ocurrió en Guayaquil. Llegamos a Cali. Ahí había otro amigo que nos esperaba, Nils, se llama o se llamaba, nunca más supe de él.

No tengo muy claros esos días, excepto la contemplación de la ciudad desde un mirador rodeado de cerros llenos de flores. También nos detuvimos en Girardot, con otro amigo del alma, Eduardo Gudiño, a quien con tanto afecto le decíamos *Tucuta*; quien era médico anestesiólogo. Tampoco supe más de él, y lo quiero y recuerdo mucho.

Yo no conocía los mangos, creo que los había probado alguna vez. Ocurrió que, en una de esas paradas para echar gasolina, mientras Eduardo se encargaba, yo me puse a mirar por la ventanilla. Ahí vi a un muchachote comiéndose un mango. El jugo le corría por las comisuras de su boca... Fue rápido: estiró el brazo mientras me

sonreía con su sonrisa de tan solo un diente; me tendió la fruta amarilla y jugosa y no pude rechazarla... Le di un enorme mordisco, le sonreí al muchacho y le di las gracias.

Llegamos a la bella ciudad de Bogotá, muy moderna, a pesar de lo cual uno se siente bien enseguida. Los colombianos son agradables y muy cultos en general. Estuvimos varios días con los queridos amigos, todo maravilloso, no así una cama en donde dormimos y que antes había sido de la “gata paría”; tenía tantas y tantas pulgas que nos comieron vivos. No pegamos un ojo en toda la noche y amanecemos desfigurados. Al otro día nos cambiaron de habitación y, por supuesto, de cama.

Nos despedimos de nuestros queridos amigos y seguimos viaje a la que sería mi patria por muchos años y, sin temor a equivocarme, mi última patria, Venezuela.

# Venezuela

En Zulia, pasamos por Ciudad Ojeda en donde no había señalización. Eduardo preguntó por la ventanilla que dónde estábamos. Y como acá “soplan” la jota, el lugareño le dijo:

—En *Ciudad Oeda*.

Eduardo agradeció diciendo:

—Qué raro, en el mapa no figura *Ciudad Oeda*.

Luego caímos en el error y nos reímos.

Cuando yo me vine de Córdoba sufrí tanto por haber dejado a Maxi, que era mi vida; lloré y lo recordé a cada instante, a pesar de que en Caracas me sentía muy feliz al volver a ver a mi hermana Lukó y su familia, quien andaba desarmando su casa, por lo que estuvimos del timbo al tambo por bastante tiempo. En Venezuela también estaba Daniel y su primera esposa, Alicia.

Pasado poquito más de un año, estábamos instalados en un hermoso apartamento en Macuto a media cuadra de la playa, que yo había logrado alquilar luego de un mes de interminables caminatas.

## Macuto

Macuto fue un lugar de mucha felicidad. Estar nuevamente en mi casa, luego de todo ese deambular, me hacía sentir plena. No tenía ni televisor ni radio, solo algunos libros, retazos de arpillera y lanas de colores con los que me puse a bordar. Eduardo viajaba

permanentemente y yo estaba sola y feliz. Daniel se había vuelto a Argentina con Alicia, a esperar la llegada de Greta: su primera hija.

Yo amé ese lugar, lo disfruté: yo amé ese lugar. Tener tan cerca el mar que siempre se me había mostrado esquivo. Era caminar unos pasos y mojarse los pies en su agua sagrada. Me daba dos chapuzones por día; a veces me costaba creer tanta maravilla y me iba corriendo con el temor de que fuera solo ensoñación. En ese entonces estuve mucho tiempo sola. Eduardo recorría varios países, representando al Celcit (Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral), y dando los primeros toques para lo que sería con los años el teatro Tempo. Claro, muy bien acompañado. Porque a poco de llegar había iniciado también su historia amorosa paralela, que había de durar bastante tiempo y que yo ignoraba totalmente. Con toda seguridad, la mayoría de los viajes los hizo con su flamante pareja.



En una de las playas de Macuto, La Guaira

Al regresar Daniel con su familia, armamos un hogar. Ellos habían vuelto de Argentina. Eduardo viajaba la mayor parte del tiempo. Yo me puse a estudiar danzas con Alfonso Velázquez, y Alicia, fotografía; todo esto en la Casa de la Juventud de Macuto. En esos días, Eduardo y Daniel trajeron a Isolina a pasar una temporada con nosotros; fue un verdadero desastre: no le gustó ni el país ni nada. Esto debía ser por 1979. Ya al salir del aeropuerto, y ver los cerros con los ranchitos, dijo gritando:

—¿Y este es el país de los petrodólares?

La gente del autobús la miraba perpleja. ¡Pobrecita! Fue en error sacar a una persona de su edad de su ambiente y su hábitat. Lloraba todo el día y se quejaba dando vueltas por el apartamento:

—Parezco un león enjaulado —decía.

Yo le dije a Eduardo, quien no estaba casi nunca, que me iba a volver loca.

Como ella traía una maletita de cartón, muy humilde, le compré una nueva, donde puse mucha ropa linda. Pues la perdió con todo. Cuando se regresó, en el aeropuerto de Buenos Aires nunca encontró su vieja maletita, que ya no existía. Le habíamos pedido a una amiga que la fuera a esperar, pero como desconocía todo el problema Isolina retornó a Córdoba sin nada. A los pocos años, murió. Yo la quise mucho, aunque era un ser muy complicado.

Daniel y Alicia tuvieron dificultades y se separaron. Ella se volvió con la niña a Argentina. Yo seguí con las danzas. A Alfonso le encantaba como yo bailaba y con él bailé joropo, vals, galerón y hasta la chichamaya. Ensayábamos en una azotea en cuanto caía el sol. Esta era más bien un techo atravesado por un cable de alta tensión; por ahí todas las noches se deslizaba un rabipelado (zarigüeya), que apenas escuchaba los primeros acordes de la música se instalaba a mirar, hasta que se apagaba la luz y entonces se iba.

Creo que esto de las danzas llenó mucho mi vida y me sentí bien por haber ganado un espacio que llenaba un vacío que no sabía que existía. Daniel vivía conmigo, y estaba solo. Se había asociado con

Roberto Fois, un italovenezolano muy talentoso, con quien formó el teatro de títeres Los Cuatro Vientos, y debían viajar por todo el país.

Para entonces, yo había conocido a una muchacha bella y simpatísima del grupo de Alfonso que se llamaba Estrella. Ambas compartíamos el grupo Teresa Carreño. El día en que Daniel la vio era el cumpleaños de Alfonso y le íbamos a hacer una fiesta. Yo estaba lista, y fui a la esquina a comprar unos refrescos. Daniel se quedó en la casa. Cuando Estrella me fue a buscar, Daniel le dijo que yo me había ido. Ella le pidió un vaso de agua y que la dejara descansar unos minutos, a lo que él, galantemente, accedió. Lo cierto es que cuando yo volví, lo encontré leyéndole poesías, y ella encantada escuchándolo. Tuvieron tres hijos y llevan casi cuarenta años de feliz matrimonio. En Argentina siempre surgía alguien en una fiesta que bailaba folclore, pero aquí ¿con quién? Estrellita mi nuera, quien es profesora de danzas, también aprendió algunas de las argentinas que yo le enseñé.



Con Daniel y Estrella

Al año siguiente de estar nosotros en Venezuela y la situación política complicándose cada día más en Argentina, Ana y Rodolfo se casaron y se fueron a Israel. Allí se encontraron con muchas parejas de su misma edad, con hijos de edades parecidas e ideas acordes con lo que ellos pensaban.

Allá nació Celeste. Pasados dos años, empezamos a hablar de ir a Israel a ver a Ana y familia. En Beer Sheva habían encontrado un lugar donde vivir con tranquilidad. Roni (Rodolfo) terminó su carrera de Ingeniería y Ana trabajó un tiempo en la universidad, en la escuela de Arqueología, hasta que los pequeños trozos de vasijas de greda y barro llenos de polvo le produjeron una terrible alergia y tuvo que renunciar a esa labor. Maxi hablaba el hebreo a la perfección, Roni también, Ana bastante y Celeste lo *chamuyaba*, pues tenía apenas tres años cuando se vinieron a Venezuela.

En el año ochenta Eduardo y yo habíamos planificado un viaje a Israel, pues quería estar para el segundo cumpleaños de Celeste. Pero un buen día él dijo que no iría, que fuera yo sola. No entendí, no intuí, no presentí, no sospeché; aunque muy dentro de mi alma, no quería saber lo que sabía...

No le daba nombre, no le daba forma; pero lloraba, por las noches lloraba; sin saber por qué lloraba, sin un sentido y sin un porqué. Me sentía contenta de estar con Ana, Roni y los niños, pero con una tristeza sin nombre. Creo que estuve como dos meses en Israel, conocí muchos y muy hermosos lugares. El segundo cumpleaños de la niña se lo celebramos, y yo hice un títere para cada niño invitado. Fue una fiesta inolvidable.

Regresé, pero antes me quedé una semana en Madrid con mi amigo Abel, querido amigo. Él, como nosotros, salió rajado de Argentina y recaló en España. Teatrero de mucho talento, tuvo que realizar un montón de oficios de diversa índole. Allá se le diagnosticó una tuberculosis. En 1982, viviendo en el apartamento fatal de la avenida La Salle, donde intentamos volver a vivir el pasado, mas todo fue un rotundo fracaso, solo duró once meses. Durante ese tiempo

tornaron a pasar por ahí unos peruanos del grupo El Sol. Nos hicimos amigos, y un día me dijeron que tenían sus únicos pantalones rotos. Los hice sentar a los tres, cubiertos con una manta, y se los remendé, olorosos a tiempo. Quedaron felices.

—¡Gracias! —decían.

—No, gracias no, le van a llevar este sobre a mi amigo Abel, quien vive en Madrid.

Yo, amén de una carta muy amorosa, puse una *pepa de zamuro* dentro del sobre, una semilla que en Venezuela dicen que “tiene poderes”. El amuleto y el mensaje jamás llegaron a las santas manos de Abel. A los tres actores volví a verlos en Colombia; me vinieron a saludar, llenos de sonrisas, a explicarme su olvido. Los saqué corriendo, hasta nunca más.

En el viaje de regreso Iberia me puso en primera clase, nunca supe por qué. Asustada, no pregunté nada; me dejé atender y nada más. Debía ser el año ochenta. Ya en el aeropuerto, Eduardo y Daniel me esperaban. Nos dimos cuenta de que cada uno tenía un billete de veinte bolívares y nada más.

Yo había traído unos moldes de animalitos que Ana me había dado. Compré algunas telas. Creo que los primeros los hice con ropas que no me gustaban. Los cosí, los rellené con anime en bolitas y con pelos de lana; les puse ojos que también había traído y quedaron preciosos. Eran leones, perros y gatos, muy graciosos. Vendí muchísimos.

Al tiempo, tomé alumnas de gimnasia. Llegué a tener dieciséis. Cuando el grupo Arteón, de Rosario (Argentina), se presentó en Macuto, dejó metros y metros de liencillo de una escenografía que no se llevaron por exceso de peso. Con ellos cubrí el piso del patio donde todas las tardes hacíamos ejercicios, y elaboré un cojincito para la cabeza de cada una de las alumnas. Había ideado una rutina buenísima, lo pasábamos muy bien y ganaba dinero. Después de los ejercicios yo les mostraba los muñecos y las faldas que había hecho con telas teñidas. Casi todas compraban.

Macuto, que fue el oasis de mi vida, en un momento también fue la catástrofe. ¡Qué feliz me sentí en ese lugar, sin siquiera sospechar que bajo mis plantas la lava hirviendo me amenazaba!

Nunca antes había vivido cerca del mar; respiraba y su olor me calmaba el alma. Como todas las alumnas empezaron a faltar, inventamos con Magda, una amiga argentina, un plan vacacional. Agrupamos muchos niños, les enseñábamos danzas, inglés, recitado y, sobre todo, títeres. Cuando se terminaron las vacaciones, tuvimos nuestro propio teatro: La Gaviota, se llamaba. Daniel lo había hecho con madera pintada en naranja y lona azul. Yo hice los muñecos y monté dos obras: *El vigilante Juancito* y *Comino vence al diablo*. Hicimos muchísimas actuaciones en el Litoral Central. Ganábamos muy bien y nos entendíamos a la perfección... Pero lo bueno casi nunca dura. La madre de Magda se enfermó en Argentina y ella tuvo que regresar. Después de su partida busqué otras ayudantes, pero no dio resultado. Quizás para lo que más me sirvió esta experiencia fue para darme cuenta de que era perfectamente capaz de ganarme la vida. Creo que Eduardo no llegó a ver ni una función. Fue un trabajo mío.

En Macuto estábamos bien, bien y contentos, pero un día nos pidieron el apartamento. Yo lloré mucho. Me había sentido muy bien allí, en el edificio El Profesor, en la planta baja donde había un enorme níspero que, debido a que se llenaba de murciélagos, nunca probé ninguno de sus frutos. En seguida conseguimos otro, a menos de dos cuadras. El edificio se llamaba Palmina, en un cuarto piso sin ascensor. Allí nos mudamos a pie. Nos ayudó Roberto, quien para ese entonces vivía con nosotros, y con Daniel viajaba permanentemente por el país, con el teatro de títeres que habían formado.

Al poco tiempo de ubicarnos en este nuevo apartamento, que era un *penthouse*, me enteré de que pedían gente en el Macuto Sheraton. Llené planillas y me llamaron. Fue un trabajo muy bueno. Yo era la asistente de una muchacha norteamericana llamada Cathy. Entre otras cosas, les enseñábamos títeres y juegos diferentes a los niños de los huéspedes, publicábamos una pequeña revista del hotel con

las actividades que se ofrecían, hacíamos concursos de sándwiches, y al concluir y habiendo premiado al ganador, cerrábamos la puerta y comíamos y nos reíamos a nuestro antojo, como locas.

El hotel nos proveía de todo. Todos estaban contentos con nuestro trabajo y, además, por las noches, los sábados, cantábamos el bingo en español y en inglés. Pero un día, inesperadamente, nos despidieron. A mí nadie me quita que de eso fue responsable un tal Macías. Siempre andaba husmeando y creo que tenía ganas de tener algo con alguna de las dos y como no pudo, nos botó. Fue un golpe duro, pero al poco tiempo me resigné.

## Días de terror

Subía a Caracas bastante seguido a ver a mi hermana Lukó y a toda su familia. También ellos iban los fines de semana a la playa. Solían quedarse a dormir una o dos noches. Yo preparaba comidas que les encantaban. Jugaban a los naipes. Yo no, a mí no me gusta. También a lanzar los dardos. Charlábamos y nos reíamos mucho. Mahfud era un hombre muy entretenido y amable. El solo hecho de escucharlo contar anécdotas era una fiesta. Este hombre, quien fue un hermano mayor para mí, tenía una gran fuerza.

Eduardo estaba algunas veces cuando ellos iban, no siempre. Yo vivía dichosa, ajena totalmente a lo que él hacía a mis espaldas. Aún ni siquiera tenía presentimientos. Mis familiares, después, en el Palmina, creo que ya no fueron tan asiduamente, y el apartamento era hasta más cómodo. El *penthouse* tenía un corredor enorme y yo había puesto maceteros con plantas a todo alrededor. Allí no había murciélagos. Seguimos la vida de siempre, y disponíamos de teléfono, que en el otro nunca fue posible.

Sí había notado un distanciamiento de parte de mi hijo y su padre. Casi ni se hablaban y Daniel lo evitaba. Mi hijo ya sabía lo que pasaba. Al comienzo creyó que era una aventurilla, pero al ver que seguía le pidió al padre que me dijera la verdad, a lo que este se negó rotundamente. Ana, Roni y los dos niños, Maxi y Celeste, llegaron en

esos días provenientes de Israel; a principios de mayo de 1981. Gran alegría de tenerlos con nosotros.

Daniel esperó una semana después de que ellos llegaron y de una vez invitó a Ana a tomar un café y le contó todo. Este hombre, su padre, mantenía una relación con una alumna desde hacía casi cuatro años. Ana reaccionó violentamente y el lunes 19 de mayo me lo dijeron con él presente.

## Después del lunes

Después del lunes de terror, cuando sin piedad tuve que enfrentarme a lo imposible, a lo que yo creía que no podía ser, todo fue sucediendo, un acontecimiento tras otro, casi como si hubiese estado, de antemano, establecido.

El primer mes después del lunes estuve presa absolutamente de un total estupor del que me era imposible salir. Eduardo seguía jurando que era a mí a quien amaba y que “lo otro” ya había terminado. Un parlamento estudiado y bien aprendido, ya que debía interpretarlo por duplicado. ¡Qué tortura...! Día a día pasaba noches y más noches sin dormir, teniendo como único y posible pensamiento, mi problema.

Desafortunada-desposeída-abandonada-menospreciada. Todos apelativos que no concordaban conmigo. Ya ni siquiera tenía nombre su nombre. ¿Cómo iba a hacer con medio siglo a cuestas? ¿Cómo enfrentar al mundo? ¿Cómo decir que había sido dejada de lado por un hombre que me había amado con locura por casi tres décadas?

Era imposible imaginar, siquiera intentar, una vida sin Eduardo. Había sido un lunes, un comienzo de semana; un lunes apenas pasada la tarde, una tarde que se quedaría atrás para dar paso a una horrenda noche.

Pasaron días de espanto, noches más espantosas en que teníamos estados de furia amorosa que no se podía entender. Para ese momento yo trabajaba en el Banco Nacional de Descuento, BND, institución financiera que se fundió. Hice un trabajo hermoso ahí

por casi dos años. Allí encontré a mi gran amiga radióloga Ingrid. Ella y su hermana melliza fueron mis alumnas. Eran unas adolescentes. Hoy Ingrid es una de mis mejores amigas, la amo.

En medio del jaleo él se fue a Guanare, estado Portuguesa, por trabajo, que sí lo tenía; pero que tras él escondía la gallina de los huevos de oro. Aquel día había ido al banco, di la clase y uno de los niños se dejó una bolsita con prendas de oro que su madre le había dado para ver si las vendía con nosotras. Reinaldo se olvidó la bolsita; en medio de esa locura yo la puse en mi cartera, me tomé un bus al terminal y de ahí, otro a Guanare. No sé por qué lo hice. Él había dicho que el médico le había prohibido leer periódicos. Yo me conseguí la dirección de donde vivían los dos con la chilena Isabel. Llegué y escuché desde afuera el ruido de las hojas del diario. Toqué el timbre y él me abrió. No creo que si hubiera visto en la puerta a Stalin se habría quedado tan blanco y tan espantado. Buscaba, buscaba con la vista a Daniel.

—¿Y Daniel? —preguntaba Eduardo, porque estaba seguro de que él me había llevado. Hasta que le dije:

—No busques más, yo vine sola.

Y no habló más. Se quedó helado. Yo entré al cuarto. Coromoto salía del baño desnuda. Me miró risueña y caminó despacio y con-toneándose, para que pudiera catar el porqué de todo el rollo. Al fin se puso algo encima y hablé, ya ni me acuerdo. Le di un anillo que había encontrado en la camisa de él, y por el cual me había hecho toda una historia que no era verdad, indudablemente.

—¿Es tuyo? —le pregunté.

—Claro —me dijo sonriendo.

Más nada. Unas cuantas palabras. No insultos. Más que eso, tuve ganas de prenderme de sus mechass ensortijadas, pero no lo hice.

Esa noche, luego del enfrentamiento, yo salí corriendo y tomé un taxi. Llegué justo cuando un bus salía para Caracas.

¡Qué dolor tan inmenso el que sentí! ¡Qué dolor y qué vergüenza!

Él llamó a Daniel para decirle que me fuera a buscar, y mi adorado hijo me estaba esperando en el terminal. Volví a Macuto destrozada, caí a la cama y siguió la historia.

La debacle. Imposible. Se cambió el mundo, de día es de noche, llueve del suelo al cielo, la vida es la muerte, todo cambió. Fueron días y semanas de locura. La verdad es que no sabía qué línea seguir, cómo buscar un nuevo orden. En medio de mi descontrol, salí huyendo para Puerto Rico, en un impulso por escapar a donde fuera.

A mi regreso, unos quince días después, en un intento por recuperar lo perdido, Eduardo y yo alquilamos un pequeño apartamento en la avenida La Salle, que unos amigos dejaban. Creo que tratábamos absurdamente de copiar el modelo agotado. Eran noches y noches sin dormir, entre llantos y encuentros apasionados. La pasión que había estado un poco adormecida surgió de nuevo con sorprendentes bríos. Pero el terror estaba siempre, antes que nada. Él juraba que ya había terminado todo... No era verdad, ya no se podían ocultar. No alcanzamos a estar un año en ese lugar, que era agradable.

Era 1982. El miedo en el estómago de saber lo sabido. Buscando sin querer, sin querer encontrar lo que se sabe se encontrará. Se volvía a ver claro y volvían los llantos, los juramentos, las promesas, y con ellos cierta falsa paz. Todo ese año fue de sufrimiento atroz. Ese año, que pudo ser hermoso, fue horrendo. Era el primero que vivíamos en Caracas, en nuestra casa. Yo vi mucho a mi hermana Lukó. Iba siempre a su casa a buscar consuelo. En ese entonces vivía su maravilloso compañero Mahfud.

Cerca de fin de año se hizo un acto de titiriteros en el Celcit. Ahí estuvimos todos. Mucha gente y la susodicha también, con su pelambre que llegué a odiar. En un momento hablamos las dos, y por algo que ella me dijo que habían estado en Ecuador ellos dos, me di cuenta de lo que ya sabía, y era que la cosa seguía. Hubo un careo, hablé con los dos. Él siempre mudo, ella descarada. Me volví al apartamento que había querido ser algo parecido a nuestra casa

anterior y no había sido posible. De él no me despedí. Mi hijo me vio ir y me dijo:

—¿Y toda la literatura que has leído donde esto se repite mil veces, no te sirve?

—No —le contesté, y me bajé de su carro.

Llegué al apartamento llorando siempre, repasé y vi todas las posibilidades de cerrar la pequeña cocina y abrir el gas. Habría engrosado así la lista de la familia suicida.

¡No, qué horrendo! ¡Voy a vivir! ¡Quiero vivir!

En medio de mi angustia busqué el teléfono que tenían en Roma mi hermano Pepe y Patricia, mi sobrina, cuñada y amiga entrañable, y les dije que quería irme con ellos. Patricia me dijo:

—¡Hace catorce años que te estoy esperando! ¡Vente!

¡Hasta hoy resuena en mi alma su voz llena de cariño!

No cabía duda de que lo mejor era tomar distancia. Ya había viajado muchas veces a Puerto Rico, de donde era mi gran amiga Ilia, hoy fallecida; pero no, eso era muy cerca, debía ser mucho más lejos, mucho más lejos. Océanos de por medio.

Ya no era la misma sensación del día cuando me enteré “por primera vez”. Ahora había además rabia y un cansancio que me tenía agotada. Reservé pasaje y hablé con Eduardo. Le dije que viniera. Preparé mil delicias. Era fin de año. Cuando llegó le dije:

—Mira, nosotros hemos vivido una vida demasiado hermosa para terminarla de esta forma tan espantosa, con llantos e insultos. Despidámonos como corresponde, y dile a la fulanita que no llame y que se quede en el molde, tranquila. Ya estarás para ella a tiempo completo. Ahora debe dejarnos en paz.

Y así fue. Estuvimos como diez días como en nuestras mejores épocas. Roni, mi yerno, nos prestó un *jeep*, o algo así. Salimos, paseamos, anduvimos por todos lados, nadie entendía nada, yo no entendía y seguramente él no entendía nada. Pasamos la última Navidad y Año Nuevo como si nada hubiera pasado. Fue una buena despedida, algo extraña, pero despedida al fin, y el 6 de enero del 83 partí a

buscar mi “curación” en el marco de la ciudad más bella del mundo: Roma.

Fuimos originales para estar juntos. Fuimos originales para formar una vida armónica, ordenada, increíble. Para separarnos, no. Fuera de la despedida que yo inventé, lo demás fue común. No fuimos originales, usamos todo lo que usan todos. Hubo llantos, gritos, súplicas, intentos o deseos de suicidio, espionaje, llamadas telefónicas furtivas, teléfonos que quedan mudos cuando sabemos que del otro lado hay una boca que se muere para no contestar ni tan siquiera el consabido aló. Fue igual a lo que vivieron, viven y vivirán todas las parejas que se separaron, que se separan y que se separarán.

Años después, cuando coincidí con Eduardo en un bus, me dijo que ella quería que yo la perdonara. Le dije que sí, y que se quedara en paz.

# Roma

Desperté en esa maravilla, en otro mundo. Todo era distinto y de una belleza tan particular... Bastaba caminar por cualquier lugar para que el alma se llenara de visiones incomparables. Mi hermano y Patito me trataban con mucha ternura; no así el niño de seis años, mexicano-italiano, Emiliano, el hijo de ellos, malcriado, ojos de asombro y pestañas asombradas. Algo se acostumbró a verme, aunque no entendía mi presencia. Le llevé un elenco de títeres, pero me dijo que no le gustaban y los *fondeamos* (descartamos). Ahora, después de casi treinta años, nos queremos mucho y es un ser muy dulce.

Me habían esperado en Fiumicino, la Patito y Julio, su hermano, quien estaba de visita en Roma y vivía en Madrid; en ese momento estaba casado con Rosa María. Pepe se había quedado pintando. Lo hacía todo el día y a toda hora. Conversamos de todo y les conté mi situación. Les mostré unos tapices que hacía por aquel entonces con lanas pegadas de la técnica huichol azteca, que no creo que les hayan gustado mucho, pero yo me sentía muy bien haciéndolos. Quería olvidar el pasado reciente, que además de doloroso, me tenía hastiada.

Yo me largaba a la calle a caminar. Me costaba creer lo que tenía ante mis ojos. Roma es un gran museo. Por trechos la modernidad quisiera tapar, pero al dar la vuelta a la esquina, te encuentras nuevamente con el arte en la calle. Los italianos son atentos y cariñosos. A

los pocos días *chamuyaba* el italiano, y me hacía entender, satisfecha y con una gran sonrisa:

—*Ma, lei parla benissimo l'italiano.*

Había ido desperdigada y muy perdida. Quería sentirme nuevamente yo y lo estaba consiguiendo.

La ciudad cada día tenía un nuevo color para mi admiración. Así y todo, había muchos momentos de honda tristeza. El despecho me lo alimentaba con un casete de Violeta Parra que Daniel me había mandado, y llorando lo escuchaba:

*Cómo se han ido volando ingrato  
las raudas horas del tiempo cruel.  
Hoy de ti lejos y en otro campo,  
y de ti, amigo, tan cerca ayer.*

Y pasaba mi *guayabo*, como dicen los colombianos. Hoy lo siento casi absurdo, pero en ese momento dolía, cómo dolía.

No podía tener un entorno más encantador. Surcando callejuelas y vericuetos, sintiéndome en un museo o algo irreal; a cada cierta distancia una sorpresa. En cada recodo, en cada rincón, una antigua hermosura de lo cotidiano. Caminé mucho esa ciudad incomparable. Creo que jamás caminé una ciudad como lo hice con Roma. Quizás no exista otro lugar en el mundo donde uno pueda curar las heridas de amor.

Todos los lugares pueden ser buenos o malos, estés donde estés deberás cumplir el ciclo necesario, el tiempo que hace falta para sanarse; aunque creo que hay casos que no sanan jamás. Yo creía fervientemente que ese sería el mío, pero no lo fue, afortunadamente.

Mi hermano pintaba y conversábamos mucho. Patito también pintaba y pinta maravillas. Mujeres castas desnudas, sin lujuria, entre los bosques, las nubes y los mares. Ellos dos tenían sin duda un entendimiento superior.

Ya habían transcurrido dos años desde el momento en que se había iniciado el drama; desencadenados los demonios, rugían enloquecidos. Creo que en estos casos sufre tanto la víctima como el victimario, es decir, el que produce la ruptura como el que ajeno totalmente se ve estremecido por algo inesperado y, por tal, mucho más difícil de manejar. Uno mira para todos lados, busca ayuda, busca apoyo, quiere huir y tiene miedo, y una gran vergüenza de sentirse desubicado y sin identidad.

Vuelvo a decirlo: Roma fue maravillosa. Hasta hace poco creía que era la ciudad más bella del mundo, pero conocí La Habana y también me enloqueció. Apenas me despertaba, me animaba saber que con traspasar la puerta de calle tendría la más bella vista de la ciudad-museo a mi disposición. Ya hacía un tiempo que estaba allí y una noche me tomé un delicioso helado. Por supuesto, al día siguiente amanecí con la garganta atroz, y fiebre. Hacía muchísimo frío. Estaba en la cama, bastante desganada. Patito había salido, Pepe no estaba y yo estaba sola, cuando apareció una amiga de ellos, Joan. Me dijo que venía para subir al piso 12 y lanzarse al espacio. Quería suicidarse. Como movida por un resorte me senté en la cama y le di una perorata acerca del suicidio, la vida y el amor, que tanto me habían vapuleado y, sin embargo, ahí estaba. No sé de dónde saqué fuerzas y la convencí. No se suicidó. En agradecimiento me consiguió un trabajito.

Joan era una norteamericana italianizada. Compraba baratísimo vestidos regionales usados en Polonia, Bulgaria y Rusia. Los mandaba a la tintorería y nosotras, las que trabajábamos ahí, debíamos plancharlos y arreglarlos. Yo no me sentía mal, me gustaba el trabajo; además, ganaba algo de dinero. Mi hermano Pepe había tenido una crisis de su úlcera y el dinero hacía falta. El negocio estaba en Campo di Fiore, un lugar de callecitas encantadoras donde para pasar de una calle a otra hay rejas y puertas. Todo es tan hermoso que parece una caja de sorpresas. Caminar una cuadra y encontrarse con un paisaje absolutamente distinto al anterior y bello también.

Creo que estuve unos veinte días con Joan. Una mañana llegué y me dijo que me pagaría por semana y no por día. Y al irme, sin más ni más, me botó. Nada me saca de la cabeza que la tal mujer era lesbiana, y las veces que se me acercaba y quería acariciarme yo me retiraba, y se hartó.

El ocho de marzo, Día Internacional de la Mujer, en la casa del Chile, Mujeres Chilenas en el Exilio, expusimos cuadros, cerámicas, y yo mis tapices. A los italianos les encantaban. Vendí muchísimos.

Fueron días lindos en la bella Roma. Mi hermano viajaba bastante a Suiza, donde tenía un buen mercado para los cuadros. Mandábamos a Emiliano al colegio y nosotras, luego de hacer todo, preparábamos sendas mesitas con manjares, muchas ensaladas y las llevábamos al cuarto.

Allí prendíamos el televisor y comíamos felices entre risas. Como a las cuatro y media retirábamos a Emil y nos íbamos a pasear a una plaza que había a una cuadra. Yo le preguntaba al niño:

—Emil, ¿qué comiste hoy?

—*Coniglio con patate fritte* —me contestaba, serio, con las pestañas tapándole los ojos.

Aún sentía dentro de mi alma el dolor y el terror que se me instalaba entre el estómago y el pecho cada vez que pensaba. Fue un tiempo largo. En una de esas habladas por teléfono con Eduardo, lloré. Lloramos y mi querido hermano me dijo:

—¿Quieres que venga?

—Sí —le dije.

Me dio el dinero del pasaje y se lo mandé. ¡No debí, no debimos! ¿Cómo no entender que ya todo estaba acabado? ¿Por qué seguir tratando de convencerse de que había algo donde no había?

Dijo que iría en mayo. Antes de mayo está abril, pero este abril era otro abril.

## Enrique y el paisaje blanco

Este abril comenzó con un Viernes Santo: yo no recuerdo otro Viernes Santo primero de abril. Eran como las tres de la tarde cuando sonó el teléfono. Un señor que llamaba de parte de mi hermana Lukó. Se llamaba Enrique. Mi hermano estaba a punto de dormirse su siestecita. El hombre llegó, de pronto lo vi, había timbrado y salí a abrirle. Le ayudé porque llevaba muchas cosas en las manos, nos reímos, me gustó. Era argentino, vivía en Venezuela y se iba a Trípoli. A mi hermano y a Patricia también les cayó bien. Él me perseguía por la casa, yo iba a la cocina y él se ponía al lado mío ahí, a charlar. Me preguntó:

—¿Lo viste a Gassman?

—¿Dónde está Gassman?

—En Roma, ¿dónde quieres que esté? Está presentando a Pirandello, *Così è (se vi pare) [Así es (si les parece)]*. Vamos —dijo él.

Salimos. ¡Qué teatro va a haber un Viernes Santo! Solo a dos ateos se les podía ocurrir. Él era un tipo muy simpático y brillante. Hablamos hasta avanzada la noche, reíamos con muchas ganas. Nos contamos nuestras vidas. Él estaba separado, con dos chicos y yo semiseparada, con dos grandes.

Fuimos a cenar. Comimos, es decir, él comió y yo lo contemplé. Cuando salimos del restaurant llovía despacito. Nos refugiamos en un pequeño paraguas que por costumbre siempre llevo en mi cartera. Cabíamos los dos. Él lo llevaba en su mano derecha, porque era más alto y con la izquierda me abrazaba. Era justo. Era necesario. Yo no lo podía creer totalmente. Me parecía representar un papel que había estado aguardando.

Me invitó a viajar con él a la provincia de Pescara. Quería conocer un *paese medievale*. Le dije a mi hermano, con un poco de vergüenza, que él me había invitado. Me dijo que me fuera y me fui. Esa noche santa de Viernes Santo, él se había quedado a dormir en nuestra casa y tuvimos nuestro encuentro que resultó muy gratificante y pleno.

Había tenido, como le dije, una “semivirginidad” de treinta años; pues había sido absolutamente fiel a un hombre. El sábado por la mañana, luego de haberme dado el beneplácito mi hermano, yo asomé la cabeza al cuarto donde él dormía, me miró asustado y yo le dije:

—¡Me voy contigo!

Preparamos un bolso con algunas cosas y partimos en tren, buscando aquel lugar milenario que había de cobijarnos. Todo estaba blanco, blanco fantasma. Partimos al Abruzzo. Nos quedamos en Sulmona. En el tren, nos fuimos cantando tangos. Los italianos nos escuchaban arrobados. Hacía frío, la nieve lo cubría todo. Nieve, nieve, nieve. Creo que toda esta blancura hacía que todo pareciera más irreal. ¿Cómo creer lo que estaba viviendo? Vimos increíbles desfiles de fieles, iban disfrazados en muchos colores de terciopelo. La Semana Santa en Italia es algo extraordinario y las comparsas o marchas de las figuras eclesiásticas son algo absolutamente teatral.

Yo ponía mis pies, que estaban dentro de unas botitas negras, entre sus piernas y me sentía transportada. El hecho de que fuera argentino y viviera en Venezuela nos acercaba mucho. Tenía un lenguaje especial, un entendimiento muy conocido. Conversamos durante todo el viaje. Yo jamás olvidaré todos esos paisajes fantasmales en los que nos habíamos sumergido. Siempre teníamos nuevas cosas para decirnos. Él seguía con gran interés todo lo que yo le contaba.

Luego de mucho preguntar llegamos a Sulmona. Fuimos directamente a un hotel de turismo, un palacio en medio de la nieve. Allí nos amamos. Cuando bajamos al comedor la gente nos miraba extrañada. Todo el mundo con ropa de invierno: chaquetas, sacos, *gamulanes* (abrigos forrados de pieles finas), enormes y elegantísimos. Yo estaba con una blusa blanca de algodón con volados y puntillas, y él con un saco beige de pana. La gente toda pensaba que éramos unos bichos raros, y eso éramos.

Al otro día, nos levantamos temprano y jugamos con la nieve. Anduvimos mucho y vimos muchas maravillas. Todo ese mundo

antiguo debía quedar en nuestras memorias. No teníamos cámaras fotográficas. Solo quedó grabado en mi mente.

El lunes volvimos a Roma y el martes lo acompañé al aeropuerto de Fiumicino. Él se iba a Trípoli. Me dio las liras italianas que le habían sobrado. Yo le dije:

—¿Me pagas?

Él se rio, sin contestarme. La noche anterior me había dicho:

—Si te divorciarás, ¿te casarías conmigo?

—No —le dije. Quedó mudo.

—No, no.

—¿Y por qué no?

Quizá porque estúpidamente pensaba que mi relación con Eduardo podría tener arreglo o que no era esa la pareja que debía elegir para mi vida futura. Volví muy triste a la casa, aun sabiendo que eso debía ser así. Nada más.

Aquel viaje con Enrique había durado tres días. Era abril, era un abril diferente a todos los abrils, un único abril donde habría de recuperar la confianza en mi pobre ser tan golpeado y pisoteado. Apenas lo vi supe que era él el indicado, el que me ayudaría a salir del hoyo en el que estaba pataleando. Además, como ya he dicho, era un tipo muy buenmozo, alto, barbinegro, delgado, el pelo no abundante, peinado hacia el costado, y dientes oscuros de tabaco, de cigarrillo matador. Justamente, Enrique murió por este humo asesino en 1992. Yo estaba en Chile. Desde allí le mandé una pequeña misiva, a veces nos escribíamos. Como supe después, él moría cuando yo le escribía. Él y este recuerdo de la Italia blanca, donde juntos estuvimos, los tengo en mi alma y los tendré mientras tenga memoria.

Esa misma noche, luego de la partida de Enrique, me llamó Eduardo. No hice sino llorar... Y esta vez, no era por él. Era por el otro.

A la semana siguiente nos fuimos mi hermano Pepe, Patricia, el niño y yo para Génova. Una ciudad rara, bella, pero un poco fría. Este viaje significó un cuento que escribí y fabulé y se llamó *Eleuterio endemoniado*, que a Marcos le encanta.

Creo que estuve una semana o menos y me volví sola a Roma. Ellos debían seguir. Además, había la posibilidad de que llegara Eduardo y debía esperarlo. Cuando llegué a Roma, y empecé a abrir la puerta, me asaltó un terrible olor a pescado descompuesto. Resulta que le habíamos dejado las llaves a Flavia, una amiga italiana para que le llevara la comida a la gata de Emiliano, a la que él llamaba Pollo Frito y yo, *Baronesa Mazzini*; nombre de la calle donde estaba el apartamento. Flavia le tuvo mucho miedo a la gata y durante una semana le lanzó la comida, casi siempre pescado, por el ventanuco que había en la puerta de la casa. Como pude y conteniendo la respiración, entré y me encerré en el dormitorio. Al otro día fue cuando limpié todo.

En Roma salí con un chileno que me rondaba. Fue para que me angustiara más. Me sentía disconforme conmigo, con la vida, con todo. Nunca había sabido cómo era sentirse así. Y llegó Eduardo. Lo fui a esperar y en el propio aeropuerto le conté todo. Por supuesto, se enfureció. Me dijo que a él le había costado un año y mucho más hacer lo que yo había hecho tan livianamente.

Volvíamos al hermoso apartamento de la Viale Mazzini. Creo que teníamos más costumbre de estar juntos que deseos de estarlo. No fue buena la relación de él con mi hermano, quien no podía pensar que se me hubiera traicionado a mí, la intocable.

En uno de nuestros paseos por la hermosa ciudad de Roma, Eduardo me dio a entender, muy solapadamente, que el teatro Tempo, con sus títeres y Coromoto incluida, podría actuar en Italia. Di tal alarido que se escuchó en la estratosfera. Gritando le dije:

—¡Nooo! Y escúchame una cosa: si yo llego a ver a Coromoto en Italia, ¡me tiro a la Metropolitana (Metro de Roma)!

Él se quedó callado y no se habló más.

## Madrid y el fin de Europa

Al poquito tiempo nos fuimos todos a Madrid. Los días pasados en Roma no fueron felices. Ya no podíamos serlo. En Madrid fue peor. Todos en un apartotel, sin dinero; era una situación angustiante. Se alivió cuando una amiga de Ana, la encantadora argentina Mónica, nos permitió dormir en el taller de cerámica que tenía en la estación de Noviciado, en pleno centro de la ciudad. Allí debíamos llegar después de las siete de la tarde, cuando todos se habían ido, y dejar el lugar al alba, antes de que llegara alguien, quedando todo en perfecto orden, como que “aquí no ha pasado nada”.

Al menos allí estábamos tranquilos. De día íbamos a lo de mi sobrino Julio, gran pintor y muy querido por mí, quien vivía en Madrid con su esposa de ese momento, Rosa María y el pequeño Luciano, a quien no había visto desde que era un bebé de meses; hasta que, en uno de nuestros viajes veraniegos a Chile, lo encontré convertido en un doncel encantador con un futuro promisorio en el ramo hotelero, y muy cerca de su padre.

A los dos meses de estar allí, Eduardo se volvió a Venezuela, alarmado por rumores sobre un posible casamiento de Coromoto. Mi situación era muy diferente, estaba tranquila. Creo que sentí un gran alivio, aun sabiendo que se iría a los brazos de la otra. Ya no me importaba tanto lo que pasara. Me había trasladado a la casa de una

amiga peruana que tenía allá, Gladys se llamaba. Ella, su esposo y sus dos hijas vivían en Boadilla del Monte. Fueron muy buenos conmigo. Yo viajaba todos los días a la capital y en la noche regresaba.

Mi hermano alquiló en Madrid un apartamento detrás de El Corte Inglés. Lo arreglamos muy lindo. El dueño le dijo a Pepe que podía sacar lo que quisiera del sótano y le dio la llave. Yo creo que fui una sola vez, luego tuve miedo de que se me cruzara un ratón, que me aterran. Sin embargo, saqué una máquina de coser, que la puse a andar. Habíamos colectado unas cortinas de buen terciopelo, algo desteñidas. Lavamos todo, teñimos algunas telas y fabriqué unos lindos cojines. Todo esto y los hermosos cuadros de Pepe y Patito hicieron del lugar un edén.

Con todo, el último tiempo en Madrid no lo pasé mal. Esa bendita ciudad en verano es un infierno, el calor es seco y te asfixia. Salía a plena siesta a ofrecer los tapices por las tiendas, y vendía. No demasiado, pero vendía.

Había inventado ir los domingos al Parque del Retiro. Íbamos varios amigos y comíamos allí, cada uno llevaba algo. Tomábamos vino y nos reíamos. Era muy lindo. A todo esto, yo esperaba el pasaje de regreso a Venezuela, también, sin ningún apuro.

Pasaron dos meses tranquilos. Estaba mucho tiempo con mi sobrina Patito, quien es mi otro yo. Nos amamos y entendemos muy bien de toda la vida. En realidad, yo no sé por qué seguía pensando que algo haría que Eduardo y yo volviéramos a ser como habíamos sido. Tenía una leve esperanza de que pudiéramos arreglar nuestra vida juntos. Esta era mi mentira, alimentada por sus cartas, pues yo bien sabía que ya jamás podríamos recuperar la antigua y perdida armónica relación.

Unos días antes de viajar a Venezuela, se cayó un avión de Iberia en Mejorada del Campo. En él viajaban los escritores Ángel Rama y Marta Traba. Los vuelos se atrasaron, yo esperaba en Madrid, el de nosotros no salió. Nos alojaron en un estupendo hotel. El 5 de

diciembre del 84 regresé. Llorando, me despedí de mi hermano Pepe y de Emiliano. Al aeropuerto fueron a dejarme Patito y Abel, mi amigo, que tras su resfriado podía disimular una que otra lagrimita. Había estado varias veces en Madrid, pero luego de esa vez no volví más.

## Un amigo nada tosco

A mi regreso, con Eduardo nos encontramos como miles de veces nos habíamos encontrado en la vida. Yo tenía miedo. Sentía que había un sonidito que no se oía. La susodicha estaba en Chile. ¡Por qué! Él la había mandado allá para que no estuviera al llegar yo. Pasamos algún tiempo regular, siempre presente el problema y los ajustes de cuentas.

La casa de Ana y Roni en Valencia estaba a nuestra disposición, porque ellos habían viajado a España. Veíamos amigos, salíamos. La verdad es que no tengo un recuerdo claro de lo que fueron esos cuatro meses de mi regreso. Yo no me sentía bien, pues volvía a estar inquieta y aterrada. Me vine a vivir a Caracas, a la casa de un amigo que estaba por volver a Argentina, Carlos Tosco, Carlitos, padre de mi querida y bella nieta adoptiva, Celeste, a quien amo entrañablemente. En febrero de 2013 Marcos y yo pudimos verla en Córdoba, Argentina, en su flamante apartamento otorgado por el Gobierno, por haber nacido en la cárcel en tiempos de la dictadura.

Con Carlitos viví unos meses. Teníamos una linda amistad. Él se había separado de Susana y alquilaba un apartamento en el Paseo Anauro, donde generosamente me ofreció una habitación, ya que antes de un año él se volvería a Argentina. En ese tiempo yo trabajaba con unas amigas, quienes al final se portaron muy mal. Cosía y me pagaban un sueldito miserable, que pese a todo me aliviaba.

En la mañana, muy temprano, salíamos los dos; cada quien a su trabajo. Cuando me duchaba había visto un charquito de champú que se había roto, y lo ponía al revés; al otro día la misma historia, y así sucesivamente durante varios días. Siempre que volvía en la noche, Carlos y sus amigos estaban recostados en cojines en el *living*, escuchando música, charlando y fumando cigarrillos y otras sustancias. Yo pasaba saludando y me iba directamente a mi habitación. Varias veces me habían invitado, pero nunca acepté. Una de esas noches, cuando ya me había acostado, me acordé del champú y salí rauda hacia el lugar donde se encontraban, me paré en la puerta y grité:

—El champú lo pongo patas arriba porque está roto y se sale.

Al otro día, Carlos me contó que los amigos, espantados, le habían preguntado:

—¿Está fumada?

—¡No, nació fumada!

Corría el año 84. En ese tiempo volví a ver a Enrique. Estuvimos juntos algunas veces, infelizmente, pero no, eso debió olvidarse en los niveos paisajes italianos. Yo no quería una relación así, hasta que un día dije: no más.

Por un tiempo no nos vimos, pero luego, antes de irse él a Argentina, fuimos muy amigos. Le hice los paquetes con sus libros, que se llevaba de vuelta. Pasé tardes con él trabajando los dos, hasta que se fue. Había estado enfermo con una angina de pecho que se le había declarado por el cigarrillo... y seguía fumando. Se fue y le dije adiós. Yo hacía miles de cosas. Ya Carlitos se había ido también y yo me había mudado a lo de Ilia, mi amiga del alma, quien vivía en Parque Central.

## **Fin de la historia**

En casa de Ilia me enteré, por un amigo común, que habían estado los dos, Eduardo y la mujercita, en un lugar y no necesité más. El

agotamiento ya me salía por los poros. Esta vez sí estaba decidida. Eran casi tres largos años de “sies y noes”.

Fue un 20 de mayo, Día de las Madres, domingo para más datos. Lo llamé y le dije que ya estaba todo terminado. Me dijo que quería hablar conmigo por última vez, que había algo importante que nunca me había dicho. Me fui a Valencia y allá apareció con nuevas y repetidas historias que no hacían sino emporcar más todo. Nos despedimos entre besos y llantos. Esta vez sí nos despedimos. Había sido ese domingo uno de los días más nefastos de mi vida. Cuando partía para Valencia, donde debíamos encontrarnos para despedirnos, mi querida Ilia me regaló una paellera. ¿Para qué paellera, si yo no tenía casa, ni cocina ni marido ni nada? Pero partí con la caja, que la dejé en Valencia.

Esta vez sí fue una despedida de verdad, y verdad el desgarramiento que los dos estábamos sintiendo. Ya no había que buscar más verdades. La historia había pasado a otra etapa. Me sentía por fin liberada de la presión, buscando la verdad que estaba tan poco clara o que en realidad no existía, o que al fin eran muchas verdades que no coincidían, o que eran solo mentiras.

Yo estaba irremediablemente triste, aun con el alivio de lo hecho. Empecé a sentirme como si hubiera perdido un ser querido, arrebatado por la muerte, y lo llorara. Duele, pero ahí está, en pasado.

Con recuerdos empecé a rehacerme, a buscarme. Ver, o tratar de ver, qué ha quedado de nosotros y cómo vamos a seguir. Sentir nuevas y renovadas fuerzas.

Mis hijos y mis nietos eran mis nuevas fuerzas. Me quedé un tiempo en Valencia, luego preparé mis maletas y me fui a Ecuador a ver a mi hermana menor y su gente. Durante todo ese año vi a mi hermana Lukó y a mi cuñado Mahfud. Mi hermana me recibía siempre con el mismo amor. Todos estaban estupefactos. No podían entender lo que me estaba pasando. Habían querido tanto a Eduardo y nuestra unión les había parecido siempre indestructible. Sin embargo, era otra nave que se iba a pique.

La verdad es que yo, día a día, iba adquiriendo una nueva fortaleza. Empezaba hasta a disfrutar de esa libertad que jamás había tenido. Lo que pasaba, además, es que yo no había tenido adolescencia, o si la había tenido fue muy corta y a la antigua, donde solo las miradas eran posibles. De niña pasé a mujer casada. No pude flirtear, noviar o coquetear; todo ese juego para mí fue vedado, ya que a los quince años estaba casada y a los dieciséis tenía a mi hija; y a los dieciocho, divorciada y nuevamente casada. Sin duda, me había saltado una etapa importante en la vida de una mujer.

# Quito

Luego de ir del timbo al tambo, y deseosa de tomar distancia nuevamente, mirando otros paisajes, armé mi viaje a Ecuador. Aparecí en Quito. Aún estaba mi querido Carlos, esposo de mi hermana Flor. Contentos de vernos, recuerdo las charlas interminables. Tengo en mi memoria chispazos de esos momentos vividos.

Quito es bellissimo, ellos tenían mucho cariño para mí y yo para ellos. Creo que soy ante todo un ser urbano, citadino, y la verdad es que no encontraba mucho que hacer. No estaba con mis cosas. Jamás me he aburrido, no sé conjugar ese verbo en mí, los días siempre me parecen cortos para todo lo que he planificado. Y descubrí la cinemateca. Mi sobrino Pablo me regaló unas entradas y empecé a ir.

—¿De nuevo vas al cine, Laurita? ¿Pero no fuiste ayer? —me decía extrañada mi hermana.

Los dos hijos de Flor, Pablo Alejandro y Mónica se habían casado. Pablo tenía una niña, Valeria, y se dedicaba a la publicidad con su esposa, chilena, Koeki. Mónica acababa de graduarse de antropóloga y su esposo ecuatoriano, Rodrigo González. No tenían hijos todavía. Años después tuvieron a Martín, y luego la pareja se separó. Con ellos no tengo una relación de ninguna índole, pese a que los tuve cerca desde que nacieron. No contestan mis cartas y no se comunican. A Pablito lo he visto algunas veces, y a Mónica no la veía desde hacía más de veinticinco años. A comienzos de 2013 en

pleno verano, Marcos y yo la vimos en Chile, reponiéndose de una época nefasta de adicciones y depresión, impelida muchas veces por la enfermedad de su madre, mi hermana Flor. Allá no ha podido encontrar su lugar, ni con el trabajo, ni con la familia. Su hijo Martín, quien vive en Francia, matemático y concertista de piano, está tratando de que viva con él.

Pasamos las fiestas de fin de año con los familiares de Rodrigo, en Quito. Conversé con Flor y salimos muchas veces juntas. Luego me trasladé a Bogotá.

# La Milonga

En Bogotá me esperaba mi querida amiga Martha Bonilla. Ya habíamos hablado por teléfono. Ella y sus hijas, Patricia y Susana, adorables mujeres a quienes quiero mucho, como al esposo de Pati, Horacio, mi *ñaño* (hermano en quechua). Allí estuve mucho más tiempo.

Me quedaba en casa de Martha, de siete niveles, donde nacieron los cuentos de Kronos, Bermúdez y otros perros de mis historias perrunas. Ella y Mario, su marido, me acogieron generosamente. Yo trabajaba en el colegio de Martha, Juan Ramón Jiménez, donde impartía clases de títeres para niños y adultos. Viajaba todos los días allí y volvía en la noche; excepto el viernes cuando me iba a Chía, donde Patricia y Horacio tenían un lugar mágico que se llamaba La Milonga. Allí se bebía, se comían ricos asados, se bailaba, se cantaba; y uno podía pasar un rato amigablemente. Y el café en ese cántaro de barro, tan perfumado con hojas de naranja, canela y amor.

Allí pasé con mis amigos momentos inolvidables, hasta un amor tuve con un chico que me contagió su juventud. Todo era tan agradable y tan suave, sin presiones de ningún tipo. Dejaba correr mi vida y yo junto a ella, sin involucrarme demasiado. Yo ayudaba cantando tangos y bailando cuecas. Había otra chilena que tocaba la guitarra y nos complementábamos de lo mejor. Esto sucedía viernes y sábado. Yo no he sido, y menos soy ahora, enamorada de la noche

para divertirme. Soy un ser diurno. Sin embargo, era tan entretenido, lo pasábamos tan bien; ayudaba el aguardiente dulcito, con ese dejo de anís tan especial.

Por esos días yo dormía muy poco. Cuando volvía a casa de mis amigos daba vueltas y vueltas y apenas comenzaba a aclarar, ya estaba levantada lavando en la alberca, con el agua fría tan agradable. Antes de tocarla, aun con la luz de la luna, se veían las florecitas blancas caídas de los árboles que flotaban y brillaban.

¡Qué descanso para mi alma, que había sido atacada por todos los flancos! Yo me iba sintiendo cada vez mejor y más segura. Aun así, me parecía estar representando un papel que no me había sido asignado y que a la postre, no sabía muy bien representar, ese nuevo estado como de soltera. Había sido a los quince años mujer casada y ahora disponía de mi vida y de mi tiempo como me daba la gana. Era para mí inédito y agradable.



Con sombrero

Creo que en algunos momentos sentí el vacío o falta del otro que por tantos y tantos años fue el nosotros. Había estado tan acostumbrada a saber de su existencia que, aunque estuviera viajando, siempre estaba.

¡Qué amiga me sentía de toda esa gente! ¡Qué cómodamente lo mío estaba en lo de ellos!

Mi idilio terminó como empezó: sorpresivamente. Había sido solo un estampido, o quizás una melodía, y el joven y bello doncel se alejó casi sin sentirlo. Me despedí de mis amigos y regresé. Mi querida Iliá me había llamado diciéndome que habían pasado cosas horribles en su matrimonio y clamaba mi presencia.

—Vente —me dijo—. ¿Qué haces ahí? Yo también me separo y viviremos de lo mejor las dos. ¡Ya no pienses más!

Y no pensé más. Hice mis maletas y chao. Regresé al que ya era mi país: Venezuela.

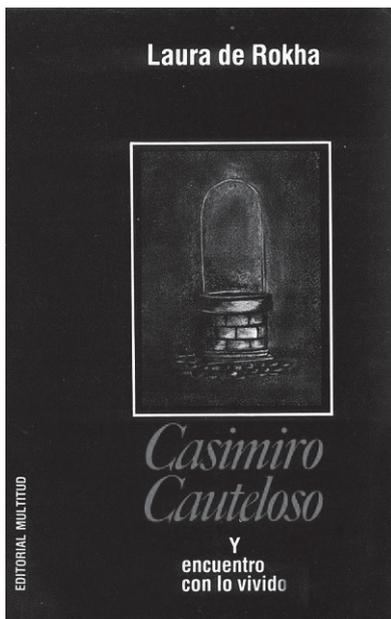
## Nuevos bríos

Ya en Caracas, al poco tiempo, creé mis primeros muñecos. Había empezado a escribir en Colombia y traía varios relatos y muchas ideas. Hice un muñeco para una amiga y otro para Ilia, y así comencé. Siempre tuve gente que los quiso. Era el año 86 cuando empecé realmente a trabajar con los títeres. Cada vez que hacía uno me gustaba más que el anterior, y mis relatos habían sido agrupados en mi primer libro, que titulé: *Casimiro Cauteloso*.

En Caracas llevábamos una linda vida Ilia y yo. Me iba los fines de semana a Valencia, donde estaban y están mis hijos, mis nietos y mis bisnietos ahora. El domingo me venía muy temprano y nos íbamos las dos de paseo. Generalmente ella me esperaba con algún extraño plato que había preparado o salíamos a comer en algún sitio. Íbamos al cine, al teatro o a visitar amigos. Siempre teníamos un programa interesante para hacer. Siempre tuve cerca muchos hombres que me rodeaban. Volví a ver a Enrique. Pedro, tan interesante, hombre de mucha cultura y gran dibujante uruguayo, pero demasiado complicado, como suelen ser los charrúas. Julio, gran poeta argentino, bello hombre.

A mis dos buenas amigas, Ilia y Miriam Armengol, les había dado por consultar la *ouija*. Todas las noches se ponían con una copa a saber cosas no sabidas. Yo no, porque no me gustaba. No obstante, ellas me llamaban porque debían ser tres personas. Pero hete aquí

que al cabo de unas cuantas noches empecé a sufrir unos dolores de cabeza espantosos y entonces les dije que no contaran más conmigo para esos menesteres. Lo dejaron. A los pocos días vi que Ilia embalaba la *ouija* para mandarla a Brasil, a una amiga que tenía por allá.



Libro *Casimiro Cauteloso*, publicado en el año 1987. Esta obra fue prologada por Ludovico Silva y se lo dediqué a Alberto Burnichón, guerrillero argentino del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP).

## Marcos: el Tercer Hombre

En esas idas y venidas, fui con un amigo poeta a la librería del Ateneo de Caracas, donde se iba a realizar el bautizo de un libro de Salvador Garmendia. No se hizo, pero ahí apareció el que sería para mí el Tercer Hombre.

Fue una hermosa historia de película. Yo lo había conocido al año siguiente de llegar al país. Lo vi en su terruño, San Felipe. Habíamos ido con Eduardo a trabajar allí. Mientras él armaba el teatro, me dijo que me quedara en el parque donde íbamos a actuar. Con el fondo verde y agreste de ese lugar maravilloso, Marcos y yo nos pusimos a charlar. Nos contamos nuestras vidas y nos sentimos muy bien juntos. En eso estábamos cuando él hizo un movimiento brusco y se le rompió el pantalón, en la entrepierna. Tan cuidadoso como es, se sintió morir.

—Y ahora qué hago —me dijo con terror.

—Date vuelta —le dije sin inmutarme, y saqué de mi cartera un frasquito que siempre llevo conmigo, es decir, que llevé durante cuarenta años en mis carteras. Hace un tiempo me lo robaron y ahora tengo otro. Con una aguja con hilo en la mano, soy dueña de la situación, como un espadachín con su espada. Lo hice inclinarse y le cosí el pantalón. Él quedó feliz. Pasó un tiempo, más de diez años. Al principio Daniel me decía:

—Vieja, en San Felipe hay un tipo que me vuelve loco preguntándome por vos.

Esa tarde, al vernos, no nos reconocimos ni él ni yo. Luego de las presentaciones, hablamos. Como cada uno estaba acompañado, nos miramos a la distancia. Me gustó, eso sí, y yo a él. Ya al despedirnos y darle mi nombre, caímos en el recuerdo que ambos teníamos.

En los próximos días yo iba a bautizar mi primer libro. Estábamos anotando nuestros teléfonos y él escuchó: Laura. Se quedó estático.

—¿Qué tienes que ver tú con Laura la chilena? —dijo sorprendido.

—Yo soy Laura la chilena.

—¿Y —haciendo un movimiento con las manos, simulando a un títere— con Laura la titiritera?

—Yo soy Laura la titiritera.

Gran abrazo envolvente de los dos cuerpos. Abrazo de recuerdos truncos, de ganas de abrazar postergadas. Nos abrazamos dándonos el alma.

Al comienzo no entendí bien. Sentía algo como una necesidad de volverlo a ver, sin explicación. Estuve pensando en él esos dos días y al subsiguiente lo llamé. No lo encontré. Quedé triste y desconsolada. Pero al tercer día, tempranito, me llamó. Para ese entonces yo trabajaba en una tienda de muebles para niños; hermosos muebles, pero no entraba nadie. Esta mueblería, Kiska, estaba en el sótano de Parque Central. Los diseñaba una querida y lejana amiga arquitecta, Miriam, la misma de la *ouija*; muy talentosa y de un gusto exquisito. No volví a saber de ella. Bastante inconstante, mi querida amiga.

Esa mañana no alcancé a ponerme triste, apenas entré al local y prendí las luces, sonó el teléfono. Era él. Lamentaba no haber estado el día anterior cuando lo llamé, porque ese día sí había sido el bautizo del libro.

—Bueno —me dijo—, no será el bautizo, pero hay cines, teatros, plazas y parques...

Me gustó. Su forma toda de decirlo, era mi forma. Como a mí me gustaba. Nos vimos en una fuente de soda que hay en el mismo

Parque Central. Hablamos mucho, nos contamos todo desde el momento en que habíamos suspendido nuestra charla diez años antes. El calor de sus manos era un calor tan esperado y tan conocido, tan amigo y tan amado. Y la charla terminó con un beso de despedida con los labios tan apenas y tan hermoso.

Mi bella amiga Thaís me regaló dos entradas para la obra *Chúo Gil*, con Flor Núñez, en el teatro Teresa Carreño. Al volver, creímos ser dueños de un oasis. Todo el pedazo de mundo que nos rodeaba era absolutamente nuestro y necesario. La alfombra de piel blanca de mi amiga Ilia fue el mar y la arena donde nuestros cuerpos rodaron en una coreografía acorde y aprendida. Totalmente apropiada a nuestros deseos.

Luego de esa primera noche hubo muchas noches, muchos momentos maravillosos. Hubo también desencuentros y nuevos encuentros.

Thaís, amiga del alma, ¡qué bien manejaste el arco, baronesa! ¡Qué certera fue tu flecha! Te consagraste como “Cupida”.

Empezamos a vernos todos los días y todas las noches. Después de nuestros apasionados encuentros, cuando se iba hacia su pequeño hábitat ubicado de Pilita a Cárcel, en la parroquia Santa Teresa, el centro de Caracas, donde alquilaba una habitación, la culpa me devoraba. Me quedaba preocupada sabiendo que si algo le sucedía yo no tenía cómo enterarme, y en ese tiempo no existían los celulares. Sin embargo, nos sentíamos bien. Nos amábamos y vivíamos con ansias locas nuestros momentos. Así pasamos dos años. Él estaba separado y tenía el compromiso de sus dos hijos.

Marcos estaba, y esperaba quizás que yo apareciera libre para así continuar nuestra vida juntos. Los dos habíamos hecho cosas extrañas a nosotros mismos para así poder asistir a la cita atrasada, sin saber ninguno de los dos la fecha, la hora ni el lugar del encuentro, pero convencidos de que ahí debíamos estar por algo impostergable. Hemos permanecido treinta años juntos, en este camino que por tiempos se ha vuelto difícil, y así seguiremos a la espera de lo que nos tenga reservado el destino.



Con Marcos

Bailarín maravilloso, hacíamos muy buena pareja, también en el baile. *El Fred Astaire tropical*, como le diría una vez mi yerno, quien no baila nada.

Durante estos años, que son muchos, he hecho muchísimas cosas. Ya había empezado a escribir relatos en Colombia, durante el 85 y 86, justo el año cuando lo reencontré. En todo este tiempo escribí cuentos, pequeñas novelas, cuentos para niños, obras para títeres y una pieza de teatro. He publicado seis libros. De manera simultánea me he dedicado a crear mis personajes. Mis muñecos, que ya tienen un sitio en el campo cultural de esta ciudad, de este país. Yo jamás pensé que pudiera llegar el día en que desearía trabajar y recrear nuevos y antiguos seres que en la vida me han conmovido, cuyas figuras y personalidades me atraen, y siento el deseo de revivirlos.

La presencia de Marcos me ha acompañado durante treinta años, de los cuales veintiocho hemos convivido. Hace ocho legalizamos nuestra unión. Al principio con problemas económicos, agravados por el hecho de que sus dos hijos, apenas terminada la escuela secundaria, se vinieron a la capital. Hice lo que pude por ellos. Son también parte de mi vida, pero indudablemente ya los años no me

permiten y se me hace muy difícil ocuparme de jóvenes con su forma tan especial de vivir.



Junto a Marcos en el bautizo del libro *Casimiro Cauteloso*. Año 1987

Al principio hubo dudas en nuestra relación, casi siempre de su parte. No sé bien cuáles eran sus temores. Yo no los tuve. Me jacto de tener un basamento emocional a prueba de balas, y esto me hace sentir muy segura. Eso fue durante los primeros años. Luego seguimos nuestra relación sobre ruedas, solidificándose día a día. Nuestra vida ha sido hermosa. Siempre hemos tenido de ambas partes gran comprensión y ternura.

Creo que luego de nuestro segundo encuentro y, a pesar de no estar completamente seguros, cada uno, de que ese era el momento decisivo y que terminaríamos nuestra vida juntos, yo no lo dudé, no lo podía dudar. Cada cosa de la vida, si uno se detiene a pensarlo, tiene una gran carga de asombro. Y ese momento nuestro fue tan pactado, quién sabe cuándo, dónde y por quiénes. Lo hemos contado muchas veces, y cada vez nos parece más increíble.

## Ilia

En el año 88, Eduardo, más que vendió, regaló nuestros apartamentos en Córdoba. A decir verdad, los abogados y las contribuciones no canceladas hicieron gran parte del trabajo. Finalizado todos los trámites, Eduardo me dio lo poco que había quedado. Cuando tuve ese dinerito en mis manos, busqué y en poco tiempo conseguí el que ha de ser mi último refugio, el de La Candelaria. Sin embargo, cuando le dije a mi amiga Ilia que me iría, puso el grito en el cielo:

—Pero, ¿por qué te vas a ir? ¿Qué te hice yo? —dijo compungida.

—Nada, quiero estar con Marcos —dije tajante.

Allí no argumentó nada, sin embargo, quedó confundida. Me dijo luego que los amigos le preguntaban:

—¿Qué diablos le hiciste para que ella se quiera ir, si se quieren tanto y se llevan tan bien?

Habíamos convivido durante casi dos años amistosamente. Nos entendíamos muy bien las dos. ¿Qué podía pasar para que quisiera irme? Ella tenía sus amigos y yo los míos. Algunos eran de ambas. Compartíamos la casa con Diego, un joven actor argentino.

Ilia no estuvo mucho tiempo sola. Enseguida se fue a vivir Erick con ella, y antes de los dos años mi amiga había desaparecido. Fue una muerte muy cruel, y ella tenía apenas cuarenta y cinco años.

No sé. Creo que lo sucedido en el apartamento de al lado, donde vivía una pareja argentina, precipitó su tragedia. Allí ocurrió algo

muy extraño. Siempre nos preguntábamos cómo subsistían, porque ninguno de los dos trabajaba, y tenían un niño de unos seis años. Yo conversaba a veces con ellos. Me gustaba más su mujer. Un poquito antes de que me mudara, ella se fue a su tierra. En esos días Ilia me dijo que Rubén, que así se llamaba el vecino, le había regalado una jaula con unos pájaros horribles, pero que le gustaban mucho a Haroon, el pequeño de tres años de Erick. Una mañana me llamó Rosita, un ángel colombiano que nos iba a ayudar en la casa, para decirme que no podía pasar por el apartamento de Rubén por el olor nauseabundo que salía de allí; debía ir con un limón, raspándolo junto a la nariz, porque no se soportaba. Le dije que avisara al condominio sin pérdida de tiempo. Abrieron y encontraron al dueño del apartamento muerto, ya de varios días, y atravesado en el sillón. Rubén había desaparecido.

Ilia me llamó como el miércoles.

—¿Estás sentada? Rubén mató al dueño de su casa.

Fue una de las últimas veces que hablé con ella. Desde ese día empecé a sufrir un dolor de cabeza terrible.

El jueves, cuando hablamos, me dijo que la aterraba tener los pájaros que el vecino le había regalado. Tenía miedo de que al saber la policía que los pájaros estaban en su casa, la asociaran con el asesino, quien ya había puesto los pies en polvorosa y se había rajado de vuelta a Argentina. Se dijo que al parecer se trataba de un caso de drogas.

Ilia siguió con la terrible jaqueca. Yo viajé a Valencia y volví el domingo. Diego me dijo que ella no había querido ir al médico; pero cuando el dolor ya se hacía insoportable, la trasladó en una ambulancia de los bomberos al Hospital de Clínicas Caracas, donde el lunes al mediodía murió por un aneurisma. Dijeron que eso lo tenía desde siempre. Fue una gran pérdida. Nos habíamos conocido a poco de llegar nosotros al país. En ese tiempo estaba casada con Luis Molina, un manchego que fundó el Celcit. Compartimos tantas cosas. Viajamos varias veces a Puerto Rico, de donde era ella, y a Margarita.

La madre de Ilia, Paquita, me quiso mucho también. Yo había ido a refugiarme en su casa cuando mi matrimonio amenazaba con desplomarse... Eso creía yo... la verdad es que ya estaba desplomado. Luego de la muerte de su hija, vino varias veces, y nos invitó a Puerto Rico.

Heredé casi toda la ropa de Ilia, mucha se la había hecho yo misma, y gran parte de los adornos de la casa. Paquita vendió el apartamento de Parque Central y el dinero que le dieron lo entregó a un ancianato para mudarse allí. No había podido soportar al marido, Tavo, al hijo, Tavito; y al nieto, Tavitito; quienes vivían con ella. El trabajo era enorme y el nieto hacía subir las cuentas del teléfono, llamando a las líneas calientes. Cuando la nieta le dijo que se casaría y que también se iría a vivir con ella, aterrada se fue de la casa. No hace mucho tiempo supe por Rosa que Paquita se había muerto. La sentí. Nos queríamos enormemente, y la desaparición de Ilia nos había unido mucho a las dos.

## La muerte agazapada

Volví a Chile en el 93. Fui sola. No había posibilidad de ir con Marcos. Fui a despedirme, sin saberlo, de mi querido hermano Pepe, el pintor, quien vivía aún y moriría al año siguiente. Yo lo vi divinamente bien, charlamos de todo, pero “la muerte agazapada marcaba su compás”.

Para tratar de salvar a mi querido Pepe se hizo de todo. Lo llevaron a Buenos Aires, donde le pusieron un aparato siniestro en la cabeza con unos fierros medio enterrados en cuatro partes, que no sirvió sino para hacerlo sufrir y gastar veinte mil dólares. Al año siguiente de yo haber estado allí, murió.

Nunca estuve con mis muertos, solo mi madre. ¡Qué ironía tan macabra! El único muerto de mi familia que yo vi fue mi madre. Siempre estuve lejos cuando mi familia fue desapareciendo.

Ese año también pude disfrutar de la compañía de mi hermana Lukó y de Juanita. Siempre que voy me da cosas que junta para mí. Es dulce, delicada y muy cariñosa. Lukó no había superado la muerte de su compañero, Mahfud, pero seguía pintando y trabajaba *de rokkianamente*. Fue como en 1991, cuando una mañana leyendo los periódicos, le sobrevino un ACV (accidente cerebrovascular). Se torció su bello rostro. Se le hizo tratamiento y mejoró, pero ya no volvió a ser el mismo. A los pocos meses, murió. Mi hermana quedó demasiado viuda. Antes de los dos años, se volvió a Chile con el

resto de la familia. También el cuerpo de Mahfud está allí. Lo llevaron y muerto volvió a su país. No debió ser así, porque él me dijo, muchas veces, que amaba tanto a Venezuela que quería que lo enterraran en esta tierra. Pero el atavismo de llevar flores a los muertos es muy fuerte. No creo en eso, pero a él se lo llevaron de vuelta.

En ese viaje estuve casi un mes y la verdad es que antes de los diez días quería volverme. Extrañaba demasiado a Marcos.

Con Patito nos fuimos en bus a Argentina. Quería ver a mi nieta Greta, la hija mayor de Daniel, quien para ese entonces tenía como quince años. Hicimos el viaje con alegría; incómodas pero contentas. Nos reímos como locas. Cada cosa que hemos hecho juntas en la vida ha sido con entusiasmo y felicidad. Vi a mi nieta, a los familiares de Eduardo que también son los míos, a mis amigos, y nos alojamos en casa de los padres de Roni, mi yerno, esposo de Ana, quienes fueron tan generosos y estupendos con nosotras dos. Los encantadores Nelly y Milke, desafortunadamente desaparecidos.



Con mis títeres

Y regresamos a Chile. Yo me alojaba en un apartamento de Juan Carlos Stuparich, que estaba desocupado y en venta. Ahí me sentí muy bien, hasta que se fue a vivir un yanqui que jorobó bastante. Era como un amigo de la Pato y les iba a pagar muy bien. Al fin supe que no les pagó un centavo, y yo me lo tuve que calar. Poco antes de venirme les mandé una carta a Marcos y otra a Enrique. Al llegar aquí me enteré de que Enrique había muerto y que mi carta le llegó cuando él no podía leerla. Sin saberlo, le había escrito a un muerto.



Con los Marcos. A la izquierda, Marcos Antonio, y  
a la derecha, Marcos Ernesto

## Una familia “enmarcada”

Los hijos de Marcos ya son hombres. Uno se fue a Alemania y el otro es abogado, Marco Antonio, quien comparte su profesión con la de actor del género humorístico *Stand up Comedy*, para el cual indudablemente tiene gran talento. El alemán, como le decimos a Marcos Ernesto, se desenvuelve con gran soltura en Alemania y domina su idioma como un nativo; y así siguen el inglés, francés, italiano; y algo de ruso, polaco, turco y portugués. Es un políglota autodidacta y todo esto le ha sido relativamente fácil, porque tiene una memoria de elefante y recuerda cada cosa que le pude haber dicho. Ambos imitan los acentos de las personas provenientes de todo el mundo y lo hacen en forma genial. Son excelentes. Hemos pasado momentos muy agradables con poesías y fábulas que les enseñaba cuando eran niños; en otros, me han hecho rabiar a montones.

Con respecto a sus nombres, un día llamó una muchacha requiriendo a Marcos. Entonces, yo le dije:

—Tienes que aclararme a cuál de ellos te refieres, pues aquí todos nos llamamos Marcos: Marcos, el mayor; luego Marcos Ernesto, Marco Antonio y hasta yo, que me llamo Laura Marcas.

Siempre, y desde que eran pequeños, se rieron mucho los chicos de Marcos con mis historias. Marcos Ernesto tiene una lista en la mente y cuando estamos con gente me dice: “¡Cuenta aquello de...!”, y se ríe a gritos.

Los dos se acuerdan de todo lo que dije en una y otra circunstancia. Cuando eran niños y empezamos a exponer en un stand de la Feria Navideña del Ateneo, ambos esperaban con ansias que llegara diciembre para ayudar, y ayudaban mucho, no se les puede negar. Dormían los dos en la sala. Yo, que siempre me levanto temprano, luego de preparar el desayuno con las consabidas tostadas francesas que les encantaban, me armaba con dos tapas de ollas y marchaba por la casa, cantando:

*Trabajo y aborro  
es el gran ideal  
del niño que estudia,  
que sabe pensar.*

*Yo guardo centavos  
para el porvenir  
y ser cuando anciano  
feliz, sí feliz.*

*Yo aborrearé  
con juicio y tesón,  
y me empeñaré  
para servir fielmente  
a mi nación.*

A esta altura los dos se tapaban la cabeza con las almohadas, gritando que los dejara dormir un poco más. Pero al rato, cuando ya sentían el olorcito de las tostadas, saltaban y se sentaban riendo a comer.

Amo a los hijos de Marcos. Al principio fue más difícil, cuando compartían este espacio que no puede ser sino de dos.

## Trabajo y tesón

En estas dos décadas caraqueñas he trabajado mucho. He hecho de mi trabajo un oficio real. Me encanta hacerlo, crear mis personajes me inunda el alma. Ya no lo hago como antes, de forma enloquecida, cuando teníamos el puesto de la Feria Navideña y debía pasar de los doscientos muñecos, de diferentes tamaños, para así cumplir con la demanda. Eso sí: yo reinaba en la Feria del Ateneo. Fueron demasiados años, algo como quince. Allí iban mis amigos, los que no eran se hacían amigos; me gustaba, era lindo. Ahora funciona allí la Universidad Experimental de las Artes, Unearte, en cuyos espacios realicé la exposición “Seres Eternos”, a fines de 2010.

En la feria conocimos gente muy interesante. Yo me sentaba en mi sillita, coronada por mi cohorte de personajes que estaban felices de mostrarse al mundo y a la gente que sabía apreciarlos. Al principio los dos Marcos nos ayudaban en todo, cuando eran menores. Y todo ese jaleo los volvía locos. Pero el 25 de julio de 2005 Marcos empezó a trabajar en VTV (Venezolana de Televisión) y yo me había sentido demasiado cansada; entonces tuvimos que abandonar la Feria. Marcos no tenía tiempo y la verdad es que yo sola, imposible. Y buscar a alguien, no tengo ganas. Eso lo hacíamos nosotros dos o no lo hacemos. Esta es una tarea que no pude ni podré delegar en nadie. Sin embargo, en los años siguientes, dejé unas piezas en el puesto de mis amigas.

Claro que me gusta más estar con mis muñecos. Es una locura. Necesito verlos para sentirme bien. Me acompañan y atestiguan con su presencia que mi vida y mi trabajo continúan y son importantes. Últimamente no produzco tantos. Me dejo llevar por las mil cosas que hago en la casa y en la calle. Y lo necesito, es una gran parte de mi vida; me siento mucho mejor cuando lo hago.



Con mis títeres.

Casi todos los personajes salen de mi memoria. O me enfrento con ellos y me asaltan, me piden ser favorecidos para ponerlos en un pedestal. Son los personajes que me gustan. Me voy atrás en la historia y el tiempo, para dar así más lucimiento a los trajes. Los contemporáneos son los más difíciles. Hace poco tiempo hice un elenco completo para mi nieta Fabiana y su retablo La Tarasca, de Valencia, que dirige y actúa junto con su compañero Víctor. Fueron para un nuevo montaje.

Algunos los hago así, sin decidirlo antes. Ellos mismos, una vez terminados y con una gran reverencia, se presentan y dicen sus nombres. Es un deleite comenzar el personaje pensado y buscado, y ver

cómo se va delineando hasta qué rostro y atuendo hacen su personalidad definida. Sé que serán compañeros silenciosos de nuestra morada. Ellos están dispuestos a compartir nuestras soledades y llenar vacíos. Yo no pensé que en mi larga vida encontraría algo, algún día, que me gustara tanto hacer. Cuando estoy trabajando es sorprendente sentir cómo el tiempo invertido en el proceso creativo me resulta trascendente y primordial.

Junto con la elaboración de los muñecos he seguido impartiendo los talleres que hice siempre en Argentina y acá. Ahora trato de no darlos para niños, prefiero instruir a los docentes, y luego que ellos transmitan los conocimientos a los alumnos.



Ofelia y Hamlet

Para que todo estuviera bien hecho, y poder trabajar con el entonces Conac (Consejo Nacional de la Cultura), fundamos el Taller Permanente de Títeres Guiñol. Lo conformamos con Marcos hace aproximadamente diecisiete años, tiempo en que él estaba más desocupado para dedicarse. También tenemos a Thaís, quien forma parte de la directiva, aunque de lejos, siempre a mi lado, y todos los que vienen y van.

Hago talleres en las escuelas, grupos de teatro y títeres, universidades, ateneos y diferentes lugares. Además, el trabajo más importante es el del IAEM (Instituto de Artes Escénicas y Musicales), con exposiciones de muñecos con personajes de la literatura, el cine y el arte en general; que incluyen fotografías de Lilian Maa'Dhoor; improvisaciones; talleres magistrales para adultos, docentes y niños, como Los Niños Actúan; que hago en distintas parroquias y consejos comunales de los lugares más desasistidos. Esta actividad se inserta en el Proyecto de la Misión Cultura Corazón Adentro, auspiciada por el Ministerio del Poder Popular para la Cultura.

Mis alumnos se han multiplicado y yo he ganado muchos amigos. Ellos hacen talleres y nuevos muñecos con la técnica que yo aplico y que les enseñé, siempre aportando cosas interesantes, destacándose en otros campos, pero con las raíces y quizás hasta algo de mi forma compulsiva de trabajar.

### **Hoy: la vida sigue**

Por un huequito que me dejan las plantas veo un pedacito de cielo desde mi balcón-taller. Las flores, algún pajarillo perdido que se detiene a veces, me recuerdan que la vida sigue limpia, dentro de las ciudades. Cosa rara en mí, he pasado algún tiempo bastante deprimida. Un dolor que me perseguía. Al principio era muy espaciado, luego seguido. Me visitaba de noche. Me dormía y me despertaba con él atenazándome el pecho. Muchas tardes y muchas noches la muerte ha rondado mis pensamientos. Ya ha pasado, creo que el fuerte tratamiento que tuve hizo que volviera a sentirme bien,

a veces el dolor regresaba como un ramalazo; ahora ya se fue por completo.

He tratado y trato, pensando mucho, cómo encontrar la manera más natural y menos triste o traumática para afrontar una situación, si esta se presenta irremediamente. Esto es tan imponderable. Mi tan querida hermana Lukó, enamorada de la vida como yo, enamorada de su pintura y del trabajo que hacía, aun después de haber perdido a su compañero y a su adorado hijo, se fue sin drama, sin gritos, sin llantos. En su cama pasó del sueño momentáneo al eterno.

No se han ido mi entusiasmo y optimismo exagerados, con los cuales cada cosa tiene una importancia tremenda, por más pequeña que sea. Son muy pocas y contadas las veces que me fallan. En ese momento las ganas son escasas y todo se vuelve difícil y sin gracia. Afortunadamente son muy pocos los momentos en que no sé qué hacer conmigo y mi yo negativo, pensando y sacando cuentas: cómo será y qué harán. No tengo miedo para el después, para la nada; no tengo deudas de ninguna índole, vivo al día con todo. Siempre he pagado con creces mucho más de lo debido. Y entonces, vamos en paz.



En la Casa del Vínculo

Temo el dolor del momento, quiero pensar que a raíz de que tuve lo que tuve, o tengo lo que tengo, el trámite será más rápido. Al menos así lo espero y deseo. No sé si quiero hacer un testamento. Como tema de conversación y de risa, lo he conversado con mis nietos. El día que despedimos a Greta, cuando se iba a Alemania con su esposo Dominik Becher, Agustina y Valentín, mis bisnietos, quienes viven en Leipzig; Fabiana, hija de Daniel, y Agustina, se empezaron a disputar un reloj cucú de pared. Fabi decía que le encantaba; y que la niña había elegido antes la mecedora. A lo que la nena le respondió que la silla no se la podía llevar en el avión a Alemania, y el reloj sí. Al fin, reloj y mecedora quedaron conmigo.

Presiento que entre Marcos y yo seré la primera en echarme a andar, aunque eso no se puede saber. Mi bellísima nieta Celeste será la encargada de repartir mis cosas personales. Ella y Marcos. Digo Celeste porque las otras no tienen mucho interés en eso. Y mi niña Azul Celeste será justa. A uno de mis hijos tropicales ya le prometí el cuadro azul del niño y los peces, cuya autora es Patito, mi sobrina. El otro hijo, Marco Antonio, tiene elegido el cuadro de las tres hermanas de mi hermano Pepe. Creo que ese sí se lo van a pelear. Y luego, busquen mi presencia en las cosas que dejo a mi paso. Tengo tanto, dejo tanto, dejamos tanto, los muñecos y yo. Mi querido hijo Daniel odia este tipo de cosas, a mí me gusta y me divierte.

Las presencias quedan, siguen estáticas y dueñas de los lugares y los objetos que una vez poseímos.

## Caracas mi ciudad

Me gusta Caracas. Desde aquí me desplazo descubriendo día a día mil asombros en mi camino. Me gusta cruzar la plaza Bolívar en diagonal, me gusta mirar la estatua del gran hombre Simón Bolívar en su caballo encabritado, a punto de galope. Miro los asientos alrededor de la plaza, donde descansan los ancianos y conversan unos con otros. Me gusta tomar una chicha, un jugo de piña o de naranja. Me encanta el chocolate frío o caliente del café Venezuela. No me asusta ir de un punto al otro.

El metro me conduce rápidamente y lo demás lo camino. Siempre descubro alguna plazoletita olvidada, y pienso que tuvo que haber sido hermosísima en su esplendor del primer momento. Se está arreglando todo, pero aún falta; había demasiado abandono y descuido.

Caracas es mi ciudad. Pese a su mala fama, la amo. Con la basura insoportable, la amo. Con el terror de la inseguridad, la amo. Con las tranacas que te quitan las horas, la amo. Con lluvia, sin lluvia, con calor, con frío, la amo, la amo. Yo aquí me organizo, me encuentro, me ubico. Es aquí donde quiero estar. He vivido en distintos momentos y en distintos lugares de esta ciudad de los atardeceres hermosos y perfumados. Con ese poquito de niebla que quiere esconder a veces la majestuosa silueta de la gran montaña Warairarepano.



Acompañada de mis hijos, Ana y Daniel

Mi ciudad amada también me ha mostrado su mala cara en distintas oportunidades. Varias veces me han sacado las bolsitas que llevo al cuello con el dinero; ahora las disimulo con collares y cha-linas. Cuatro veces se las han llevado dando un tirón y he quedado pasmada. Fueron motorizados. La tercera fue la más terrible. Una mañana salí y antes de cruzar la calle pasó un motorizado que me sonrió. Yo también le sonreí. Dio la vuelta en “U” y me quitó la tal bolsita de un tirón. Esta vez lloré, me había roto la piel con el impacto, y sangraba. Acudí a la hija de mi vecina, la gallega; la amable Gina me prestó dinero. Las llaves también se habían ido.

No sabía bien la dirección de la revista *Número*, en la que para entonces trabajaba Marcos, porque acababan de mudarse. Faltando algunas cuadras hacia donde suponía estaba la oficina, el taxi chocó a una señora y empezó la discusión. Yo me bajé, pagué al taxista, que me quedó debiendo en aquel tiempo bastante: cien bolos. Salí corriendo y me caí. Me rompí la rodilla, que quedó sangrando, y seguí mi camino; llorando, claro. No creo en ángeles, aun así, y como soy una buena tipa, siempre viene uno en mi ayuda, generalmente es negro. Esta vez venía en moto... Me dije: ¡Otra vez, no! Pero este ángel me preguntó qué me pasaba, le conté mi drama, y con mucha dulzura me dijo:

—No te preocupes, no llores más, yo te voy a ayudar.

Se había bajado de la moto y me dio unas cariñosas palmaditas en la espalda y se fue. Yo seguí caminando y luego de unas cuadras hete aquí que aparece el tal ángel y me indica la dirección exacta donde se había mudado la revista. Se lo agradecí y cerquita encontré el lugar. Allí estaba Marcos, se desesperó al verme el cuello y no encontró nada mejor que ponerme una enorme mota de algodón mojada en alcohol. Di un grito desesperado. Nuestro amigo Ricardo le dijo que esa era una causal de divorcio.

Yo había dejado una olla con sopa en el fuego y a todos se lo contaba. Marcos me dio dinero y las llaves y salí, hice señas al primer taxi que pasó y —¡oh casualidad! — era el mismo individuo.

—¡Usted me debe cien bolívares! —le dije, y me trajo descontándolos.

Cuando entré a mi casa la sopa se había secado, y la olla hacía *sh, sh, sh...* Ahí quedó todo y eso sí, jamás volví a dejar una olla en el fuego, aunque baje a comprar el periódico.

## Escritura: el discurrir de un río tranquilo

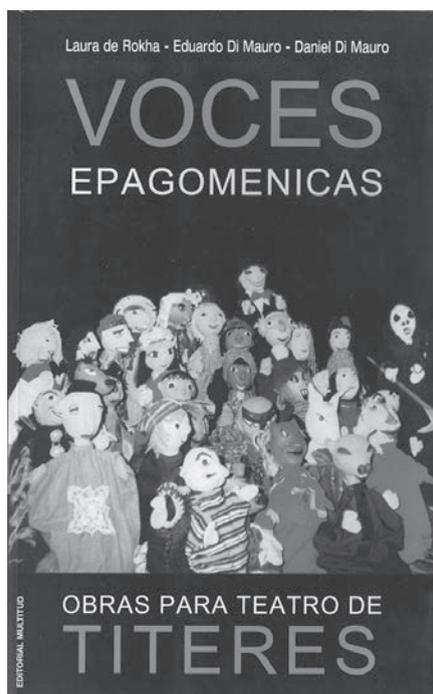
Desde muy niña me gustó escribir. Mis poemas eran los tradicionales a esa edad, siempre con los padres como protagonistas, tanto en las poesías como en las obras de teatro que representábamos con otros chicos. Adoraba el arte epistolar, tan abandonado ahora por el rápido, eficiente y económico correo electrónico; pero no siempre encontré el interlocutor dispuesto a mantener conmigo una comunicación permanente. Sí, hubo algunos, mas en algún momento claudicaron o se murieron, y como antes dije, prefieren la comodidad del nuevo sistema, que a mí decididamente no me gusta y lo llamo “cartas desnudas”.



En el bautizo de mi libro *¡Qué perra vida!* Año 2001

Empecé a escribir mis relatos hace más o menos treinta años. Esa década de los ochenta, recién separada, fue la más fructífera. No sé por qué misterio, misterios de la vida. Cuando comencé estaba en Colombia, sola. Fue como despertar a algo que estaba frente a mí, en mis manos y no lo había visto. Nacieron poemas, pocos, que permanecen escondidos. Soy una poetisa vergonzante. Creo que solamente le encantan a mi hija Ana, aunque no muchos los han leído.

En Bogotá nacieron los primeros cuentos perrunos, algunos de los relatos de *Casimiro Cauteloso* con su juego de palabras y *Encuentro con lo vivido*. Seguí en Caracas con otra cantidad de textos que pronto saldrán a la luz. Luego vinieron los cuentos infantiles de *Bruno Brunito y su perro Patín*, que han aparecido al comienzo en el suplemento de *El Carabobeño* y luego en la revista *La Piñata* para niñas y niños pacientes de los hospitales infantiles, que dirige Lilian Maa'Dhoor.

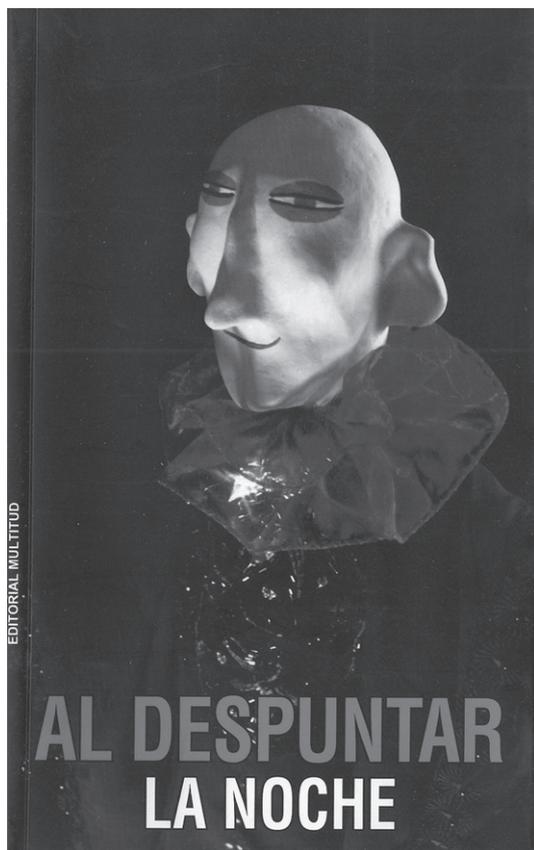


Libro *Voces epagoménicas*, publicado en el año 2001

Las obras para títeres, para niños, aparecieron en las *Voces epagógicas*, creación compartida con los Di Mauro, Eduardo y Daniel, padre e hijo, respectivamente.

El libro *Al despuntar la noche* recoge siete obras infantiles y cinco para adultos. De las de niños, dos han sido premiadas.

*El Genio de Licantén*, que son recuerdos de mi padre, anécdotas vividas a su lado, apareció en mayo de 2012; y un mes después, *Copo de Nieve*, otra recopilación de relatos.



Libro *Al despuntar la noche*. Obra publicada en el año 2006 por la editorial Multitud

En cuanto a los inéditos, están: *Viva la Vida*, que es una carta póstuma de Diego Rivera para Frida Kahlo; una novela intitulada *Dulce morada* y la única obra de teatro que hasta ahora he escrito: *Ojos de lago quieto-Emilia en cinco tiempos*; poesías y muchos relatos más.



Recibiendo un reconocimiento tras haber ganado el  
Concurso Latinoamericano de Dramaturgia para  
Teatro de Muñecos para Niños. Año 1993

Es increíble constatar que había un potencial en mí que no lo había descubierto. ¿Qué insondable y desconocido misterio nos hace permanecer en silencio? ¿Por qué no empecé antes? ¿Acaso necesitaba sufrir, que cayera sobre mí la catástrofe, la hecatombe siniestra sobre mi vida, que se deslizaba tan estable y melodiosa?

Nadie puede saberlo. Sin embargo, es una terrible realidad, no cabe ninguna duda. De pronto, ahora emprendo con facilidad una narración. El pensamiento y las palabras discurren naturalmente como un río tranquilo.

## Nuevos paisajes

Marcos y yo hemos disfrutado muchos y hermosos viajes. Hemos recorrido diferentes lugares del país. Cuando vivía Paquita, madre de mi querida Ilia, estuvimos en Puerto Rico. En Washington D. C., Estados Unidos, a fines de 1998, fuimos invitados por el Teatro de la Luna, junto con Daniel y Estrella, al Festival Internacional de Teatro de Títeres, dedicado al poeta español Federico García Lorca. En 2006 fuimos a Chile y Argentina.

En Chile, donde está toda mi familia, hicimos una exposición en la sede de la Fundación De Rokha. Marcos quería conocer el sur de Chile y el río Mataquito, y yo me moría por ver la estatua de mi padre, hecha en roble de cinco metros de altura, que se encuentra en Licantén, su lugar de nacimiento, en donde disfrutamos de la generosidad de mi sobrino argentino, Juan Pablo, el hijo mayor de Pepe, en su linda casa construida casi toda por él. Licantén es mi padre, muchas cosas de allá llevan su nombre. Hasta allí y más allá viajamos con la buena y querida amiga Cecilia y el príncipe Rafael. Pernoctamos en Curicó y al regreso, en Duao, disfrutamos de un atardecer inolvidable a orillas del océano Pacífico.

Días después de retornar a Santiago, visitamos a toda la parentela. Quedaron encantados con Marcos. Estuvimos en Viña del Mar con mi queridísima y encantadora prima Marilú Anabalón y su familia. Con ella viajamos a su finca en Olmué, donde hicimos unos días de

vida campestre. Amasé pan y lo cociné junto con unas empanadas en un horno de leña que estaba un poco en desuso y que Marcos, con otra persona del lugar, puso en buenas condiciones. Viña del Mar y Valparaíso son las zonas de donde era mi madre. Todo aquello es muy lindo, y yo trataba de encontrar con mi mirada algo donde mi madre hubiera posado la suya. Fue hermoso volver a Chile con Marcos, luego de trece años.

Octubre es maravilloso en mi país. Las chirimoyas, con su verde afuera y blanco adentro, ofrecen delicias. Con ellas se preparan tortas, postres y, por supuesto, vino blanco bien helado, una maravilla. El pan es muy especial y las rosas, aquellas que mi madre cantara en su poema para mí dedicado:

*En las abiertas mañanas de octubre  
cuando sonrías  
a las granadas rosas  
de la última primavera...*

Sonreí a las granadas rosas y parece que no fue la última primavera, al menos hasta hoy. Cuando paseaba con Marcos por las lindas casas del barrio Providencia, solía mirarlas coloreando los jardines.

El clima en Santiago en octubre es muy agradable. Uno puede caminar por largo tiempo, no hace ni frío ni calor y el tibio sol ilumina y calienta poquito. Siempre nos íbamos a pie a los lugares que quedaban cerca para aspirar el aire de las mañanas.

Me urgía ir a conocer a mi bisnieta Agustina, que para ese momento vivía con su madre Greta en Córdoba, la ciudad que fue mía “por siglos”. Estuvimos una semana larga allí con la familia Di Mauro, a quien quiero mucho. Luego nos fuimos a Buenos Aires, la reina del Plata... indudablemente, si no hubiera hecho la elección de Venezuela y Caracas, mi último país y mi última ciudad serían Argentina y Buenos Aires. Todo fue agradable. Caminamos y recorrimos la gran ciudad.

En 2007 tocó México y Colombia. Para allá partimos. Habría de hacer una muestra en México, pero se cayó. La persona encargada, mi amigo y alumno que quiero mucho, Sergio Guevara Altuve; director del teatro Artimañas, quien vive en Tepoztlán, estado de Morelos, se había ido de viaje. Entonces tuvimos que guardar las maletas de los muñecos. Marcos dijo con su sabiduría:

—No importa, aprovechemos para conocer y visitar.

Un día entero en la Casa Azul. Frida nos espiaba desde los rincones. Fue un día maravilloso. México nos ofreció sus avenidas, calles, plazas y parques. Todo allí es enorme. El tiempo del viaje se nos fue volando. Vimos a mi querida amiga Amparo y a sus tres gigantes. Amparo y el amparo de su amistad, inquebrantable; Rubén, su marido, guapo, y sus dos bellísimos hijos, Rodrigo y Pablo.



Frida Kahlo

De regreso, nos quedamos cinco días en Bogotá. Allí nos esperaba la divina Pati y mi *ñañño* Horacio. En el colegio Juan Ramón Jiménez hicimos la exposición de los muñecos que llevábamos y mis charlas ilustrativas. Se llevó a cada grupo de las distintas aulas de la primaria y secundaria y yo les hablé de mis personajes, y los niños siguieron mis palabras con muchísimo interés. Fue todo muy lindo. Las amigas y amigos colombianos siempre nos reciben ávidos de saber y con enorme cariño: Patricia, Horacio, Martha, Mario, Susana, Leopoldo, Germán, Nicolás, Paloma, etcétera.



Impartiendo un taller en el colegio Juan Ramón Jiménez, Bogotá

El viaje que realizamos a Europa se nos mostraba demasiado difícil, lo hicimos realidad en el prodigioso 2008. Ese año fue largo como una década, ¡pasaron tantas cosas buenas y malas! De Caracas partimos directo a Barcelona, donde nos esperaba la encantadora Paulita, una de las amigas que hiciera Ana en Israel, y que afortunadamente aún conserva. Pasamos cerca de una semana con tan hermosa compañía, compartida con esa ciudad incomparable; charlas, comidas y risas.

Luego vino París, solo seis días en la hermosa casa de Clamart, casi toda hecha por Ricardo Block, padre de Maxi y exmarido de Ana, un ser muy especial para mí. Seis días que caminamos por las grandes avenidas y por tan hermosas callecitas. Pudimos maravillarnos con todo aquello que se ofrecía ante nuestros ojos. Fue tan generosa su cordialidad, que los días que pasamos nos hicieron disfrutar gratos momentos en la *Ciudad Luz*.

De París volamos a Roma, una de las ciudades que más me ha gustado en la vida. Nadie nos esperaba, solo la ciudad maravillosa para que la camináramos y comiéramos algo rico en pocos días, debido a un *sciòpero* (huelga de transporte).

Antes de viajar a Italia, Daniel me llamó por teléfono para decirme que había sido seleccionada con un premio, diploma y dinero, que otorgaba la Casa del Artista a los creadores que habían trabajado para niños. Allí estábamos Eduardo Di Mauro, Eddy Salazar, Mery Carruido, Telba Carantoña y yo.



Simón Bolívar y Manuela Sáenz

Berlín y Marcos Ernesto nos trataron muy bien. Marcos Ernesto, el hijo mayor de Marcos e hijo mío por amor, estaba con unas flores blancas esperándonos ansioso en el aeropuerto. Él y sus piernas de siete leguas, nos hizo recorrer todo. A la mitad del tiempo nos

fuimos en tren a Leipzig, a ver a los Becher: mi nieta Greta con su esposo alemán Dominik; Agustina, la mayor de mis bisnietos y que se me parece en la forma de ser, mal que les pese; y Valentín, el niño bolivariano nacido en Valencia, Venezuela. Agustina y Valentín sus dos chicos ¡hermosísimos!

Vimos muchas bellezas en ese gélido lugar, el frío se iba acentuando día a día; en las fotos se ve que lo único que queda al aire son los ojos protegidos por los lentes. Con los chicos lo pasamos muy lindo. Dominik preparó tortas, algo quemaditas. Fuimos a museos, conciertos y cafés. Miramos desde un banco de la plaza la casa de Juan Sebastián Bach, al lado de la iglesia donde tocaba. En esa iglesia de San Bartolomeo, del siglo XIII, tuvimos la oportunidad de ir a un hermoso concierto, donde nadie se movía. El coro de niños cantaba y era escuchado con veneración por un público de niños, jóvenes y adultos, que permanecía en total éxtasis. Me imaginé que Bach, seguramente habría estado allí con Ana Magdalena, su esposa, que por ella mi hija luce su bello nombre. Esto fue inolvidable. En ella escuché una sonatina que era justamente la que sesenta y cinco años antes tocaba Ricardo Miravet en Córdoba para mí. Allí estuvimos solamente un fin de semana. Volvimos a Berlín con el deseo de habernos quedado más tiempo. Nuevamente, Marcos Ernesto y sus caminatas, hasta el minuto de volver.

Desde Leipzig, Marcos y yo habíamos acordado ir a visitar a Juan Carlos Stuparich, quien vivía en Suecia. Marcos había conversado con él, pero cuando le hablé lo sentí muy deprimido. Me dijo que dejáramos para otro momento el viaje, que estaban en cama, con gripe y fiebre. Él tenía su problema de esclerosis múltiple que no había resuelto. Además, su nuera no le dejaba ver a su nieto, a quien adoraba. Todo esto, sin duda, lo llevó a tomar la terrible determinación de quitarse la vida a fines de 2008. Con frecuencia lo recordamos en una foto que nos envió desde Malmö, sosteniendo su bicicleta, y detrás de él, un afiche enorme con la imagen del presidente Chávez.

## El fatídico 8

El ocho al final de año es fatídico. Ya el 68 me había maltratado con los dos suicidios, de mi hermano y mi padre, lo que me había agotado.

Después de la triste desaparición de Carlos y habiendo pasado cinco años, seguimos con la vida. El verano del 67 fuimos a Chile. Mi hermano Pablo estaba contento y planificaba un viaje a Europa con una mujer maravillosa que, luego de desaparecer mi hermano entró lo mismo en nuestra familia: Silvia.

Una mañana tranquila, yo con un corsé por mi problema de columna, suena el teléfono, escucho la voz de una de mis sobrinas, Sonia, y una pregunta:

—¿Estás fuerte como para recibir una noticia? Tu hermano Pablo...

No sé qué hice con el teléfono. Mi querida Isolina, madre de Eduardo, me desprendía el corsé. No poder decir nada, sin que se enrede la lengua, o el llanto se ubique en la garganta.

¿Qué tiene mi hermoso hermano Pablo? Ya no habla ni sonrío con sus ojos repletos de ternura; el “mi hijita” en sus labios eran el principio y el fin del amor que mi hermano sentía. Una sombra negra y pesada cayó sobre mí.

¿Qué le pasaba, qué hizo, por qué lo hizo?

Nada se puede responder. Cuando un ser humano se mata, queda su muerte sin respuesta para siempre. Creo que el suicidio es un momento, un trágico instante en que la vida pesa demasiado y no se soporta. Claro, ha de pensarse para conseguir los medios, pero la decisión debe ser rápida, veloz. Ese fatídico 68, con las terribles e infaustas noticias de los dos suicidios, me aplastó hasta la locura. Lo de mi hermano, tan joven y maravilloso ser, el 21 de mayo, una fecha patriótica en Chile: el Combate Naval de Iquique.

Quedé estupefacta. A los cuatro meses, otro mazazo: mi padre. El 19 de septiembre. Estaba Eduardo, recuerdo que me puse de pie entre el ropero y la pared para estar sujeta y no caerme al suelo.

Y pasó. Como todo pasa, pasó. Había sacado una a una las hojas del calendario para verme en otro año sin tanto dolor, y a los diez días de la muerte de mi padre me fui a Chile. Quería saber más, tratar de entender los cómo y los porqués que no existían. Sin embargo, me hizo bien haber ido, me sentí más aliviada. Creo que me quedé como veinte días y volví con el alma un poco más sosegada.

En 2008, nuevamente el ocho y la muerte, matando a mi gente. Empezó con mi querido Julio. Él se hermanó convirtiéndose en el marido de mi hermana Juanita, que después de ellos separarse siguió en nuestra familia, indispensable con su simpatía y sus sabias palabras. Continuó Héctor, el mellizo de Eduardo, que lo dejó incompleto. Su espejo roto, ¿cómo estar sin su reverso?

Lukó, mi hermana-madre se fue también poco tiempo antes de llegar yo a Chile. Se fue sin esperarme. Desolada la busqué en nuestros lugares. ¿Dónde están las palabras y las actitudes de ayuda? No hay, no existen. Y cierra el ciclo siniestro Flor, mi hermana menor, la última de las de Rokha, quien partió antes de lo convenido.

Le siguió mi amiga bella y tan joven, Beatriz, quien también tenía su partida decidida. ¡Se puede imaginar a nuestro poeta y la niña solos...! Él ya tiene a su lado a la “reina Ana”, y la niña Laura estudia en la universidad, y es una hermosa joven.

## El paramédico cubano

Al poco tiempo de regresar a Venezuela, mi problema cardíaco se había acentuado. Pienso que fueron tantas subidas y bajadas en los aviones. Algo pasó, pero el dolor de la angina de pecho recrudesció y lo tuve hasta dos veces por día. Con algunas medicinas se tranquilizó, pero el medicamento tenía doble filo y empecé a tener moretones por todo el cuerpo, a la vez que hemorragias que nos asustaron muchísimo. Allí fui internada, y también salí airosa de esta nueva agresión de mi vida a mi ser. Quizás aún no tenía el cupo para lo desconocido.

Mi amado Marcos fue esta vez quien me salvó la vida. Asustado con lo que me estaba ocurriendo, me mandó una ambulancia de su trabajo, para llevarme a una clínica. Este vehículo venía presidido por un cubano, no muy locuaz. Yo no quería irme por nada del mundo y mis amigas Marcela y Gisela estaban enojadas por mi actitud. Yo no oía nada.

—¡No me voy!

El cubano sentado frente a mí me dijo:

—Tienes que venir. Si te quedas y se agrava la hemorragia a medianoche... ¿Qué van a hacer? ¡Busca un bolso y mete unas cuantas cosas y nos vamos! —exclamó perentorio.

Le hice caso sin chistar. Carmela, mi “peruviana” querida, se quedó conmigo; al otro día me acompañó Marcos. Y volví a la vida y a la normalidad.

Gisela, ese ángel venido de las selvas que tengo de amiga y cuya intuición no la abandona, es además enfermera. Antes de llegar la ambulancia, se había ido con una muestra de mi sangre en una inyectadora para hacerla analizar, y se asustó más aún. A mí no me dijo nada, pero sonrió cuando finalmente me vio decidida a irme. De no haber sido así, seguramente no habría contado el cuento.

Salí del 2008, año de cosas buenas y año de cosas muy malas. Así como el 68, había sido un año espantoso y no veía la hora de saltar de un año al otro.

## La bondad infinita de su alma

Si algo lamento en la vida es no haber sido más joven y tener más energía y fuerza para luchar y trabajar con alegría en este sueño realizado que significa la Revolución bolivariana. La limitación de haber permanecido tanto tiempo en este mundo, nos hace sentir un tanto como espectadores pasivos de algo maravilloso que se va haciendo realidad poco a poco frente a nuestros ojos. De cualquier manera, desde nuestro campo de trabajo contribuimos y realizamos la tarea convenida. Pienso, estoy segura, de que mi padre habría sido muy feliz de haber podido ser, él también, participe de este proceso extraordinario y único.

Es difícil de creer, nadie lo ha percibido, incluso cuando lo digo me miran desconfiados, pero entre Chávez y mi padre hay un gran parecido. La forma de actuar del presidente, de hablar, lo que dice y cómo lo dice, hasta el tono que pone en sus diatribas y la bondad infinita de su alma no encubierta. Lo único que no concuerda es el ateísmo de mi padre con la fe cristiana del Comandante.

A pesar de que mi padre era muy independiente y un anarquista acérrimo y ateo, como él mismo se decía, habría estado contento de saber que ideas con las que él había soñado y por las que ciertamente había luchado desde su literatura, se ven realizadas. Como decía Salvador Allende, su amigo: “Más temprano que tarde se abrirán las grandes alamedas para dar camino al hombre nuevo”.

En 2008 hice dos viajes sin Marcos. Preso en su trabajo, dispone de poco más de un mes al año para que planifiquemos un viaje juntos. Fui invitada por el Convenio del Alba a Cuba, donde siempre soñé ir. Ana, mi hija y gran amiga, me acompañó.

En Matanzas se realizaba un Taller Internacional de Muñecos. Fue una maravilla. Todo salió bien. Expusimos quince muñecos y hubo también la charla guiada por los distintos personajes, que gustó mucho. La gente muy cordial y cariñosa, y los cubanos con gran amor y mística por la cultura. Ellos se interesan y realmente lo sienten en lo más profundo de su ser. Son admirables. La noche de la despedida, cenando en un lugar muy agradable, en la sobremesa cantamos junto a la mujer que nos había atendido como *maître*; que luego sola interpretó canciones venezolanas. Sacó una voz estupenda. Era cantante de ópera.



En mi exposición "Seres Eternos"

En el *lobby* del hotel Alba Caracas, donde esperábamos con Ana para viajar al aeropuerto que nos llevaría a Cuba, me había encontrado casualmente con mi buen amigo Carlos Suárez, quien me habló de la posibilidad de ir a Chile a un simposio que se haría sobre Salvador Allende. A la vuelta asistí a varias reuniones y a fin de julio partía para Santiago de Chile. Allí estuve solamente seis días, hermosos también. Pude compartir con toda la gente que quiero, asistí a las charlas y observé un gran movimiento político que agasajaba la memoria de Salvador Allende. En este viaje compartí con buenos amigos y, sobre todo, con María Centeno, gran artista y amiga extraordinaria; ya no nos abandonaremos jamás.

# Amor hermanado

Mis hermanos me quisieron en forma entrañable y los seis, tres mujeres y tres varones, fueron incondicionalmente cariñosos y abnegados conmigo. Hubo dos que fallecieron mucho antes de nacer Flor y yo: Tomás, quien murió de tres años y Carmen, apenas de seis meses. De ella era la mascarilla que enterramos en Uruguay con mi madre, junto a la virgen algo quebrada.

## **Carlos: como un leve morir**

El primero de todos fue Carlos. Muchas veces, y en varios de mis escritos, aparece. Carlos, gran poeta, gran lector y muy estudioso, fue siempre problemático. Siendo aún adolescente empezó a tener períodos en que la depresión lo secuestraba y caía en un mutismo salvaje; no salía de sus labios una sola palabra, solo de vez en cuando una risita enervante.

Ya jovencito se tiró de un cuarto piso en el sanatorio Charcot de Santiago y no le pasó nada. Parece que cayó en un montón de arena. Dijo haber escuchado la voz atronadora de nuestro padre que lo llamaba.

Pasados estos períodos de un mes o dos, a veces más, volvía a ser el mismo Carlos, siempre con su media locura, que hacía reír o enfurecer.

Carlos murió joven, apenas pasados los cuarenta años. No vio el amanecer de una noche en que luego de beber bastante, tomó los barbitúricos prescritos. Amaneció muerto, muerte dulce como suelen decir.

Publicó varios libros de poesía: *Canto profético al Primer Mundo*, *El orden visible*, *Pavana del gallo y el arlequín*. Creo que los dos últimos se editaron en forma póstuma. No se casó ni tuvo hijos. Será una herejía y sin duda lo es, pero cuando él murió, y lo lloré mucho, tuve en el fondo de mi alma una especie de tranquilidad, o agradecimiento a la vida, que lo hacía desaparecer antes de llegar a viejo y que su locura pudiera haber sido mucho más terrible. ¿Qué habría sido de él cuando mi padre hubiera muerto? Desapareció quizás en su momento. Se acostó a dormir confiado y amaneció en otra dimensión que no conocemos.

Él vivió un tiempo en Córdoba cuando yo tenía mis dos hijos. Viajaba mucho. También él tuvo cobijo en mi pequeña casita. A veces me irritaba con sus excentricidades y su manera de ser tan particular.

Tiempo después se volvió a Chile y se puso a vivir con mi padre en la casa de La Reina, hasta que murió. Su poesía fue muy especial y extraordinaria, y sin un atisbo de influencia de mis padres. Hay un poema que hizo para nuestra madre que se llama “Nocturna medida, *in memoriam*”. A mí me enloquece y siempre digo este fragmento en mis reuniones. Dice así:

*Aquí  
entre los muros y la puerta resonante  
de esta celda que un día retuviera  
sombras y soles,  
tú yaces y ¡qué extraño  
es tu yacer! Casi tanto  
como un leve morir  
o como una muerte recuperada.*

*Solo tu voz está a mi lado y un lejano  
llavero cierra las ventanas.  
A esta hora  
una guitarra llora sobre la greda  
como un pájaro negado por el cielo.  
Si este viento fuera tu nueva voz,  
si estas llamas sobre la arena  
te dibujaran para que yo te alcance...  
Pero tú yaces y ¡qué extraño  
es tu revivir, qué silente  
tu rama de amor elevada hacia el alba!  
¿Quién siente el mar, quién lo llama?  
ese de pronto va a morir y su llamado y su presentimiento  
no son sino una extraña forma de yacer  
¡Oh, crueles centinelas...!*

Carlos está incluido como protagonista en uno de mis relatos de *¡Qué perra vida!*, “Bobby vs. Demóstenes”. No podía faltar, ya que Carlos amaba a los perros. Siempre encontraba alguno en su camino, la mayoría de las veces hambriento y abandonado. El perro lo seguía y pasaba a ser uno de sus amigos caninos. En la casona de Santiago ni se notaba, porque ya había otros, y había lugar. Pero cuando vivíamos en lugares pequeños, mi madre ponía el grito en el cielo.

Sin duda, él fue un genio. Y como supongo son los genios, casi siempre resultaba insufrible. A mí, particularmente, me ponía muy nerviosa. Creo que la locura se me pega como las gripes y él, mi querido hermano, no tenía términos medios. Solía estar haciendo bromas y riendo o furioso, callado, deprimidísimo, sin hablar una sílaba. Hoy se diría bipolar. Sus carcajadas casi intemporales me producían un malestar terrible.

Mi hermano era cultísimo. Sabía de todo. Tenía una gran ternura en sus buenos momentos. Conmigo fue muy dulce. Cuando me casé, a los quince años, él andaba de viaje. Sin embargo, apareció en

la noche de la fiesta con una caja de terciopelo color vinotinto, con un collar de perlas y una pulsera muy hermosos. No creo que fueran perlas cultivadas, pero era una fantasía muy fina. Quién sabe adónde fueron a parar, nunca más las vi. Él vivía por temporadas en mi casa hasta que se fue a Chile. Viajaba mucho por todo el país.

Una vez, nos avisaron que andaba semidesnudo por las calles de Rosario en pleno mes de julio, invierno gélido. Había tenido una de sus crisis y regalado todo. En ese tiempo vivía solo en la ciudad, Pablo en Córdoba y Pepe en Chile. Se fueron a buscarlo Eduardo y Pablo, y al volver lo pusieron en un hospital psiquiátrico cerca de Córdoba, llamado Oliva.

Nada divino, yo lo fui a ver allí en varias oportunidades. Una de esas veces con mi suegra Isolina. Le llevamos cosas, tortas y frutas. Estaba contento y me abrazó tiernamente. Yo miré a algunos personajes que se habían acercado y él me dijo sonriendo:

—No los mires. Están todos locos.

Me presentó a un amigo científico muy joven. Se había enloquecido de tanto investigar sobre la energía atómica. Mi hermano estuvo algunos meses ahí y apenas salió se fue a Chile. Yo no lo veía cada vez que íbamos, porque él viajaba mucho. Había vuelto a su vida normal. Dejó una obra inmensa. Fue un poeta inconmensurable.

Poco tiempo después de que falleció, estábamos en la ciudad de Mendoza, frontera con Chile, presentando una función de títeres. Al final se acercó una mujer muy linda.

—Soy María Elena —me dijo—. Fui novia de tu hermano Carlos.

Ahí la reconocí. Hablamos y entre llantos me dijo que el único hombre que había amado en su vida había sido Carlos de Rokha. Que ella sabía todos los problemas que él tenía y aun así lo había amado más que a nadie. Él le decía *Nenita*. Al separarse de mi hermano se había casado con un militar que no era malo, pero ella era muy desdichada porque pensaba día y noche en Carlos.

¡Quién sabe si no habría sido otra la historia de haberse ellos unido! ¡Quién sabe...!

## Lukó: tranquila, como durmiendo

Sigue Lukó, mi hermana tan adorada. Fue para sus hermanos, todos nosotros, hermana-madre, quien compartió grandemente la crianza y formación de sus hermanos menores. Una pintora talentosa y muy trabajadora. Me gustaba saber que existía, aunque no la viera, pero existía. Creo que ella fue una mujer feliz al lado de ese maravilloso ser y enorme poeta que fue Mahfud Massís. Formaron una hermosa pareja. Mi hermana se fue también sin despedidas. La habían operado con gran éxito. Quiso quedarse sola y mirando televisión, con el control en la mano, dejó solo su cuerpo y su alma voló.

Cuando escribo de mi hermana, sin terminar aun, ella decide partir. Habíamos hablado por teléfono unos días antes. La llamé cuando supe que debían operarla. La encontré bien. Cada vez que hablábamos, trataba de llevarla por una conversación liviana para evitar el momento emotivo que la hiciera llorar. Me dijo:

—No me cuentes nada triste de alguien de la familia.

Le conté cosas suaves y le dije al fin que volvería a llamarla después de regresar a su casa. Se puso contenta, dijo que yo estaba loca por decirle que ella era la más linda de nosotras. Le encantaban los halagos. No me esperó y ahora cuando viajo a Chile no puedo verla. ¡Qué pena, mi hermana, qué pena!

Recuerdo a Lukó, cuando era niña y ella muy jovencita y hermosísima. En los días fríos de invierno, todos reunidos, mis hermanos y los amigos de ellas y ellos. Empezaban a cantar y gritaban:

—¡Las *chalas*!

Corríamos a buscar unas sandalias que ella usaba para bailar. Ahí le hacíamos coro para que bailara en el medio. Cantábamos golpeando unas tapas de ollas.

Cuando nosotros llegamos a Venezuela, Mahfud, Lukó y “compañía” vivían acá desde hacía varios años, pues habían sido enviados por el gobierno de Salvador Allende como agregados culturales, y pudimos disfrutar de la hermandad de los dos. Luego de la muerte

de él, le fue muy difícil a mi hermana la tranquilidad, y se volvieron a Chile.

Lo que ya la postró totalmente fue la muerte de su hijo Pablo Antonio, tan querido por toda la familia. Ella había seguido, aún deprimida, trabajando a la manera *de Rokhiana*, que significa incansablemente. Su trabajo la mantenía en la tierra.

Aún después de la muerte de su hijo, hizo exposiciones. No llegó a vivir para ver la inauguración de la última. Yo la vi porque aún estaba abierta cuando fui a Chile. A ella le habría gustado mucho ver cómo se había hecho todo para mostrar sus cuadros en la Biblioteca Nacional. Había un pendón enorme en la puerta principal con su nombre y un cuadro. Creo que a Lukó, siendo una mujer inteligentísima, le importaba mucho lo que pensarán los demás de ella. Mi hermana querida. Haber ido a Chile y no verla fue un duro golpe.

La había visto a Lukó por última vez en 2006, cuando fui a Chile con Marcos. Muy triste, pero aún se mantenía erguida. Contribuyó grandemente a la publicación de la obra de mis padres, ahora en manos de Patricia.

Nada se sabía en ese momento que habría de sufrir la misma enfermedad que mató a su hijo: cáncer de colon. La operaron y salió bien. A la semana justa de la operación, ya en su casa, y como nuestro hermano Carlos, se durmió y no quiso despertar. Solo que ella lo hizo al mediodía.

Uno va juntando años y ve cómo a su lado hay una gran caravana hacia el más allá. En nuestra familia han ido partiendo sobre todo los hombres. Imagino una enorme ronda, presidida por mis padres, en la que van todos mis muertos tomados de la mano; bailan y sonríen, siempre se agrega uno más. Ya me tocará a mí también.

Como antes dije, ella y el poeta adorable, Mahfud, fueron una bella pareja. Su hijo Pablo Antonio, casado con su valerosa Sarita, tuvo dos hijos: Pablo y Nathalie. Ambos ya tienen descendencia. Y su otra hija, Dalal, casada con Ramón, forman una pareja modelo

y son padres de cuatro hijos: Andrés, Claudia, Alexis y Christian, quienes también tienen descendencia.

### **Juana Inés romántica**

Mis hermanas se llevaban solamente un año. Juanita, o Juao, como la llamábamos de niños, y que a ella no le gustaba, es un ser casi irreal, romántica y singular. Ella es mayor que yo, pero su voz por teléfono es la de una niña.

Cuando mis padres viajaban, era Lukó quien tenía la autoridad en su ausencia. Pero Juanita era nuestra cómplice. Solía bailar y cantar cuando muchacha. Lo hacía muy bien.

Mi tan querido cuñado, Julio Tagle, con quien mi hermana tuvo sus cuatro hijos, se rompió la cabeza pensando en los nombres que les pondría. Estos fueron: Sonia Inés Débora (Chony); Patricia Victoria Támara (Pato); Julio Pablo Wladimiro (Chico) y Verónica Luisa Fátima (Vera). Y es así como cada uno tuvo un nombre mucho más nombrable.

Los cuatro hijos de mi hermana Juanita tuvieron cada uno un varón. Sonia y Leoncio a Lonchito; Patricia y Pepe a Emiliano; Julio y Rosa María a Luciano; y Verónica y Carlos Alfonso a Pepe.

Cuando vivíamos en Uruguay ella tenía solo a las dos hijas mayores: Sonia y Patricia. A veces, rumbo al baño, con un buen poco de ropa para lavar, nos decía:

—Si me acompañan, les cuento una película.

Flor y yo corríamos felices. Ella nos contaba películas mexicanas. Recuerdo *El peñón de las ánimas*, con Jorge Negrete. Esta nos encantaba y aunque ya la habíamos escuchado, le pedíamos que la repitiera. Ella personificaba muchas veces a María Félix y su manera de hablar. A veces dejaba la ropa y hablaba como la actriz en *Doña Bárbara*.

Los dos años que yo viví en Chile, cuando me casé con Eduardo y como vivía con mi papá, mi hermanita iba todos los domingos desde por la mañana. Casi siempre nos dejaba los hijos en la tarde y se iba

a ver a sus amigas o al cine. Julito, su único varón, empezaba a llorar cuando ella se iba y dejaba de hacerlo cuando volvía.

Cuando ya los chicos eran mayores, se separaron, ella y Julio Tagle, el padre de sus hijos, otro ser excepcional, de una cultura y madurez política extraordinarias. Se metía en negocios que no siempre tenían un final feliz. Él salió de la familia y volvió a entrar.

Mi hermana Juanita no hizo pareja nuevamente. Tuvo, sí, muchos enamorados, pero con ninguno perduró la relación. Actualmente vive con su hijo, muy buen pintor, separado. Los dos se hacen compañía, a pesar de las dificultades inherentes de la convivencia. Juanita es la única hermana que me queda. Quisiera estar más cerca de ella. Algunas veces la llamo y conversamos, tiene una gran sabiduría.

## José, Pepe

Mi hermano José fue importante en mi vida. Bueno, creo que todos mis hermanos fueron pilares que me sostuvieron. Cuando éramos niñas, con Flor, Pepe estaba mucho con nosotras. Era muy hábil y de gran imaginación. Inventaba mil cosas. Hacía juguetes, volantines (papagayos), bellísimos como no vi otros iguales. Hacía carritos con gomitas y carretes de hilo. No tengo idea de dónde sacaba tantos. Eran increíbles. Y lo mejor era que se desplazaban. Hacíamos jardines. Él nos ordenaba:

—Hagan un hoyo ahí. Metan esa planta. Vayan a buscar agua. Échensela.

Y así. Pero nosotros la pasábamos muy bien con él. Una vez plantó un pequeño arbolito. Cuando hubo terminado el consabido árbol, ordenó:

—¡Échenle agua y apisonenle la tierra alrededor! ¡Listo! —dijo.

Para terminar, el perro Capitán pasó y le echó una meada. Mi hermano, furioso, se fue y nos dejó riendo a carcajadas.

Resulta que mi hermano en una de las empolladas tomó el último huevo que no se había abierto por los picotazos del pollito desde adentro, lo abrió y sacó un animalito casi sin plumas y no nato. Flor

y yo cuidamos a su paciente preferido, pero una vez le dimos a la avejilla tanto pan que el buche se le infló y el pollo cayó y quedó con las patitas estiradas. Mi hermano llegó y entre puteadas buscó una hojilla de afeitar, le abrió el buche al pobre pollo, que apenas piaba, le sacó el pan y lo cosió. El pollo quedó esmirriado por unos días, pero al poco tiempo se unió a sus hermanos, y terminó siendo una hermosa gallina ponedora de huevos milagrosos.

Siendo aún casi un adolescente, Pepe fue novio de una vecina. Se llamaba Dora. La veo vestida de colegiala. Venía todas las tardes a nuestra casa y se encerraban en la “oficina” o estudio. Yo creo que ella salió embarazada, pero jamás hubo hijos. Yo escuchaba detrás de las puertas y sacaba mis propias conclusiones sin entender mucho. De repente, después de todos esos cuchicheos, la muchacha no volvió más a nuestra casa.

A veces nos hacía saltar a la casa de doña Hannah Johnson, antes mencionada, para sacar duraznos y llevárselos a sus novias. Una vez me dio una carta para una mujer a la que él amaba y tenía prohibición de ver. Ella era Nayla, hermana de Mahfud. Yo se la llevé y le traje la respuesta. Se amaron, pero no pasaron de ahí.

Cuando yo estaba enferma, en cama, que era casi siempre, solía esperarlo con ansias porque siempre me llevaba libros, cuadernos y cosas con las que me entretenía. Cuando me enfermé en Uruguay, fue Pepe el encargado de decirme que me iban a internar. Lo recuerdo claramente. Yo estaba acostada en una de esas camas literas, la de abajo, y él sentado al borde. Me explicó suavemente. Yo lloré, pero no con ataque de llanto como era habitual en mí, sino suave y resignadamente. Una vez internada, él me iba a visitar siempre con alguna novia distinta. Era apenas un jovencito. En ese tiempo no lo veía pintar tanto.

Ya casada con Eduardo, lo veía cuando íbamos en verano. Él alquilaba un lugar en la costa. Pasábamos unas vacaciones muy entretenidas. Uno de esos veranos, Pepe alquiló o le prestaron una cabaña justo

al final de la vía del tren, que estaba abandonada. Quedaba apenas a unos metros del mar. Nos divertimos como nunca y como siempre.

Bueno y generoso hermano y un pintor extraordinario. Mi querido Pepe era otro trabajador *de Rokhiano* incansable. De su primer matrimonio, con Claribel, actriz y bailarina, tuvo dos hijos: Tiki, actriz y cantante de *music-hall*; el teatro es casi toda su vida. Su casa está inundada con cuadros de Pepe, su padre.

Con su compañero, Juan Carlos Lovera, encanto de hombre, y abogado respetable, tuvo tres hijos: Martín, Andrea y Mariano. Los tres están en el campo del arte. Y Juan Pablo, quien tuvo a Agustín, buen escritor; y a una niña.

El segundo matrimonio de Pepe fue rápido, fallido y sin descendencia, yo ni siquiera conocí a su esposa, Gloria. Finalmente se casó con Patricia, su sobrina y fueron padres de Emiliano, pintor, y hacedor de expresiones plásticas de la modernidad.

Patricia y Pepe se amaron mucho. Vivieron casi todo el tiempo fuera, primero en Europa: Londres, las Baleares, Ibiza. Después de volver a Chile, fueron enviados a México, donde Pepe fue agregado cultural durante la presidencia de Salvador Allende, hasta el golpe militar. Pepe renunció a su cargo en una plaza de México ante casi cuatrocientas personas. Luego del golpe militar y derrocamiento de Allende, se quedaron un tiempo más en México y más tarde se fueron a Italia, Roma, donde fui a recalar en medio de mi descalabro sentimental. De ahí partimos a Madrid.

Hasta aquí, mis hermanos se llevaban un año. Los demás fuimos más distanciados.

Pepe. Kilos de talento. ¡Qué simpatía la de su ser! Contando cosas de su vida con la exageración de su inconfundible estilo. Siempre fue muy bueno conmigo. Todos mis hermanos lo fueron, hombres y mujeres. De todos recibí cariño invariable. Pepe tenía una ternura muy especial. Patito dice que era muy parecido a mí en la manera de tomar la vida con alegría y en el hecho hasta de lavar una camisa a mano y sentir placer al hacerlo.

—¡Mi mamá! —gritó cuando me vio asomada a la ventanita que daba a su patio. Esa vez yo había ido con el pelo blanco. Cada cierto tiempo me lo dejaba, y desde los setenta y seis años llevo mis canas en paz y al viento. No más tintes. Mi madre tuvo sus canas siempre. Debo agradecerle también a mi hija Ana, quien dejó en libertad las suyas, y resultaba absurdo que la madre tuviera el pelo teñido, y la hija, canas. Ahora las dos lo tenemos blanco, ella un poco menos blanco que el mío.

En esa oportunidad conversamos mucho. Le encantaba que uno se sentara a su lado a charlar, mientras pintaba. Él y Patito, ya separados, vivían en total amistad. Ella tenía otra pareja, Juan Carlos Stúparich, gran tipo. Entre ellos no había conflictos.

Como a mí, a mi padre y a muchos de los De Rokha, a Pepe le encantaba ir al mercado. Mi hermano, mi generoso hermano, llegaba de la calle y daba un grito. De arriba tiraban una cesta amarrada a un cordel que él llenaba de cosas que había comprado. A veces mandaba una carne preparada o un pescado. Él era muy buen cocinero. Afortunadamente, yo pude compartir muchos y buenos momentos con él. Todavía no había ninguna señal de que antes de un año moriría. Se le detectó un tumor canceroso en el cerebelo, inoperable en los adultos.

Cuando Patito supo de esto, se separó de Juan Carlos y se dedicó a cuidar a su exmarido, mi hermano. Juan Carlos, quien se fue del país y del continente, me había caído muy bien. Se había refugiado en Malmö, Suecia.

## **Pablo César**

Con el que sigue a Pepe y el anterior a mí, Pablo, estuve muy ligada porque, como yo, vivió mucho tiempo en Argentina. Compartimos largos años. Él era muy buen escritor, pero creo que se anuló un poco y no se desarrolló como debió ser, tanto por la tarea política en aquel país, como por el requerimiento invasivo que mi padre ejerció sobre él después.

Cuando niños, a mi pobre hermano le habían encomendado la incómoda tarea de cuidarnos a las dos menores. O sea, no era una elección propia, como en el caso de Pepe, que en sus momentos mucho lo disfrutaba.

Mi adorado hermano Pablo jugaba mucho con nosotras. Tendría él entre once o doce años cuando hacía de charro. No sé de dónde se había conseguido un sombrero alón y un cinto en el que ponía dos enormes pistolas de madera que él mismo se había fabricado y cantaba las rancheras con mucha gracia. Yo lo admiraba enormemente.

Sin mucho esfuerzo veo a mi querido hermano en los conciertos, cuando parado en la parte de atrás dirigía el n.º 5 de Beethoven (*Emperador*). Antes nos había dicho:

—No podemos dejar de ir al concierto hoy, porque tocan el mío.

Había conseguido, seguro con Miravet, una partitura y la seguía nota por nota.

Pablo César, mi hermano, mi querido hermano, escribía bien, muy bien. Una vez, estando con un grupo de amigos reunidos en Córdoba, hicimos un concurso y cada uno escribió una poesía. A mí se me quedó grabada la de Pablo porque me gustó mucho. Decía así:

*Lleva la pata del viento  
la huella del alma mía.  
Va dejando sus lamentos  
por lejanas lejanías.  
Destruida está mi voz  
de tanto cantar ausencias  
tiene las tristes dolencias  
de mi herida tan feroz.  
Dame tu fruta madura  
escancia mi copa luego  
Dame un poco de tu fuego  
Te daré mi flor más pura.*

En una ocasión lo mandaron a que nos llevara al cine en Buenos Aires. Y él, en lugar de llevarnos a una película para niños, nos llevó a ver un dramón. Antes de empezar la película vimos que, en el mismo cine, unas filas más adelante, estaba mi hermano Pepe. Pablo nos hizo esconder bajo los asientos. No recuerdo si tuvo repercusiones este hecho, no sé tampoco si Pepe nos vio. Lo cierto es que quedó en el silencio, pero nosotras gozamos escondidas.

Mi hermano Pablo, cuando era un adolescente de unos catorce años, se quebró un brazo y estuvo muy mal. Había sido justamente Pepe el que en son de juego había pateado la pelota en la que Pablo estaba haciendo equilibrio, sin pensar que le causaría ese daño tan terrible. Como resultado de esta lesión, cuentan que tuvo gangrena y que casi le amputan el brazo. Pero casualmente, aquel mismo día mi padre se encontró a la entrada del hospital con un cirujano amigo suyo.

—No te aflijas, Pablo, que yo le voy a hacer una operación a tu hijo, sacándole toda la parte afectada y quedará bien.

Así fue. El brazo le quedó más delgado, con poca carne y poco músculo, pero no lo perdió.

Algún tiempo después yo me caí y me disloqué el brazo izquierdo. Pasé un dolor horrendo con un compositor de huesos que vino a mi casa. El hombre me estiró el brazo con la ayuda de mis hermanos, luego lo entablilló. Yo me desgañité gritando, pero luego quedé más tranquila y pensé que era una suerte haber tenido lo mismo que mi hermano.

A Pablo lo habían operado de estrabismo, quedó mejor, pero tuvo que usar lentes de por vida. El día que se me presentó el estrabismo a mí, tendría nueve años, salí corriendo a encontrarlo, diciéndole:

—Paile, soy turnia como tú.

Se enojó, preocupado. Y cuando estuve tan enferma en Montevideo, todos me cuidaron, pero él fue quien más estuvo acompañándome. Mi hermano querido no se movió de mi lado. Le daban de

comer frente a mí para que me entraran ganas, pero yo tenía muchísima inapetencia.

Pablo siempre me hablaba de usted a mí. Ya viviendo en Córdoba, se puso felicísimo cuando le conté que Eduardo y yo nos habíamos afiliado al Partido Comunista. Allí era activista y asalariado de ese grupo político. Le habían asignado una moto Puma enorme y pesada con la que recorría las barriadas de la ciudad haciendo su trabajo. Un día vi aterrada cómo tenía el pie derecho hinchado y morado de tanto darle al encendido del motor.

Vivía con Zulema, su segunda esposa, en el barrio Yapeyú, no lejos de Alto General Paz, que era el nuestro. Solía hacer asados que compartíamos con guitarreadas, vino y amor.

Con su primera esposa, Mabel (Maite), ya fallecida, actriz de teatro y televisión en Chile, tuvo dos hijas: Agave, muy activa políticamente, y Maite, de quien no sé mucho. De Zulema fui muy amiga en un momento, y la quise mucho; tuvo también dos hijas: Luisa, cineasta y productora de medios y gran muchacha, y Lucrecia, a quienes, entre otros, también les había perdido un poco el rastro, aunque en nuestro último viaje a Chile, en 2011, Marcos y yo, conversamos con ellas. Las cuatro tuvieron descendencia, pero no sé ni los nombres de sus hijos.

En uno de los cumpleaños de mi hermano Pablo, decidí celebrárselo con una torta de chicharrones, pan amasado. Él odiaba los dulces. Yo misma los hice y los puse dentro de un pan enorme con grasa al que le agregué unas velas y su nombre. Estábamos celebrando muy felices cuando llamaron por teléfono de Chile para comunicarnos que Carlos había muerto. Fue un momento terrible. Mi hermano, desesperado, dio un puñetazo en la pared y se fracturó la mano y los dedos. Pasado poco tiempo, se volvió a su país. No podía soportar la idea de que mi padre hubiera quedado solo.

Al retornar a Chile, el matrimonio y las dos niñas vivieron un tiempo con mi padre; Pablo, como otras veces, fungió de secretario. Zulema había conocido a Tito, un hombre mayor y tomador y

se habían enamorado. Cosa rara, porque ella estaba prendida de mi hermano, al menos eso era lo que yo creía. Pero fue así que un día, sin más ni más, lo abandonó.

Después de que Zulema lo dejó, mi hermano empezó a dar tumbos. Viajó con mi padre a China y de regreso, quizás descontento. No creo que le haya gustado estar dentro del régimen por lo que él luchaba. Empezó la búsqueda de su lugar en el mundo, infructuosamente. En Argentina viajó con Eduardo, ayudándolo en su tarea.

Mi hermano era un ser noble, con mucho sentido del humor. Tuvimos algunas charlas, pero se le notaba desorientado. Ya de vuelta en Chile, viviendo para ese entonces con Silvia y mi padre – hospitalizado en ese momento por una operación de la próstata– en la casa de La Reina, Pablo se pegó un tiro en la boca, la noche del 21 de mayo de 1968.

Después de esta terrible tragedia, Silvia encontró cobijo con mi querido Julio Tagle, quien la contuvo y la consoló. Luego quedaron juntos por cincuenta años hasta que él murió en 2008, víctima de un paro cardíaco, en circunstancias muy tristes y complicadas. Ella le sobrevivió. Es una gran pintora y una mujer adorable.

En toda mi larga vida jamás pensé que tomaría al fin una determinación tan espantosa. En el último tiempo se había recluso con los curas dominicos, donde hacía un trabajo de labriego que le había ayudado mucho. Los sacerdotes lo adoraban y todos acudieron a su sepelio, pero no pudo ser enterrado en el campo, como él quería, porque como dicen ellos, había muerto en pecado.

Estando en ese lugar, escribió unos salmos que se cantaron en su sepelio y que según dicen eran muy hermosos. Yo nunca tuve acceso a ellos. El haber vivido en ese lugar supongo que ayudó mucho a tranquilizar su alma, pero no tanto como para impedir que al poco tiempo terminara con su vida. Sus cenizas quedaron en un cántaro de greda que fue enterrado entre los pinos de El Quisco. Él escribía muy bien, pero nunca publicó nada. “Fue un alma perdida en el bosque de las almas”.

Debo agregar que en 2011, Luisa, su tercera hija, recopiló y publicó los escritos que había dejado Pablo en manos de Silvia, quien los cedió generosamente a las hijas de él. El libro de poemas *Testimonial testigo* contó con el auspicio del Fondo Nacional de Fomento del Libro y la Lectura. Bien por ella y sus hermanas, quienes la ayudaron.

## **Laura**

Ahí vengo yo, aquí presente, con todo lo que estoy contando. Cada acontecimiento de mi vida dejó huellas en mí. Algunas debieron haberse grabado sin siquiera yo darme cuenta, sobre todo en esos años de la década del sesenta algo hay, porque mis sueños recurrentes se desarrollan cuando mis hijos tienen entre trece Ana y nueve Daniel.

¿Qué marcó lo que marcó? Por un lado, la vida tranquila a pesar de la persecución y las presiones políticas y para terminar la década, las dos terribles muertes de mi hermano Pablo y mi padre.

Hoy tengo los plácidos momentos que vivo entre las plantas de mi balcón, donde ordeno mi vida y trabajo; donde espero a Marcos, escuchando música y canciones. Donde escribo con la luz que se cuele entre la masa vegetal, que me ayuda a vivir. Respiro mejor al verla y me acompaña. Donde aspiro el aire enrarecido de la ciudad y que para mí es perfumado y llena mis pulmones.

Yo soy todas estas páginas, el amor que siento y el que por mí sienten.

Eso me basta.

## **Flor**

Me sigue Flor, mi amada hermana menor. Fuimos muy unidas hasta que yo me casé. De niñas nuestra infancia fue siempre de a dos. Todos nuestros juegos infantiles fueron compartidos. Es verdad que ella me dejaba mucho hacer a mí. Como era mayor, yo inventaba, yo decidía, yo arriesgaba las desobediencias.

En Chile, antes y luego de morir nuestra madre, fueron dos largos años que nuevamente compartimos. Yo me volví a Argentina y ella se quedó con Lukó, hasta que se casó con Carlos y se fueron a vivir a Buenos Aires. Él también era argentino, hermoso ser, aunque bastante despelotado, sobre todo en la parte económica. Al principio vivieron con los padres de Carlos, a quienes también quise mucho: don Alejandro y Rosita, paraguaya ella.

Pablo Alejandro nació en Buenos Aires cuando vivían los cuatro juntos. Al poco tiempo de nacer su bebé ella tuvo una crisis, la más fuerte. Eran verdaderas batallas las que mantenía con su suegra, ya que mi hermana pese a todo quería hacerse cargo de la criatura y cuidarlo ella. Cuando mejoró se fueron a Córdoba los cuatro con el niño pequeñito. Allí vivieron el primer tiempo con nosotros y luego se alquilaron una linda casa en Residencial América.

Ellos venían a vernos durante la semana y los domingos siempre íbamos nosotros. La casa tenía una pileta de lavar en el patio y largas cuerdas para colgar la ropa al sol, y a mí me encantaba hacer ese trabajo.

—Dame todo lo que tengas sucio, lo voy a lavar —le decía. Me encanta hacerlo y tender luego la ropa bajo el sol.

Flor tuvo largos períodos de entera normalidad. Pertenecía al coro de la Universidad de Córdoba, y daba rienda suelta a su delirio de cantar con su potente y maravillosa voz. Una tarde, en Cabalango, todos se habían ido al río y cada una de nosotras se recostó en su carpa. Yo me estaba quedando dormida y de pronto escuché a Amaya, la de Mocedades, cantando “Eres tú”, mejor que nunca. Me paré y fui a preguntarle si tenía una radio, me dijo que no, que era ella quien cantaba. Me quedé helada. ¡Qué maravilla! Su voz era prodigiosa, siempre nos deleitaba con las canciones de los Beatles y cualquiera que estuviera de moda.

Tiempo después se volvieron a Buenos Aires, donde murió Rosita. Entonces regresaron con el suegro viudo a Córdoba, donde alquilaron una casa en el barrio Santa Ana. Esta fue su última residencia

en Córdoba hasta el golpe militar en marzo de 1976. Unos meses antes de este suceso, el gobierno de turno y en medio de la debacle empezó a visitar por las noches a todas las personas que pudieran tener un tinte rosado y allí llegaron a la casa de los Jaimes. Todo esto lo cuento en un relato inédito hasta ahora que se llama “Gatos de noches asustadas”.

En ese momento se llevaron detenido a Carlos. Lo patearon y escupieron la *pelada* (la calva) de mi querido cuñado. Mi hermana apareció al alba en mi casa, con sus verdes ojos desorbitados y llenos de lágrimas. A Carlos lo detuvieron solo unos días, y cuando salió supo que debía *rajar* (huir).

Fue muy difícil mantener contacto con ellos. No escribían, no contestaban las cartas, no llamaban telefónicamente, nada. Nunca sabíamos dónde y cómo estaban. Es muy triste esto. No sé bien cómo explicármelo.

Carlos y Flor fueron una linda pareja. Él, cineasta, publicista y fotógrafo; estupenda persona. Hábil para todo, hasta llegó a hacerse un auto. Sus hijos fueron mis sobrinos más cercanos. Siempre fueron parte de mi vida en Córdoba. Una vez consiguió un motor en una chivera, le hizo la carrocería y paseamos todos en el carro amarillo descapotado por las calles de Córdoba, ante los ojos asombrados de los transeúntes que nos miraban atónitos y envidiosos. Creo que le ofrecieron buenas y astronómicas cifras para comprárselo, pero él no quiso venderlo. No sé qué fue del tal carro, quizás en ese momento no le dimos o no le di la dimensión real que tenía este hecho.

No me olvido nunca una vez que fui a verlos y él estaba pesando elementos para el revelado de fotos, usando para tal efecto una balanza que él mismo había fabricado con dos tapas de cajitas de polvos para el rostro. ¿Cómo alguien importante no lo descubrió y canalizó o utilizó ese increíble potencial? Esto me lo pregunto ahora. De ser así, habrían tenido mucho dinero para disfrutarlo. Tenía distintos oficios. Creo que consiguió estabilizarse al fin cuando fue profesor de Cine Animación en la Universidad de Córdoba, escuela que

fue cerrada junto con muchas otras cuando se produjo el golpe militar. Ellos estaban en Buenos Aires cuando nació Pablo Alejandro.

Él, como su padre, está en el campo de la publicidad y se trasladó a Chile. Mónica, quien desde chiquita fue un genio, siendo aún muy niña se dedicó a la política y también incursionó un poco en la guerrilla. Me contaron que una vez, escapando de la policía, de noche, y como estaban en el cementerio, se escondió en una urna. Más tarde Mónica estudió antropología en Ecuador, donde residió durante muchos años.

Fue al morir nuestra madre cuando mi querida hermana Flor empezó a tener sus primeros y fuertes estados de desequilibrio que no la abandonaron y en los cuales caía cada cierto tiempo. Pero, sin embargo, ella jamás perdonó que mamá nos hubiera dejado tan pequeñas para irse de viaje por América con papá, teniendo yo diez años y ella apenas seis. Pasaba largas horas frente al espejo peinando su hermoso pelo negro, sin decir una sola palabra. Esto siguió así. Lukó estuvo con ella hasta que se casó. Y luego de tener su primer hijo volvió con otras crisis que la siguieron hasta el fin de su vida. Sufrió demasiado. No pudo soportar tanto dolor.

Flor, mi linda hermana, como Carlos, el mayor, tenían épocas en que el espacio de los demás no les servía y se adentraban en un mundo inalcanzable. Tenía largos períodos de mutismo absoluto y luego volaba hasta aterrizar nuevamente, preguntando qué había pasado. En sus momentos de búsqueda, de inconformidad, donde el entorno de posible cordura se le hacía insoportable, aleteaba buscando otros espacios, otras realidades más acordes con sus estados de ánimo.

La familia Jaimes vivía en Ecuador, Quito, donde Flor murió. Yo no pensé jamás que la sobreviviría. Quería verla, la amaba mucho. Sin embargo, le temía. Temía que sus desvaríos me descolocaran como solía ocurrir. Ella era un ser tierno, dulce, que heredó los verdes ojos de nuestro padre. Yo una sola vez fui a verlos.

Flor, *Cholen*, como yo la llamaba, se había enojado conmigo sin motivo aparente. Me fui a Francia sin despedirme. Al regreso les había traído regalos que tuve que mandarlos con Pablito, su hijo, quien seguía yendo a mi casa como siempre.

Una noche estaba en una fiesta en casa de mi adorada amiga Beca, de lo más feliz bailando, cuando me llamaron por teléfono y era Flor pidiéndome que fuera a su casa.

# Titeradas

Fueron y son muchos los alumnos y muchas las alumnas, miles, que pasaron y pasan por mi vida. Algunos se quedaron de amigos para siempre y se dedicaron al maravilloso arte de los títeres. Recuerdo algunas anécdotas. Que me perdonen aquellos y aquellas de quienes me olvidé.

## **Roberto**

Antes de que me dedicara totalmente a los títeres y aún casada con Eduardo, Daniel y Roberto Fois, su amigo italiano, crearon el Teatro de Títeres Los Cuatro Vientos. Con este teatrino ellos dos viajaron por toda Venezuela haciendo funciones y talleres. Cada uno de ellos tenía su propio retablillo y a veces hacían funciones por separado.

Una vez, Roberto fue a hacer una función solo y en un descuido le abrieron el baúl del carro y le robaron la maleta con los muñecos. Estaba desesperado y nos dijo que no sabía qué hacer. Cuando se fue, le dije a Daniel que hiciera las cabecitas y yo hice todos los vestidos. Dos elencos para dos obras.

Cuando vino el titiritero desolado, se encontró con sus flamantes personajes. Estuvo feliz y lloró emocionado, actuando con cada uno. Creo que él dejó los títeres. Se fue a Estados Unidos y por un tiempo fue pastor religioso, o lo sigue siendo. No sé mucho de él, en todo caso, no volvió a Venezuela. Lo vimos en el 98 en nuestro viaje

a Washington. Hace poco Daniel me dijo que se comunica a veces con él y que nos recuerda mucho.

## Sergio y María

Sergio Guevara Altuve llegó una tarde acompañado de María, ambos argentinos, diciéndome que necesitaban que les enseñara a hacer muñecos, títeres, pero que no tenían plata para pagarme. Me cayeron bien y me gustó su sinceridad. Les dije:

—No hay problema. El lunes comienza un taller aquí en mi casa, y están becados los dos.

Hicieron la primera clase, los dos encantadores, talentosos; y cuando todos estaban guardando sus cosas, Sergio sacó una bolsa de mercado y me la entregó diciendo:

—Esto es tuyo.

La abrí y allí había billetes arrugados y monedas, muchas monedas. Me opuse y grité, diciendo que no.

—Por favor, Laura, acéptalo porque nos hace sentir mejor.

Después me explicaron que ellos realizaban pequeñas presentaciones en el Parque Los Caobos, a la usanza juglaresca; y después de haber mostrado su arte, pasaban el sombrero. Casi toda la recaudación me la traían a mí. Y así terminaron el taller. Yo los esperaba como a todos, con torta y pan amasado.

A veces traían pan hecho por ellos para cotejar cuál era mejor. Por supuesto que era el mío. Lo volvimos a ver casi diez años después, en 2007. Vive en México, como dije en páginas atrás. Tiene un teatrino gigante que se llama Artimañas; es un Nasrudín enorme, que en el vientre tiene la boca de escena por donde salen los muñecos y actúan. Nasrudín es una figura mitológica musulmana de la filosofía sufí, personaje que hago permanentemente porque lo conocí en Argentina, hace cuarenta años, cuando Eugenio Zanetti, en su lecho de enfermo de hepatitis, me leía *Las hazañas del incomparable mulá Nasrudín*, de Idries Shah.



Cyrano

Sergio es un tipo maravilloso. Sigue tan flaco como siempre y fue hermoso verlo, aunque habíamos llevado los títeres para hacer una exposición en México D. F., pero fracasó porque no se había organizado y Sergio no estaba, como dije anteriormente. Se había ido de viaje dejándome con todo preparado. Se olvidó o no sé. Quería matarlo, pero lo perdoné porque lo quiero mucho y es fascinante.

### **Las mellizas Ingrid y Diannaly**

Cuando aún no me había separado, trabajé por mucho tiempo en el Banco Nacional de Descuento, conocido como el BND, donde me sentía muy cómoda; eran muy atentos conmigo y con mis alumnos. En ese tiempo vivía en Macuto y dos veces por semana dictaba las clases en Caracas. Trabajaba por las tardes. A las cuatro en punto nos

traían la merienda. Antes nos habían preguntado lo que deseábamos merendar. Yo era la niña mimada de la institución, y lo mismo mis muchachos. Casi todos eran hijos o parientes de los empleados.

Una vez, nos llevaron de paseo al Safari Carabobo y pasamos un día inolvidable. Ahí contaba con unos diez, doce niños y niñas; entre ellas asistían las mellizas Ingrid y Diannaly Muñoz, quienes eran las preferidas, junto con Reinaldo, a quien le perdí la huella.

Cuando dejé de dar clases de títeres allí, porque el banco se fundió y luego vino el descalabro en mi pareja, a las chicas no las vi más. Pasaron muchos años, doce creo, y estando por primera vez en la Feria Navideña del Ateneo de Caracas, una tarde vi dos muchachas mirando los muñecos. Yo estaba detrás de ellas. Una de las dos exclamó:

—¡Estos muñecos parecen de Laura de Rokha!

—¡Estos muñecos son de Laura de Rokha! ¡Soy yo y estoy aquí!

Giraron las dos al unísono, con sus rostros asombrados y sonrientes. ¡Qué encuentro! De esto hace como dieciocho años, y ya no volvimos a separarnos; sobre todo Ingrid y yo somos grandes amigas. A Diannaly también la quiero mucho, pero casi no la veo.



Felipe

El padre de ellas murió, y me encanta Dalia, la madre. Con Ingrid nos vemos siempre. Adoro a sus niñas y a su Juanjo querido. Ella es, nada más y nada menos, que nuestra madrina de bodas, con el querido y entrañable José, mi hermano por adopción. Ellas no siguieron haciendo títeres, pero siguieron a mi lado.

### **Las tres hermanas**

De las tres hermanas Funes, Rosa, Laura y Janeth; creo que solo esta última usó la enseñanza y la puso en práctica. Las otras dos están de lleno en la política, de nuestro lado, por supuesto. No nos vemos, no nos llamamos, pero cuando casualmente nos encontrábamos solíamos abrazarnos con cariño.

### **Jorge Maneiro**

Jorge fue el gran genio de los muñecos. Hacía maravillas. Cuando era apenas un adolescente vino a tomar su curso. El taller comenzaba a las dos de la tarde, era muy ansioso porque mucho antes yo lo sentía rondando por el pasillo. Abría la puerta, lo hacía entrar y le explicaba que quería descansar un momentito luego del almuerzo. Él estaba totalmente de acuerdo, pero al día siguiente volvía temprano. Llegó a ser el mejor hacedor de muñecos de este país. Estudió periodismo, que ejerció al comienzo, para darse cuenta finalmente de que lo que quería era hacer títeres. Él me dedicó su tesis en su carrera. Tenía junto con Carlitos su grupo de trabajo llamado Duendes.

No lo veía mucho, pues además estaba siempre ocupado con su trabajo. La última vez que lo vi fue en la exposición del Centro Bicentenario de la plaza Bolívar. Apareció su rostro entre la gente con su gigantesca sonrisa. Hablamos como cada vez que nos encontrábamos, interrumpiéndonos. A los pocos meses, el puñal ardiendo se me enterró en el pecho al enterarme de que había muerto sorpresivamente por causa de un dengue hemorrágico. Murió siendo joven y hermoso. Sufrí tanto el dolor porque, no lo he olvidado ni lo olvidaré nunca.

## Lilian Maa'Dhoor

Mi bella Lilian. Vino a un taller, no creo que le hiciera falta; ella era otra de las predestinadas. Hace maravillas. Entre esas, la hermosa revista *La Piñata* para niños pacientes. Quiso el ruido del mar y la humedad salada que despide, y para allá se fue de la mano de Peli, otro genio del dibujo. Lilian prefiere la vida urbana y se vino a la ciudad; Peli reincide y se hace sus escapadas al Caribe. Nos vemos poco, pero nos queremos mucho. Siempre estamos en contacto y ella trabaja conmigo. Siempre está presente. Casi todas las fotos de mis muñecos salieron de su lente atinado, exceptuando las del querido y perdido Pablo Spadari, y las del también amado y alejado Wilfredo Lozán.

En octubre de 2013 me acompañó a Margarita, donde se realizó la exposición de títeres “Seres Eternos”, con ocasión de celebrarse el Festival Internacional de Títeres en Porlamar. Fue hermoso compartir con ella esos días. Cuando tuvo que regresarse a Caracas, Marcos me fue a rescatar y cerramos el ciclo con broche de oro. Lilian y yo estamos muy unidas en el trabajo. Con ella me siento segura, generalmente se encarga de las curadurías de mis exposiciones que realiza con un gran dominio estético en la dirección de arte. Somos entrañables amigas y siempre estamos en comunicación.



En la Exposición “Seres Eternos” con Mariana, mi nieta. Año 2015

## Silder

Llegó con un grupo hermoso. Hizo su taller Puerta Abierta a los Títeres, conmigo. Por un tiempo se dedicó a la pantomima, el teatro y las artes circenses. Lo vi actuando con el grupo Eos, nunca con su propio teatro. Aunque en nuestro último encuentro me dijo que ahora se dedica de lleno a los títeres. No nos hablamos, pero por alguna deidad del destino, lo encuentro permanentemente en los lugares más increíbles. Es un ser adorable y ya tiene su flamante familia con esposa e hijos. Desde hace un tiempo no lo veo.

## Dulce Uzcátegui

Vino con un grupo y luego se quedó, tratando de absorber al máximo posible toda mi sapiencia. Nos alejamos un tiempo. Luego, en 2008, viajamos juntas a Matanzas, Cuba, y nos reencontramos. Tiene su teatro Eos, y trabaja duro. A su hija le llamó Laura por mí, y el más pequeño es Salvador. Es organizada y dedicada; tiene lindos muñecos, algo diferentes a los míos. No nos vemos, ni hablamos. Hace mucho tiempo que no la veo en los medios. El último encuentro que tuvimos fue a fines de enero de 2015, con ocasión de una charla que efectuó en Caracas el grupo de teatro de títeres de Sichuan, China.

## Tibisay Amaro

La pequeña Tibi, *la Peti*, como le digo, por petisa; hizo el taller con otras muchachas, hace más de quince años. Tiene talento y sabe hacer el trabajo, pero el tiempo se le escurre y la invade su rol de abuela. Hace unas muñequitas maravillosas con la carita de *papier mâché*, con la técnica que yo le enseñé y todo lo demás es muñeca de trapo y tapicitos de telas recortadas que son una belleza. La amo a ella y a su familia; con el esposo Alejandro, hijos y nietos incluidos. Con ella también hemos quedado amigas del alma y hasta el alma.

## Iván Hernández

Otro de mis gigantes tan queridos. Era apenas un adolescente cuando acudió a mi taller. Claro que siguió con los títeres y juegos para niños. “Charvilleano” impenitente, siempre acude a ese estupendo festival francés. A veces nos vemos y juramos citas que jamás se realizan.

### Los escapados niños titiriteros

En una ocasión me tocó hacer un taller de títeres para los niños del INAM (Instituto Nacional del Menor), en el Museo de Bellas Artes. Eran niños pequeños, de seis a siete años. El trabajo se planteó, y cada niño eligió su personaje. Uno de los chicos eligió la Tortuga Ninja. En vano traté de convencerlo de que sería muy difícil para secarse, con tanto *papier mâché*. Dicho y hecho. Todos los demás muñecos se secaron, menos la tortuga. Como en el museo funcionaba un taller de cerámica, les pedí que por favor me dejaran meter la tortuga en el horno. Se secó, pero también se quemó. El niño lloraba a mandíbula batiente. En mi desesperación, le dije que la pintara con un color verde muy fuerte. La tortuga quedó preciosa y todos felices.



Exposición de mis títeres. Año 2015

También realicé un taller en el INAM para muchachos ya mayores, casi todos llegando a los veinte. Estaban recluidos en El Algodonal. Me hicieron muchas recomendaciones para que no usara ningún objeto que pudiera resultar peligroso. Pero una vez embaldados en la ejecución de los muñecos, las tijeras, agujas, alfileres y otros corrían de un lado a otro; y debo reconocer que los títeres quedaron maravillosos. Como despedida, el último día llevé la consabida y enorme torta de chocolate. El INAM puso los refrescos. Cantamos, reímos; y al despedirnos lloramos todos.

Al poco tiempo leí en el periódico que varios de estos muchachos se habían escapado. Le conté a mi buen amigo Gerardo Piñeiro y me dijo:

—¡No te preocupes Laura, esos muchachos deben andar haciendo títeres por ahí!

Su respuesta me llenó de alegría.

Hace unos años dicté un taller para niños y docentes en la escuela Josefina Daviot, muy cercana a nuestro edificio. El primer día preparamos el *papier mâché* con el que modelaríamos los títeres al día siguiente. Pues esa noche entraron ladrones y dejaron el despelote. A la mañana siguiente cuando llegué, las maestras ya habían ordenado todo; pero la bendita pasta maché no estaba por ningún lado, ni la bolsa en que la habíamos guardado. Al fin, uno de los chicos divisó la bolsa que salía del techo; seguramente, los rateros se llevaron un buen susto cuando la probaron, pensando en algo delicioso; tuvieron la amarga sorpresa de saborear papel higiénico mezclado con pega blanca y otros horrores, y enfurecidos y desilusionados lanzaron la bolsa al techo.

Ya no hago talleres para niños. De mis alumnos adultos, hubo muchos, muchos que amé y que podría olvidar. Que no se ofenda nadie. He querido dejar en claro aquí que he puesto sobre todo a los que aún siguen cerca de mí, que no son muchos, pero que valen oro en polvo. Quiero rescatar a Phol, Yolimar, Marinera, Manuela, Ninoska, María Alejandra y Laura.



En la sala Manuelita Sáenz, Plaza Bolívar de Caracas

Últimamente han aparecido nuevos alumnos, José y Enmanuel, quienes pertenecen al grupo de los Lambe-Lambe, y las cajitas maravillosas, donde también está Lilian Maa'Dhoor; y nueve integrantes más. Además, llegó de los páramos andinos Emmanuel, hijo de Cheo, otro titiritero. Se cobijó en nuestro refugio y pasamos un sábado inolvidable y titeril.

## Marcos, Marcos, Marcos

¿Cómo no nombrarlo nuevamente y decir que es quien hace que reconozca el mundo y me ubique? ¿Cómo lo encontré!

Fabiana, mi nieta, me dijo hace poco:

—Lala, ¡Marcos te salvó!

Y es verdad, ¡él me salvó! ¿De qué? De no estar descontenta con la vida. Sin la esperanza de un nuevo amanecer. Viéndolo al despertar, la tibieza de ese ser que me acompaña. Contarnos los sueños que hemos tenido y hablar de los planes por hacer en ese día que comienza a insinuarse.

Marcos es mi muelle, el arrullo que necesita mi alma en busca de calma. Es el portal siempre abierto donde me cobijo cuando me pierdo. Dueño de las respuestas, sabe ubicar las palabras y ponerlas en su lugar correspondiente. Su gran enemigo: el tiempo, que algunas veces no lo puede controlar; esto hace que la calma sea su enemiga inseparable. Siempre tiene mucho que decir y lo sabe decir muy bien. En algún momento me escribió hermosas poesías.



Con Marcos en la presentación de los libros  
*El Genio de Licantén* y *Copo de Nieve*,  
publicados por la Editorial El perro y la rana. Año 2013

Vamos muy bien y nuestra relación se hace cada día más fluida y armónica. Nosotros siempre hemos compartido la vida con amor. Tenemos además demasiadas afinidades y esto facilita la relación. Mi padre decía, en uno de sus poemas: “Yo soy el hombre casado”; pues bien, yo soy la mujer casada. Creo que siempre estuve casada, salvo un corto período de dos años luego de mi separación de

Eduardo y antes de que llegara Marcos a mi rescate. El resto de mi vida he estado casada, emparejada. Me gusta, nunca estuve sola. En ese período en que vivía con Ilia tuve algunos novios, *flirts*, pero yo ansiaba una pareja estable.

Ya son treinta años los que hemos recorrido uno al lado del otro. Muchos, y serán más, algunos, muchos, pocos... Eso no se sabe.

Debo ser una buena persona, porque la vida o la suerte o quién sabe qué me ha permitido seguir el orden de una vida de amor.

¿Cuándo es el fin? ¿Qué lo determina? El tiempo pasa volando, todos lo dicen. Antes era más lento o no lo pensábamos. Ahora corren los días y los meses a una velocidad vertiginosa. Es lunes y en seguida es viernes, y ya pasó otra semana; y se persiguen y ya es otro mes y el fin de año, otro año, otro año...



Presentación de los libros  
*El Genio de Licantén* y *Copo de Nieve*, publicados por  
la Editorial El perro y la rana. Año 2013

Aún puedo rubricar este montón de historias que divertirán a los afortunados que las lean. Seguiré hasta que la vida me haga la zancadilla fatal; y ya no pueda seguir este camino, determinado o no; dudando u olvidando que los años han pasado y pasan, y que la carrera se acerca a su punto final.

Pasan las horas y los días envueltos en años. Los aconteceres cotidianos quedan estampados. Cito a mi padre nuevamente: “Todas las cosas van siguiendo mis pisadas”, previstas e imprevistas, cada vez más titubeantes y temerosas.

## Doce de julio

Hace poco, en 2014, desapareció Eduardo. Paulatinamente fue desapareciendo junto a sus palabras. Hacía un tiempo que había dejado de verlo. No quería que ese ser destruido se interpusiera en la imagen del hombre que fue tan importante en mi vida.

El 12 de julio, martes, él se fue en el más largo de sus viajes. Lo tomé con bastante resignación. Estoy mucho tiempo sola y eso me sirve para desgajar los dolores que entran en mi alma. Cuando llegó Marcos hablamos, su comprensivo amor alivió una vez más mi angustia, y llegó el otro día.

Trece de julio. Había pasado el día haciendo cosas, saliendo y entrando como tantos otros días, recurriendo a mi memoria para recorrer toda mi larga vida pasada. Las lágrimas muchas veces se asomaron a mis ojos y ahí se quedaron. Sabía que a las cuatro lo enterrarían... ¿Por qué no cremarlo? Pasadas las tres empezó mi desesperación, caminaba por mi pequeño espacio de un lado al otro, con la angustia como único sentimiento. Lloré como no había llorado hasta ese momento. Llamé a Ana y a Estrella para pedirles entre sollozos que pusieran una flor, una rama, algo vivo sobre su ataúd, como si fueran mis manos las que lo hicieran.

Haber encomendado esto me dio algo de tranquilidad. Yo, la descreída de todo lo sobrenatural, quien piensa que lo único que nos mantiene en la vida es el amor en sus múltiples matices. Brindado a quien sea y como sea, y en la densidad que sea posible a cada uno dar. Cuando ellas me llamaron diciéndome que habían cumplido mi deseo, me sentí más plena. Le conté este hecho a mi adorado Marcos, entonces él escribió en Twitter que también junto a mí, le ofrecía una rosa imaginaria.

## No es el fin

Es muy difícil, si no imposible, poner el fin de nuestras historias, escritas además por nosotros mismos... cuando realmente el fin no ha llegado aún y cuando llegue no lo podremos escribir. Hay que buscar el momento justo. Lo demás que pase, otros lo contarán.

El espejo, nuestro más cercano amigo, nos dice que nos vamos acercando cada vez más al borde del precipicio. Solo queda esperarlo con calma. Beber con fruición lo que nos queda, en especial a los seres que hemos amado en la vida que nos tocó vivir.

Este año mi vida siguió los pasos ya trazados. No viajamos. Hubo problemas y, sin embargo, nos sentimos felices de estar juntos y de encontrarnos en tantos gustos afines.

A Chile no volvimos. No puedo volver. No puedo ver a la Pato y no puedo dejar de verla. Lo siento tanto, sobre todo por mi hermana Juanita, quien me lleva once años y que quisiera poder abrazar y conversar con ella. La llamo por teléfono casi todas las semanas. Me encanta escucharla y su lucidez me asombra.

Veo poco a mis nietos y por ende, poco a mis bisnietos, que encantan mis sentidos; bueno, los cuatro que tengo aquí, porque a los seis que están lejos los extraño resignadamente, siguiendo sus pasos a través de fotos, anécdotas o del teléfono. Continúan pasando cosas mientras la vida transcurre.



En mi apartamento en La Candelaria

Mi niña Celeste, de mis ojos celestes con verde-mar, los dos hermosos niños, ya están del otro lado de los mares. Argentina-Córdoba. Un viaje necesario para sus vidas y deseado por ellos. Geleric compone la Sagrada Familia, se los ve con amor y eso basta. Les irá bien, qué digo, muy bien, no lo sé; pero duele, es por su bien, pero duele, necesitaban hacerlo y duele y dolerá más cuando no podamos, solo con un viaje a Valencia, estar juntos riéndonos de todo.

Seguramente iremos a Argentina y estaremos con ellos. La vida seguirá hasta donde tenga que seguir. No sé si hay un destino trazado, no lo creo; lo que sí creo es que mi vida siempre está entretejida de mágicos hilos que se entrelazan. Un bordado quizás muy original y sorprendente.

Como la tormenta que me hizo correr de mi balcón-taller porque me mojaba, cosa que no había ocurrido en los veintiocho años que compartimos con amor este dulce y acogedor refugio. Allí ha nació una orquídea. Más de diez días perfumando el ambiente con su exquisito y suave aroma frutal, con su color lila, el color de mi madre.

En 2015, en el mes de mis 82, desde mi balcón-taller veo los días pasar; mientras trabajo y escribo también veo los cambios; llueve, aclara y el sol calienta. Todo en este pequeño espacio que me acerca a la vida.

No dije fin, no puse fin, no es el fin. Aquí quedo, aquí quedaré. A lo mejor algún día retomo la historia, con otros lunes y otros martes; antes de que sea mía la partida final.

# Índice

Palabras para Laura	11
Loca mascarada	15
Mi infancia en Chile	19
Nuevos horizontes	36
Chile de alegría y dolor	55
Winétt: dulce lirio lila suave	58
Mi padre, una tormenta de ojos verdes	63
Daniel, Chaplin y <i>El Pibe</i>	69
Familia y oficio	72
Patagonia: “Se vende jabón”	81
El manto de las margaritas	85
Montevideo y Bucarest	88
Dictadura	91
Cabalango: sueño de piedras y sol	95
A la sombra	99
Ana en París	102
Barcelona	107
Brasil	109
<i>La taberna</i>	111
La bañera	113
Perú	119
Ecuador	122
Colombia	124
Venezuela	126
Días de terror	134
Roma	140
Madrid y el fin de Europa	148
Un amigo nada tosco	151
Quito	155
La Milonga	157

Nuevos bríos	160
Marcos: el Tercer Hombre	162
Ilia	167
La muerte agazapada	170
Una familia “enmarcada”	174
Trabajo y tesón	176
Caracas mi ciudad	182
Escritura: el discurrir de un río tranquilo	185
Nuevos paisajes	189
El fatídico 8	195
La bondad infinita de su alma	198
Amor hermanado	201
Titeradas	221
Marcos, Marcos, Marcos	231
Doce de julio	235
No es el fin	236

*Después del lunes* es una autobiografía que narra la vida artística de la autora, desde la infancia en su Chile natal, pasando por toda Suramérica y Europa. Laura vuelve a realizar su viaje ya desde la memoria, nos lleva por situaciones trágicas acompañadas por momentos felices; muestra los paisajes por los que ha transitado, personajes curiosos, nos dice que la existencia tiene sentido a pesar del dolor más profundo, y en este dolor ha forjado su carácter y su vocación de artista. Escrita con un desparpajo peculiar, la autora invita a celebrar el camino recorrido y a reconocer que nuestras vidas cobran sentido cuando se dejan huellas que permanecerán en el tiempo.

**Laura de Rokha** (Santiago de Chile, 1933).

Escritora y titiritera. Vinculada desde muy joven a la creación literaria y a la dramaturgia a través de Winétt y Pablo de Rokha, sus padres. Ha impartido talleres en escuelas, universidades y grupos de teatro, entre los que destacan los realizados en el Instituto Nacional del Menor (INAM) y en el Instituto de Artes Escénicas y Musicales (IAEM). Referente imprescindible sobre la elaboración, confección y puesta en escena de títeres. Ha realizado exposiciones en Argentina, Cuba, España, Estados Unidos y México. Entre su obra escrita podemos mencionar: *¡Qué perra vida!* (2001); *Voces epagoménicas* (2001); *Al despuntar la noche* (2006); *Copo de nieve* (2016) y *El Genio de Licantén* (biografía de Pablo de Rokha, 2016), los dos últimos publicados por nuestra casa editora. La Universidad Nacional Experimental de las Artes le confirió el título de maestra honoraria.

